Durian Sukegawa

DORAYAKI

Tradução de AMALIA SATO



CHAI EDITORA

Durian Sukegawa

DORAYAKI

Traducción de AMALIA SATO



CHAI EDITORA

Durian Sukegawa

DORAYAKI

Traducción de Amalia Sato

1

Una brisa dulce soplaba a lo largo del callejón de los cerezos.

Sentaro estaba atento a la plancha de hierro preparando *dorayakis* como todos los días. La tienda Doraharu se ubicaba al final de un callejón, en una zona comercial muy concurrida que llamaba más la atención por la cantidad de locales con persianas bajas que por los *sakuras* plantados por aquí y por allá. Pero ese día, quizá porque los árboles estaban en plena floración, había más gente de lo habitual.

Una anciana estaba parada a un costado de la calle. Sentaro la miró y hundió una vez más los ojos en el cuenco en el que preparaba una mezcla. Supuso que la mujer estaba ahí entregada a la contemplación de las copas de los *sakuras* porque justo delante de la tienda había uno lleno de flores: era una constelación de pequeñas nubes en ebullición.

Pero, cuando volvió a levantar la vista, la mujer, que llevaba un sombrero blanco, todavía seguía allí y no observaba al *sakura* sino que parecía estudiarlo a él. La saludó discretamente con una inclinación de cabeza. Entonces ella, con una sonrisa segura, se acercó lentamente pero con paso firme.

A Sentaro le resultó conocida. Hacía unos días había comprado un *dorayaki*.

—Esto —la anciana señaló con un dedo torcido el papel pegado en la puerta de vidrio—. De verdad, ¿la edad no importa?

Sentaro dejó de mover la mano con la que sostenía una espátula de goma.

—¿Lo pregunta por un nieto?

Ella parpadeó varias veces con un solo ojo. Se levantó viento y el *sakura* tembló.

Unos pétalos rosas volaron hasta la plancha de hierro.

—Bueno… —ella inclinó el cuerpo hacia adelante—. ¿Será que puedo postularme?

—¿Cómo? —dijo Sentaro por toda respuesta.

La anciana señaló su nariz con el dedo índice para subrayar que ella era la interesada.

—Siempre quise un trabajo como este —dijo al final.

Él no pudo reprimir su descortesía y largó una carcajada.

—¿Y cuántos años tiene, si se puede saber?

—Setenta y seis recién cumplidos.

¿De qué manera podría rechazarla sin ofenderla? Mientras buscaba las palabras, movía en círculos la espátula de goma dentro del cuenco.

—Es que es muy poco dinero, son solo seiscientos yenes.

—Perdón, ¿cómo dijo? —la mujer rodeó su oreja con una mano para oír mejor.

Sentaro inclinó su cuerpo hacia adelante, de la misma manera en que se aproximaba a los niños o a los ancianos para entregarles los pasteles *dorayaki*.

—Pagamos muy poco la hora. Nos gustaría contar con ayuda pero para esta búsqueda y por su edad...

—Ah, si es por eso... —un dedo torcido fue señalando cada letra del papel en la puerta—. Me podría pagar la mitad, no hay problema. Trescientos yenes.

—¿Trescientos? —dijo Sentaro y los ojos de la mujer se relajaron bajo su sombrero—. Disculpe pero no me parece razonable. Perdone, sepa comprender.

—Me llamo Yoshii Tokue.

—Ah...

Parecía sorda, quizá no entendía bien las cosas. Sentaro entrecruzó las manos delante del pecho.

—Sepa disculpar.

—Bueno, entonces...

Yoshii Tokue lo miró fijamente por un rato. Sentaro notó la asimetría del cuerpo de la anciana.

—Es bastante esfuerzo corporal así que creo que...

Tokue abrió la boca y suspiró. Después, señaló con el dedo a sus espaldas.

—¿Quién plantó este *sakura*?

—¿Perdón?

Ella levantó su cara hacia la copa del árbol.

—Este *sakura* —repitió.

Sentaro miró el cerezo colmado de flores.

—¿Quiere saber quién lo puso ahí? —preguntó él.

—Alguien debe haberlo hecho.

—Perdone pero como no crecí aquí...

Tokue parecía tener mucho para decir pero, al ver que él volvía a tomar la espátula para seguir trabajando, dijo que iba a regresar otro día y empezó a caminar en dirección contraria a la estación de tren. Se movía de forma extraña, rígida. Sentaro desvió la mirada y retomó su tarea con la mezcla.

2

En la tienda Doraharu no había días de franco y todas las mañanas se levantaban las persianas unos minutos después de las once. Sentaro se ponía la ropa que usaba para cocinar unas dos horas antes para empezar con apuro los preparativos para cocinar *dorayakis.* La mayoría de los pasteleros se tomaban más tiempo para hacer la masa pero Sentaro era incapaz de organizarse bien y en Doraharu las cosas se hacían así.

Esa mañana Sentaro, todavía con sueño, bebió una lata de café y después empujó con los pies una caja de cartón corrugado desde el pavimento hasta el interior de la cocina.

La caja contenía *an,* la pasta de *azuki* industrial que usaba para rellenar sus *dorayaki.* Su antiguo jefe había usado ese tipo de *an* y Sentaro simplemente había seguido haciendo lo mismo. Cada tanto un comerciante le despachaba cinco kilos de pasta importados desde China.

En la caja que arrastraba Sentaro por el piso estaban los potes de plástico con el *an* que se mezclarían con los restos del día anterior. No era ilegal reciclar la pasta de esta manera pero tampoco era lo

usual en las tiendas de dulces consideradas honradas. En Doraharu confiaban en que si se refrigeraba la pasta durante poco tiempo, ni el aroma ni la calidad se alteraban demasiado.

Así se trabajaba en la tienda y si bien no iba camino a la bancarrota, tampoco era próspera. Nunca se vendía lo suficiente como para usar ni la mitad de un recipiente de plástico y lo que quedaba se guardaba en la heladera hasta el día siguiente, cuando se mezclaba con pasta nueva. Después, Sentaro tenía que preparar la masa para los

panqueques. Había proveedores que podrían vendérsela pero era cara y por eso la hacía el mismo. Colocaba todos los ingredientes dentro de un cuenco y los mezclaba. Ponía al fuego una plancha de hierro, y cuando la temperatura era la adecuada, dejaba caer con cuidado un cucharón de la mezcla a la que le daba la forma de un *gong.* Cuando los panqueques, pequeños y esponjosos, adquirían el dorado correcto, los acomodaba en un recipiente que los mantenía calientes. Para entonces ya se había hecho la hora de abrir. Sentaro suspiraba y levantaba la persiana. Nada en su interior lo impulsaba a hacer lo que estaba haciendo y la expresión de su cara no cambiaba en lo más mínimo.

Esa tarde, mientras Sentaro estaba en la cocina comiendo una vianda que había comprado en el *kombini,* apareció el sombrero blanco al otro lado de la puerta de vidrio.

—La anciana —murmuró para sí mismo.

Ella caminaba hacia él con una gran sonrisa y a Sentaro no le quedó otra opción que ponerse de pie.

—La señora Yoshii, si mal no recuerdo.

—Así es —respondió ella debajo del sombrero.

—¿Qué se le ofrece?

Yoshii Tokue sacó una hoja de papel de su cartera. Estaba escrita con tinta azul, en una caligrafía muy particular: cada trazo parecía danzar dando saltos.

—Así se escribe mi nombre con ideogramas.

—Ah —Sentaro apenas le echó un vistazo—. Disculpe pero no será posible un trabajo *part time* —dijo y rechazó el papel.

—Como ve… mis dedos están un poco enfermos. Así que podría ser menos de lo que estuvimos conversando. Con doscientos yenes estaría bien.

—¿A qué se refiere?

—Al pago por hora.

—Es que no es por eso. La tienda ya no toma empleados —aclaró.

Entonces, al igual que la vez anterior, lo único que ella hizo fue mirarlo fijamente. Él dio un paso atrás y extendió la mano para tomar un *dorayaki* de la caja. Lo envolvió para dárselo, quería suavizar la incomodidad del momento.

Como si hubiera adivinado lo que Sentaro estaba pensando, ella preguntó:

—¿El *an* también lo prepara usted?

—Bueno, eso es un asunto confidencial de la tienda —respondió él algo nervioso.

¿Habría visto algo? Miró hacia atrás para chequear. Sobre la mesada de la cocina, además de la vianda del *kombini*, había quedado el pote de plástico de *an* con la tapa abierta y la cuchara clavada. Para ocultar la mesada de la vista de Tokue, Sentaro se movió hacia un costado.

—El otro día probé un *dorayaki* de esta tienda, el panqueque me pareció bien, pera la pasta *an* un poco…

—¿La pasta *an*?

—No se percibía nada de los sentimientos de la persona que la había preparado.

—¿De verdad? Suena raro… —Sentaro sabía que el *an* de su tienda jamás podría transmitir algo así, pero puso cara de sorpresa, como si ella le estuviera diciendo algo insólito.

—Parecía que le faltaba algo.

—El *an* es un asunto delicado. ¿Usted, señora Yoshii, lo ha preparado alguna vez?

—Desde siempre. Llevo cincuenta años preparando *an.*

A Sentaro casi se le cae al piso el pastel que estaba por meter en la bolsa de papel.

—¿Cincuenta años?

—Sí, exactamente medio siglo. El *an* es una cuestión de alma, joven.

—Ah… así que de alma.

En el momento exacto en que le ofrecía el paquete con el *dorayaki*, Sentaro sintió que un viento repentino los envolvía.

—Disculpe, pero nuestra tienda no toma empleados.

—¿De verdad?

—Lo siento mucho.

Ella volvió a mirarlo fijamente, enfocando desde un lado y del otro con los ojos desviados. Luego sacó de su cartera un monedero de tela.

—Es una cortesía de la casa.

—¿Qué dice?

Tokue fue colocando monedas de diez yenes sobre la barra que había al lado de la puerta de vidrio. Todos sus dedos estaban un poco torcidos y el pulgar se doblaba hacia el dorso de la mano.

—Con ciento cuarenta yenes está bien, ¿no?

Agarraba las monedas con dificultad y le tomó un tiempo reunir la moneda de cien y las de diez.

—Una cosa más, joven.

—Diga.

—Por favor, pruebe esto.

De su cartera sacó un *tupper* redondo en una bolsa de plástico. Sentaro pudo ver a través de la bolsa que contenía una sustancia negra.

—¿Qué es esto? ¿ *An*?

Ella ya se marchaba con el cuerpo encorvado mientras asentía con la cabeza.

Después desapareció en la esquina.

3

Esa noche Sentaro fue a un restaurante al frente de la estación que se especializaba en fideos *soba*. Pidió *sake* caliente, *tempura* y

fideos. Mientras comía y tomaba *sake* pensaba sobre lo que había sucedido durante el día.

Por la tarde, después de que Tokue se marchara, Sentaro tiró el *tupper* a la basura.

Sintió un poco de culpa pero quería terminar con el tema. Sin embargo, cada vez que levantaba la tapa del tacho aparecía el recipiente. Al final lo agarró y probó una cucharadita solo para calmar su conciencia. Un único bocado bastó para que exclamara con sorpresa.

El *an* de Tokue era completamente diferente a cualquier cosa que hubiera probado. El aroma y el sabor azucarado resonaban en toda su boca. No se podía comparar con el que él compraba en potes de plástico.

"¿Así que cincuenta años...?", pensó. Por un momento volvió a sentir ese sabor que tanto lo había sorprendido horas antes y se llevó a los labios la copita de *sake*. "Empezó a hacerlo antes de que yo naciera".

Fijó la vista en el menú pegado a la pared del restaurante de fideos *soba*. Estaba hecho a mano por el dueño. Al ver esas letras escritas con pincel, el recuerdo de su madre volvió a él. "La anciana... ¿mi mamá tendría la misma que ella?".

Recordó a su mamá, pequeña y con la espalda vencida, mientras escribía con pincel en papeles de carta extendidos sobre una mesa. Sentaro solía frenar en este punto sus

recuerdos. Había decidido no pensar ni en su mamá que había muerto hacía ya tanto, ni en su papá de quien no sabía nada hacía diez años.

Pero esa noche no pudo detener sus recuerdos. Resurgieron una y otra vez momentos de la infancia, en los que su mamá le enseñaba

a escribir.

Sentaro exhaló, tenía aliento a alcohol. Cuando salió de la cárcel, su mamá ya había muerto. “Uno nunca sabe qué le depara el futuro”, pensó. Al final, nunca llegó a convertirse en escritor, como le hubiese gustado. Jamás hubiese imaginado que estaría por años, día tras día, parado todo el tiempo frente a la plancha de hierro de los *dorayaki*.

Sentaro vertió *sake* en su copita y se lo tomó de un solo trago, como si quisiera limpiar el sabor amargo que se le había acumulado en la boca.

La madre que guardaba en su memoria...

La que hablaba de manera suave pero con una especie de ansiedad que no podía manejar. La que discutía ruidosamente con su padre, la que lloraba y gritaba cuando peleaba con sus familiares. Cuando Sentaro era niño, estos exabruptos le daban miedo. Su madre amaba comer cosas dulces, si había *manyu* o una torta ella se ponía de buen humor.

En esos momentos, Sentaro se sentía tranquilo y pensaba: qué bueno sería que siempre hubiera dulces sobre la mesa. Le encantaba cuando ella le decía "Qué rico, querido Sen"

con una sonrisa.

Pensó de nuevo en el *an* tan delicioso de Yoshii Tokue. Trató de imaginar qué cara pondría su mamá al probarlo si todavía viviera. ¿Qué diría?

Un pensamiento llevó a otro. Quizás hubiera más personas a las que les encantaría la pasta de Tokue. Además, solo le costaría doscientos yenes la hora. ¿Lo habría dicho en serio? Si con eso se conformaba... ¿qué tal si le pedía que lo ayudara un poco?

Sentaro pensó durante un rato en esta posibilidad. No había pegado el cartel ofreciendo un trabajo porque necesitara ayuda en la tienda. Simplemente quería tener algo de compañía, los *dorayakis* no eran buenos conversadores. ¿Realmente la anciana se conformaría con doscientos yenes?

En su cabeza nublada por el alcohol movía las fichas de un ábaco. Si aceptaba la cifra que Yoshii Tokue había propuesto, sería casi como tener una empleada gratis.

Además, tendría esa pasta deliciosa, incluso las ventas podrían aumentar. Si así fuera, terminaría de pagar sus deudas y llegaría finalmente el día de su liberación.

Pero, —Sentaro detuvo en el aire la mano que sostenía la copita de *sake*— no podía evitar sentirse incómodo respecto a sus dedos torcidos. Aparecieron otra vez en su mente.

Probablemente a los clientes les llamarían la atención tanto como a él.

Entonces se le ocurrió una idea. ¿Y si le pedía que se ocupara solo de preparar la pasta *an*? Bastaba con eso. Mientras tanto él podría aprender los secretos de la preparación. Además, seguro que ella se cansaría y abandonaría pronto.

"No será necesario que aparezca ante los clientes", pensó. El propietario de la tienda de fideos, que estaba hablando con una persona, se dio vuelta. Lo miró entrecerrando los ojos como si estuviera adivinando algo recóndito. Sentaro se encogió de hombros:

—Más *sake*, por favor —dijo y alzó su botellita.

Varios días después, Sentaro levantó los ojos de la plancha de hierro y vio, una vez más, a la anciana con el sombrero blanco parada debajo del *sakura.* Miraba hacia la tienda y sonreía.

—Buenas tardes —esta vez Sentaro habló primero.

Ella sonrió mostrando los dientes y se acercó con paso desgarbado, balanceándose a derecha e izquierda.

—¡Cómo se han caído los pétalos de las flores!

—Tiene razón —respondió Sentaro y alzó la vista al *sakura.*

—Es el momento oportuno para contemplar las hojas.

—¿Contemplar las hojas?

—Sí, es cuando están en todo su esplendor. Mire hacia allá.

Sentaro dirigió la vista hacia donde señalaba el dedo de la anciana. En las ramas, las hojas nuevas se balanceaban de un lado al otro.

—Todas nos saludan agitando sus manos.

Sentaro logró ver algo de lo que ella describía: las hojas superpuestas parecían niños tomados de la mano que se movían con oscilaciones. Murmuró algo vago como para expresar su acuerdo y se puso un poco más serio.

—Señora Tokue.

—Dígame.

—La pasta *an* que me dio estaba deliciosa.

—Ah, así que la probó.

—Sí. Y, si le parece bien, ¿vendría a ayudarme? —dijo él. Tokue pareció confundida—. ¿Podría prepararla aquí? —insistió.

—Sí, claro. ¿Seguro? —preguntó ella y lo miró con la boca entreabierta.

—Con que prepare el *an* alcanza. No hace falta que atienda a los clientes.

—¿No?

Ella le sostuvo la mirada y se hizo un silencio incómodo hasta que Sentaro la invitó al otro lado del mostrador y le ofreció una silla. Tokue entró, se sentó y se quitó el sombrero.

Se veía la piel de su cabeza porque tenía muy poco pelo.

—¿No tendrá problemas con mover la olla? Es bastante pesada. Para preparar el *an* hace falta fuerza física.

—De la olla se puede ocupar usted, joven.

—Bueno, veremos —dijo Sentaro algo distraído, mientras miraba las manos de Tokue. Ella las tenía entrelazadas de tal manera que no se notaba que los dedos estaban curvados.

—¿Puede agarrar las cucharas de madera?

—Sí.

—Disculpe la impertinencia pero, ¿qué pasó con sus manos?

—Ah, se refiere a esto —ella apretó las manos con fuerza—. Me enfermé cuando era joven, me quedaron algunas secuelas. Creo que no son un problema pero todo depende de quién las mire.

—Por eso bastará con que se ocupe de preparar la pasta *an.*

—Lo cierto es que puedo trabajar aquí, ¿no? —Tokue lo miró y rio. Al hacerlo, la mejilla izquierda se crispó. Era como si su cara escondiera una lámina dura debajo de la piel. Sentaro se preguntó si por ese motivo los ojos parecían tener formas distintas.

—Otra cosa… ¿Cómo se llama usted, joven?

Esta vez las preguntas eran para Sentaro.

—Me llamo Tsuji Sentaro.

—¿Tsuji Sentaro? Qué lindo nombre. Podría ser el de un actor.

—No, para nada. Yo…

Ella le pidió que lo escribiera así que Sentaro tomó un anotador.

—Así que usted, joven, es el señor Tsuji, ¿o mejor lo llamo encargado?

—Me da lo mismo. Sentaro está bien.

—Si es así… encargado. ¿La pasta *an* de este lugar la cocina usted?

—Bueno, la verdad que…

A Sentaro se le atragantaron las palabras, sintió como si de golpe alguien lo hubiera agarrado del cuello.

—Bueno, para ser honesto… si la hiciera yo no saldría bien. A veces me sale con olor a quemado.

—Claro, claro —dijo ella y, con expresión de haber comprendido perfectamente las circunstancias, miró la olla y la cocina de gas.

Sentaro le ofreció un té.

—¿Dónde trabajó durante cincuenta años? ¿En alguna pastelería?

—Bueno, yo…

—¿En su casa?

A Sentaro esta información no le importaba. A decir verdad, que esta anciana se llamara Yoshii o Kichida le daba lo mismo.Lo único que quería era que le preparara una pasta *an* de calidad, que las ventas aumentaran, pagar sus deudas y poder irse de la tienda.

Estas eran las cosas en las que pensaba y no tenía ganas de que le preguntara sobre cuestiones personales o del pasado. Por su parte, Tokue tampoco daba demasiada información personal.

—Uy, yo viví tantas cosas… que si me pusiera a contar no terminaría más.

—Claro, entiendo.

—¿Usted es además el dueño de la tienda?

—No, lo mío es algo así como un trabajo en teoría temporario pero que se viene extendiendo.

—¿Es decir que la tienda tiene un dueño?

—Mi antiguo jefe fundó esta tienda pero ahora su esposa es la propietaria.

—Entonces usted no tiene tanta responsabilidad.

—No es tan así.

—¿Es necesario que me presente a esa señora?

—Bueno, ella está enferma y viene más o menos una vez por semana. Ya habrá ocasión.

Sentaro notó cierto alivio en la cara de Tokue.

—¿Y qué pasó con su antiguo jefe?

—Falleció.

—Ah, ya veo.

Para que dejara de hacer preguntas, Sentaro le entregó un anotador y una lapicera.

—Bueno, Yoshii… por favor, escriba aquí su nombre completo, su dirección y teléfono de contacto.

Tokue bajó la vista hacia el anotador, y en ese momento pareció encogerse y endurecerse.

—Es que con estos dedos… —dijo titubeante.

Sentaro, incómodo, tuvo ganas de cerrar los ojos. Pero después de unos instantes ella tomó la lapicera y escribió con esmero. Él reconoció la misma caligrafía en tinta azul

que le había mostrado antes, tenía un rasgo muy particular. Tokue tardó un buen tiempo en terminar de escribir todo.

—¿Su número de teléfono? ¿No tiene un teléfono celular?

—Es que no uso teléfono. Prefiero manejarme con cartas.

—Es que…

—No tienen por qué preocuparse, nunca llegaré tarde. Me levanto antes que los pájaros.

—Pero en caso de que…

En el anotador Tokue había escrito el nombre de una localidad alejada de la ciudad.

Lo había hecho con mucha presión y el papel de debajo había quedado marcado. Sentaro tuvo una sensación rara al ver la dirección pero no pudo determinar de dónde venía.

5

Pasó un minuto más. Sentaro estaba acostado con las dos manos sobre el futón, mirando el cielorraso oscuro. El *whisky* que había tomado antes de acostarse no lo había ayudado a conciliar el sueño

Giró el cuello y estiró la mano hasta el reloj despertador que estaba en la cabecera para tocar el botón de la alarma y asegurarse de que estaba puesta. A la mañana siguiente Yoshii Tokue empezaba a trabajar en la tienda. Habían acordado que fuera día de por medio a preparar *an*. Él no podía llegar tarde así que se había acostado mucho más temprano que de costumbre.

¿Quién era realmente esa anciana?

Le había pedido que solo hiciera el *an* pero aún así Sentaro, por algún motivo, se sentía inquieto. Yoshii Tokue a veces decía cosas fuera de lugar, inoportunas. Se podría pensar que era porque no escuchaba bien, pero a Sentaro le parecía que esa no era la verdadera razón. Era ingeniosa y sonreía con ternura pero sus ojos tenían por momentos un brillo muy particular. Además, a veces lo miraba de manera desafiante.

Cuando ella terminó de escribir su dirección, Sentaro le contó cómo se manejaban en la tienda. Le explicó que él siempre había comprado el *an* y que empezaba a cocinar dos horas antes de abrir.

—¿Por qué? —dijo ella con cierta brusquedad—. Si quiere usar un *an* recién hecho hay que empezar antes de que salga el sol.

—Es que estoy acostumbrado a pedir por teléfono que lo traigan.

—¿Cómo se atreve? El *an* es el alma de un *dorayaki*, encargado.

—Bueno, sí, por eso le pedí a usted que se ocupara de eso.

—Si fuera un cliente, ¿haría cola para comer un *dorayaki* de esta tienda?

—La verdad es que no.

Ella le terminó dando un sermón y Sentaro no supo qué responder. Finalmente decidieron que iban a seguir las indicaciones de Tokue. Él terminó cediendo: iban a empezar a preparar todo a las seis de la mañana. Tenía que estar en la cocina a esa hora para empezar a hervir los porotos *azuki*. Tokue llegaría unos minutos más tarde para ayudarlo.

Insomne, Sentaro suspiró fastidiado por el plan que habían armado para el día siguiente. Durante cuatro años antes él había trabajado cada día en Doraharu. Sin embargo, era la primera vez que se iba a despertar tan temprano para empezar a cocinar.

¿Por qué había terminado aceptando a esa anciana?, se preguntó. ¿Había cometido un error? Resultó ser alguien muy distinto a lo que él se había imaginado al principio: alguien mucho más demandante. Sentaro estaba harto incluso antes de haber empezado.

Había una razón más para sus suspiros y su insomnio. ¿Cómo le iba a informar sobre todo esto a la dueña de la tienda? Estaba en problemas.

Desde que había muerto su antiguo jefe, el estado de salud de la viuda se había deteriorado. Cuando iba a la tienda a revisar el libro contable o por alguna otra razón, entraba con una expresión hostil. Tenía el azúcar alto así que ya no probaba los *dorayakis.*

Siempre había sido bastante obsesiva pero ahora estaba más pesada que nunca con las condiciones de higiene y su mantenimiento. Muchas veces retaba a Sentaro con severidad por su modo de limpiar.

Una vez Sentaro había contratado a un estudiante sin consultar a la dueña. Ella había sido muy sarcástica en relación al chico y, cuando alguien le avisó que lo había visto fumando en el fondo de la tienda, se puso furiosa. Llamó por teléfono a Sentaro, le gritó y lo mortificó preguntándole qué haría si la tienda empezaba a tener ese olor. Le advirtió que la próxima vez que quisiera contratar a alguien ella estaría presente en la entrevista.

Quizás sería mejor no contarle sobre Yoshii Tokue, al menos por un tiempo. Lo decidió mientras daba vueltas en su cama. Además, ni siquiera sabía si con esas manos iba a ser capaz de trabajar.

Con la vista fija en el techo, chasqueó la lengua. Pensó en los rostros de las estudiantes de colegio secundario que habían hecho de la tienda su lugar de encuentro habitual. Venían en grupo, ocupaban los únicos cinco asientos del mostrador y alborotaban todo el ambiente. Además, dejaban desperdigados restos de comida por todos lados. Unos días antes, una de ellas se quejó porque algunos pétalos de *sakura* habían caído dentro de la masa del panqueque. La mayoría de los clientes pedía para llevar, así que la puerta de vidrio de Doraharu solía estar abierta de par en par. Durante la estación de los cerezos algunos pétalos pasaban a través de la puerta y terminaban en los panqueques. Sentaro pidió disculpas y le ofreció a la jovencita un *dorayaki* nuevo. Pero sus amigas aprovecharon y empezaron a reclamar pasteles diciendo que los suyos también tenían pétalos. Incluso una de ellas sacó su celular para avisar a sus amigos que había *dorayakis* gratis.

¿Qué dirían esas muchachitas al ver los dedos de la anciana? ¿Y cómo reaccionaría la anciana ante la efervescencia de las jovencitas?

La mente de Sentaro seguía rumiando mientras él daba vueltas en la cama.

"Y esas chicas, diciendo que habían caído pétalos… ¿qué se creen?". Sentaro dio un golpe sordo al futón y, una vez más, estiró la mano

hacia el reloj despertador.

6

Sentaro se retrasó solo un poco a la mañana siguiente pero, cuando llegó, Yoshii Tokue ya estaba debajo del *sakura*. Se disculpó.

—Ya se ven algunos frutos pequeños —dijo ella y señaló con un dedo la copa del árbol.

—¿Encontró un colectivo a esta hora? —preguntó Sentaro porque estaba seguro de que no circulaba ninguno tan temprano.

—Está todo bien. No se preocupe —dijo ella y se dirigió de inmediato a la puerta trasera de la tienda.

Entraron a la cocina y se encontraron con los porotos *azuki* totalmente hinchados que habían quedado en remojo desde la noche anterior. Cada poroto brillaba y la atmósfera alrededor de la mesa de la cocina se había transformado. Sentaro tuvo la sensación de que, más que comida, eran una manada de criaturas vivas.

—Ah, muy bien —dijo Tokue y acercó la cabeza al cuenco.

Los *azuki* no eran ni de Obihiro ni de Tamba, ni de ningún otro lugar conocido por la calidad de los porotos. Lo que gastaba cada cliente en Doraharu hacía que adquirir *azukis* provenientes de Japón, mejores y más caros, no fuera una posibilidad para Sentaro.

Cuando le explicó la situación a Tokue, ella dijo que estaría feliz de trabajar con cualquier tipo de ingredientes. Al final, Sentaro habló con un proveedor y compró unos *azuki* provenientes de Canadá.

Sentaro había hecho algunos cálculos. Estimó que se necesitaban dos kilos de porotos crudos para hacer un lote de *an.* Al dejarlos en remojo toda la noche, el peso de los *azuki* se duplicaba y llegaba más o menos a cuatro kilos. Después de hervirlos, los porotos tenían

que mezclarse con un jarabe que se hacía con una cantidad de azúcar equivalente al setenta por ciento del peso de los porotos remojados. Así se obtenían un poco menos de siete kilos de *an.* Sentaro calculó, a ojo, que cada *dorayaki* llevaba veinte gramos de pasta: supuso que se podrían hacer entre trescientos treinta y trescientos cuarenta *dorayakis* con cada lote de pasta. Los siete kilos de *an* deberían durar varios días, de hecho, nunca llegaba a terminar un recipiente de cinco kilos de pasta industrial en una sola jornada.

—Antes de hervirlos… —dijo Tokue, mientras miraba uno a uno cada poroto—. Encargado,

¿antes de ponerlos en remojo, los revisó bien?

—¿Qué?

—A los porotos *azuki.*

Sentaro negó con la cabeza.

—Me imaginé. No todos los porotos están bien.

Tokue sacó algunos del agua con sus dedos torcidos. Los esparció en la palma de la mano y se los mostró a Sentaro. Algunos tenían durezas en la cáscara, otros estaban partidos.

—Los que vienen del extranjero no siempre se seleccionan con atención. Hay que tener cuidado porque esto puede afectar la calidad del *an.*

Sentaro pensó que la manera de Tokue de manipular los porotos era muy extraña.

Acercaba tanto la cara a los *azuki* que parecía como si se estuviera comunicando con ellos.

La actitud de ella no cambió cuando los pusieron a hervir en el *sawari,* la olla de cobre que se usa solo para preparar *an.*

Sentaro había intentado preparar la pasta alguna que otra vez, su método consistía simplemente en dejar el *sawari* en el fuego hasta que los porotos se ablandaran. En cambio, Tokue hacía las cosas de una manera totalmente diferente. Cuando el agua estaba a punto de hervir, agregó más agua fría. Hizo esto varias veces y después coló los porotos en una bandeja de bambú para desechar el agua de cocción. Después, volvió a colocar los porotos en el *sawari* con agua tibia. Dijo que lo hacía para eliminar los taninos, que le daban un sabor astringente y amargo a la pasta. Luego empezó a mezclar los porotos con un cuchara de madera, lo hacía con muchísima suavidad y cuidado para no romperlos. En esta parte del proceso, Tokue tenía la cara tan cerca de la olla que quedaba envuelta en vapor.

Sentaro se preguntaba qué estaría mirando. ¿Trataba de detectar alguna transformación en los *azuki*? Él se acercó para mirar los porotos en medio de la bruma pero no pudo registrar ningún cambio significativo.

Sentaro miró a Tokue mientras movía en círculos la cuchara de madera. Ella no apartaba la vista de los porotos. ¿Esperaba el mismo entusiasmo y compromiso de su parte? De solo pensarlo se sintió agotado.

Sin embargo, Sentaro, sin que pudiera explicar el motivo e incluso sin darse cuenta, también miraba fijamente a los porotos dentro del *sawari*. Se sacudían dentro de la olla, pero ni uno solo se veía roto.

Cuando quedaba una pequeña cantidad de agua de cocción Tokue apagó el fuego y colocó una tabla de madera sobre el *sawari*.

—Hay que dejarlos reposar —le dijo a Sentaro, que desconocía todos estos pasos.

—Qué complicado —comentó él.

—Es solo una manera de ser amable —respondió ella.

—¿Con los clientes?

—Se equivoca. Con los porotos.

—¿Con los porotos?

—Es que tuvieron la gentileza de venir hasta aquí, desde Canadá.

Después de algunos minutos, Tokue retiró la tabla que cubría la olla. Mientras observaba los *azuki* con mucha atención, vertió agua fría sobre los porotos. Le dijo a Sentaro que ahora había que blanquearlos, es decir enjuagar los porotos varias veces hasta que el agua saliera transparente. Cada tanto, Tokue acariciaba los porotos con la punta de los dedos y acercaba la cara a la olla. A Sentaro le parecía como si buscara pepitas de oro.

—En esta tienda nunca nadie puso tanto empeño como usted.

—Hay que hacer las cosas bien porque si una se descuida todo el trabajo se puede arruinar.

Sentaro la miraba de brazos cruzados.

—Me pregunto… ¿por qué miraba así a los porotos?

—¿Perdón?

—Con la cara tan cerca, ¿qué miraba en los porotos *azuki*?

—Solo hago todo lo que puedo por ellos.

—¿Lo que puede?

—Sí. Encargado, ¿podría levantar la olla?

Sentaro levantó con sus dos manos el *sawari* y vació el contenido sobre la bandeja de bambú que había en el fregadero. A medida que se escurría el líquido, quedaron a la vista los porotos *azuki* cocidos.

—Oh, qué hermosos.

Sentaro se acercó para observarlos. Era evidente la diferencia con los que él había hecho alguna vez, tuvo que admitir que estos *azuki* habían sido hechos con gran destreza.

A pesar de haber sido hervidos y enjuagados, cada uno de los porotos se veía firme y sin arrugas. Con la técnica de Sentaro muchos de los *azuki* terminaban quebrados y el almidón salía formando un globo. Estos porotos, al contrario, tenían una especie de brillo: resplandecían.

—No sabía que podían quedar así —Sentaro miraba sorprendido, y Tokue se rio encogiéndose de hombros.

—Encargado, ¿realmente ha preparado *an* alguna vez?

—Tuve la intención… pero…

—Entonces deberá tomar lecciones.

A partir de ese momento Sentaro hizo el resto del trabajo. La próxima tarea era preparar el jarabe que le daría el sabor dulce a la pasta. Vertió dos litros de agua en el *sawari* y los llevó hasta el punto de hervor. Después agregó dos kilos y medio de azúcar.

Tokue se quedó a su lado, mientras le explicaba los puntos más importantes de la receta.

Sentaro siguió revolviendo incluso cuando el azúcar ya se había disuelto para que no se cocinara más de lo necesario. Después agregó con mucho cuidado los porotos *azuki* mientras trataba de regular el fuego para lograr la temperatura adecuada.

—Ahora llega el momento crucial —dijo Tokue—, porque puede quemarse. Hay que asegurarse de mantener la punta de la cuchara de madera en contacto con el fondo de la olla.

Todo esto también era nuevo para Sentaro. Hizo lo que Tokue le decía, mientras ella agregaba sal al *sawari*.

—Si en este momento se quema es el fin.

—Mantenga derecha la cuchara de madera.

—Revuelva rápido.

—No se apure.

Las indicaciones eran muy precisas. Sentaro sintió que nunca había transpirado tanto. Sin embargo, le pareció que Tokue tenía razón. Las veces en las que había intentado hacer *an* él siempre había fallado en este punto. Una vez mezclada con el azúcar, la pasta que estaba al fondo de la olla tendía a quemarse muy fácilmente. Si se ponía el fuego muy bajo para evitarlo, había que cocinar todo durante más tiempo y el *an* quedaba de menor calidad. Era un equilibrio precario: para lograr una buena textura era necesario mantener la temperatura para reducir la cantidad de líquido. Sentaro acababa de descubrir que para no quemar toda la preparación había que mover la cuchara de madera a buen ritmo y en el momento adecuado.

Él se secó el sudor de la frente con la manga de la remera mientras seguía moviendo la cuchara. Entonces, cuando menos lo esperaba, Tokue le dijo que había que apagar el fuego.

—Todavía hay mucha agua —respondió él.

—Está perfecto. Es importante apagarlo ahora.

—Espere… Esto está…

El contenido del *sawari* se veía demasiado líquido como para considerarse una pasta de *azuki*. Sentaro quizás no sabía hacer *an* pero sí sabía perfectamente qué consistencia tenía que tener para poder amar los *dorayakis*: con esta textura se escurriría y sería imposible. Sin embargo, hizo lo que Tokue le indicó y siguió revolviendo con la cuchara después de haber apagado el fuego. Mientras lo hacía, la pasta comenzó a tener la consistencia adecuada. Tokue extendió una tela sobre la tabla de madera.

—Ahora hay que dejarlo reposar un buen rato para que absorba el jarabe. Después lo vamos a sacar con una cuchara y lo esparciremos aquí.

—¿Qué cosa?

—El *an* que acabamos de preparar.

Sentaro parecía confundido. Tokue tomó la cuchara de madera que tenía Sentaro.

—Quizás deberíamos descansar un rato.

7

Tokue le dijo a Sentaro que, mientras la pasta absorbía el jarabe, él anotara todos los pasos que habían hecho esa mañana.

—Yo aprendo mirando —respondió él.

Entonces ella le pidió que le dijera todo lo que habían hecho desde el principio y a él no le quedó más opción que sacar un cuaderno.

—Parece que se tiene mucha confianza.

—No, no es así.

—Como se tiene confianza no quiere tomar notas. Pero al hacer cosas dulces los detalles son lo más importante. Y si no los escribe,

¿cómo va a aprender?

—Cierto.

Avergonzado, Sentaro tomó notas mientras Tokue le repetía todo el procedimiento desde el momento de poner en remojo los porotos.

—¿Dónde aprendió todo esto?

—Es la práctica, lo hago desde hace mucho tiempo.

—Cincuenta años, ¿verdad?

—Seguro que hay clientes que son tan viejos como yo, ¿no?

Sentaro negó con la cabeza:

—Hay unas jovencitas del colegio secundario, son muy ruidosas. A veces me cansan.

—Bueno... —dijo Tokue—. Son jóvenes, es normal que sean algo inquietas. A su edad podrían estar haciendo cosas peores.

—Solo las soporto porque vienen a comprar.

—Y yo voy a conocerlas, ¿no?

Sentaro no supo cómo decir que no, si bien seguía pensando que lo mejor era que ella se retirara de la tienda no bien terminara de hacer el *an.* No pensaba ceder.

Tokue miró dentro del *sawari* y movió con la cuchara los porotos remojados en jarabe.

—Está a punto —dijo y enseguida comenzó a sacar la pasta de la olla y a colocarla directamente sobre la tela que había extendido en la tabla de madera.

—No sabía que había que hacerlo así.

—Todavía desprende líquido, necesitamos la tela para que lo absorba. Cuando se enfríe, usted tendrá un *an* hermoso.

Una nube de vapor ascendía acompasada al movimiento de la cuchara. La superficie del *an* extendida sobre la tela resplandecía y un aroma dulce y penetrante llenó toda la cocina.

—Ahora tenemos que ver si el panqueque que usted hace combina con esto.

Sentaro usaba una cuchara *dora* para poner la mezcla sobre la plancha de hierro caliente.

Lo único que le había enseñado el dueño de la tienda era a hacer los panqueques.

Usaba tres ingredientes en partes iguales: huevos, azúcar blanca refinada y harina leudante. A veces Sentaro le agregaba un poquito de polvo de hornear y licor *mirin* o agua para ajustar la viscosidad pero la base nunca cambiaba. Era una receta que se podía seguir de manera intuitiva y de una simpleza casi elegante: cualquier persona podría prepararla.

Lo difícil era cocinarlos. A diferencia de otros pasteles, por ejemplo los *imagawaki* que se hacen con un molde, a los *dorayakis* hay que darles forma en una plancha. Para que los panqueques queden con el tamaño y la forma adecuados el cocinero tiene que encontrar su propio ritmo. Los más experimentados hacen que parezca fácil pero es algo difícil de aprender y exige práctica. Un pequeño cambio en la humedad de la mezcla puede hacer que no todos los panqueques queden de igual tamaño además de que no siempre lo que cae en un hilo desde una cuchara se convierte en un redondel perfecto. Para sumar

complejidad a todo el asunto, la mezcla se quema si no se la da vuelta en el momento exacto.

Ese día Sentaro cocinó solo círculos perfectos. Quizás lo ayudó la idea de que tenía un *an* excepcional o la presencia de Tokue, cuyas expectativas le generaban algo así como una tensión saludable.

Habían llegado a la tienda unos minutos después de las seis de la mañana así que ya llevaban allí cuatro horas y media. Todavía faltaban quince minutos para abrir y Sentaro y Tokue se desperezaban, sentados en los taburetes de la cocina.

Colocaron el *an* todavía tibio entre los panqueques recién hechos. Para cualquiera que le gusten los *dorayakis* este sería un momento de alegre expectativa. Sentaro hizo una pequeña reverencia en dirección a Tokue para agradecerle y mordió un *dorayaki*.

El aroma pareció tomarlo por completo, como si se tratara de algo vivo, y fue desde su nariz hasta la parte posterior de la cabeza. A diferencia de la pasta industrializada que él encargaba, esta tenía el perfume de los porotos *azuki* frescos y vivos. Había algo profundo.

Había vida. Una dulzura suave le llenó la boca.

Sentaro estaba muy impresionado. Sonrió a Tokue y dio otro mordisco. Le pasó exactamente lo mismo. "Esto es de verdad otra cosa", pensaba mientras se acariciaba la mejilla.

—¿Qué le pareció, encargado?

—Nunca había probado un *an* como este.

—¿En serio?

—Al fin me encuentro con un *an* que puedo comer.

—¿Cómo? —Tokue miró el *dorayaki* que sostenía Sentaro. Se notaban las marcas que habían hecho sus dientes. —¿Qué dijo, encargado? —La mano de Tokue, sosteniendo la mitad del *dorayaki* que todavía no había comido, quedó quieta en el aire.

—Es que señora Yoshii, lo que sucede...

—Dígame —ella puso su *dorayaki* en un plato.

—Yo casi nunca como uno entero.

—¿Cómo? —Tokue lo miraba con la boca abierta—. Cómo puede ser... No es posible que no le gusten.

Sentaro negó con la cabeza.

—No es exactamente eso... No es que no pueda comerlos pero no me gustan demasiado las cosas dulces.

—Qué raro...

—Pero sí me doy cuenta de que el *an* que usted prepara es especial. Lo pensé la primera vez que lo probé pero esto... nunca había probado algo como esto.

—Entonces, ¿no le gustan los dulces? —preguntó ella con la mirada fija en Sentaro.

—No es que no me gusten, es solo que uno entero... me resulta un poco...

—Pero, ¿por qué, encargado? —A medida que la voz de Sentaro iba apagándose con desánimo, la de Tokue se alzaba cada vez más fuerte—. ¿Por qué, entonces, es el encargado de una tienda de *dorayakis*?

—Es una buena pregunta —dijo y Tokue lo miró con incredulidad—. No sé bien cómo terminé trabajando aquí. Cosas de la vida.

—¿Cosas de la vida? —dijo ella.

—Bueno, algunas circunstancias.... —dijo Sentaro y le dio otro mordisco al *dorayaki*—. Pero este...

—¿Qué quiere decir, encargado? ¡Cómo le cuesta hablar con claridad!

—Me acabo de dar cuenta de que la calidad del *an* que usted hizo es tan espectacular que hace que el panqueque parezca mediocre. No hay equilibrio.

Tokue tomó su *dorayaki* y le dio un mordisco.

—Bueno, ahora que lo menciona...

—¿No le parece? El *an* es demasiado bueno y es lo único que se percibe. No tiene sentido usarlo para rellenar estos panqueques.

Mientras pronunciaba estas palabras, una voz dentro de la cabeza de Sentaro parecía gritar: no te obligues a trabajar más. Sin embargo, siguió hablando:

—Si los panqueques fueran mejores, los *dorayakis* mejorarían. ¿No lo cree?

—¿Podría mejorarlos?

—Quizá. Al menos, tenemos un *an* decente por primera vez en Doraharu.

—Aunque me elogie yo estoy desilusionada. ¿Cómo puede ser que una persona a la que no le gustan las cosas dulces trabaje en una tienda de *dorayakis*?

—No diga eso. Mire, me lo comí entero. La verdad es que hace tiempo que no comía algo así.

Para enfatizar que lo había comido todo, Sentaro sacudió las manos y cayeron algunas migas.

—La verdad es que me interesa más esto —dijo Sentaro mientras hacía el gesto de levantar una copita de *sake*.

Ella frunció la nariz.

—En ese caso, le convendría trabajar en una cantina.

Sentaro no respondió y se puso de pie para levantar la persiana.

8

Sentaro pensó en poner un cartel en la puerta que anunciara "Doraharu tiene un nuevo *an*", pero tuvo el presentimiento de que los clientes le preguntarían qué había usado hasta entonces. Al final, decidió no pegar nada.

A pesar de no haber promocionado su nueva pasta, Sentaro notó un cambio inmediato desde que Tokue empezó a trabajar en la tienda. Las estudiantes de secundario, en general ruidosas y alborotadas, parecían más serenas.

—No sé qué pasó pero está más rico —dijo una de ellas mirando a Sentaro.

—Es que empecé a comprar porotos buenos... —respondió él evasivo, sin mencionar a Tokue.

Los clientes que pedían para llevar también hicieron comentarios. "¿Cambiaron de proveedor?", le preguntaban.

Cuando él le contó a Tokue todas estas cosas, ella sonrió:

—Qué suerte —dijo y no se dio ningún crédito a sí misma.

—Pero las ventas no aumentan. Si tanto nos elogian, sería bueno que compraran más —dijo él.

—Tenemos que estar agradecidos de que vengan.

—Pero la verdad es que no existe un *an* tan bueno como este.

—Así es este mundo...

—Sí, pero...

Sentaro sostenía la cuchara de madera mientras Tokue, como siempre, miraba fijamente los porotos *azukis*.

La pasta de Tokue era excelente todos los días. Sentaro sentía que su actitud mientras cocinaba era lo que hacía que siempre le saliera bien. Sea como sea, ella convertía los *azukis* en algo espléndido y llevaba a cabo cada paso de la receta con el mayor de los cuidados, como si no tuviera ningún problema en sus dedos, siempre con la cara cerca de los porotos.

Cuando Tokue dijo que quería probar usar porotos que vinieran de otro lugar, Sentaro consiguió *azukis* provenientes de China y de Estados Unidos. Ella siempre los cocinaba bien, cualquiera fuera su procedencia, y la pasta quedaba con diferencias muy sutiles en el aroma y en la manera en que brillaban. "Qué interesante", decía Tokue.

Sentaro se dio cuenta de que cambiar el tipo de porotos que usaban implicaba más trabajo porque tenían que hacer pequeños ajustes. Pero, para ese momento, él también estaba muy comprometido con todo el proceso. Se le ocurrieron algunas ideas, como vender *dorayakis* especificando el lugar de origen de los *azukis*, ya que parecía haber una diferencia. También pensó en diversificar y hacer otros dulces japoneses, como *kintsuba* o *yookan*, cuyo ingrediente principal fuera el mismo *an*. Sin embargo, siempre llegaba a la conclusión de que no podía agregarse todavía más trabajo.

Sentaro se entregó por completo a la tarea de hacer pasta de *azuki*, algo nuevo para él. Eran días desafiantes, no solo por el evidente cansancio físico, sino también porque no podía entender cómo había terminado haciendo todo lo que hacía. Su plan inicial era muy sencillo: que Tokue hiciera la pasta. Sin embargo, comenzó a sentir que, si se dedicaba con seriedad, los *azukis* podrían abrirle una puerta, darle algún tipo de posibilidad. La idea le gustaba y lo irritaba en partes iguales. De todas maneras, no importaba lo que pasara con los *azukis*: solo cuando pudiera permitirse dejar de estar parado día tras días delante de una plancha de hierro podría volver a escribir. Eso era lo único de lo que estaba seguro.

Ya fuera por sus sentimientos ambivalentes respecto a lo que hacía o porque no tenía un talento natural para cocinar, Sentaro no lograba hacer un *an* de buena calidad de manera consistente los días en los que Tokue no estaba. Si un día pensaba que finalmente estaba mejorando, los porotos se quemaban un poco, se pegaban en el fondo o se veían secos porque había dejado evaporar demasiada agua.

Sin embargo, Sentaro había decidido abandonar para siempre la pasta industrializada así que no le quedaba más opción que mezclar su propio *an* con el de Tokue cuando se estaba por terminar. Cuando ella probaba esta mezcla, él se sentía como un niño esperando el resultado de un examen. Ella se sentaba con la espalda bien derecha y se llevaba a la boca una cucharadita. La retenía durante algunos segundos antes de tragar y, mirando al vacío, decía algo como: "El sabor parece estar peleando un poco" y movía los ojos. Esto no significaba que le pareciera que la pasta estaba mal y siempre agregaba algún comentario conciliador como "Pero es interesante". Tokue era extremadamente perfeccionista durante el proceso de hacer la pasta pero, al momento de probarla, parecía flexibilizarse, incluso se la veía disfrutar de estas variaciones en la calidad.

—Llegué a pensar que tendríamos que arreglarlo —decía Sentaro.

—Es más rico que el industrial —respondía ella.

—Qué sorpresa.

—Los porotos *azukis* hicieron lo mejor que pudieron.

Tokue se relajaba una vez que terminaba con su trabajo, se veía mucho más luminosa y alegre. Incluso cambiaba su manera de hablar, elegía palabras menos solemnes. Sentaro agradecía este cambio, pero también sentía que era el momento en el que empezaban los problemas.

A pesar de que Sentaro le había pedido a Tokue que se fuera no bien terminara de hacer *an*, ella se quedaba en la cocina una o dos horas más después de que abriera Doraharu. A él le costaba cada vez más decirle algo al respecto, era una persona anciana, con un cuerpo frágil. Tokue tomó la costumbre de quedarse sentada en la cocina durante mucho tiempo: "Estoy cansada", "Me duele la espalda", repetía. Se quedaba inmóvil, con un repasador sobre las rodillas, la boca abierta y una expresión en su cara imposible de descifrar. En esos momentos parecía incluso demasiado débil como para tomar un té.

"¿Qué fue eso?", le preguntaba a Sentaro cada vez que sonaba un anuncio desde el parlante que había en la calle comercial, habitualmente le costaba oír bien. A él se le hacía imposible pedirle que se fuera a su casa y muchas veces Tokue todavía estaba en la tienda cuando empezaban a llegar los primeros clientes. Él siempre tenía la sensación de que su presencia no era conveniente.

Si bien Tokue no parecía dispuesta a irse, se ubicaba de tal forma que quedaba escondida detrás de un estante. Pero si una clienta se paraba delante de la puerta de vidrio con un bebé en brazos, ella salía de las sombras y asomaba su cabeza para saludar. Además, cuando un grupo de niños iba a la tienda decía de modo que todos oyeran: "Encargado,

¿por qué no les regala algo?". En estos momentos Sentaro ya no podía contenerse y, con voz involuntariamente alta, le decía: "Ya puede retirarse". Entonces, Tokue abría la puerta del fondo y, sin hacerse notar, abandonaba el lugar en silencio.

Los días se fueron haciendo cada vez más cálidos y, al poco tiempo, ya estaban en pleno verano. Una tarde, Sentaro abrió la heladera y lanzó un pequeño gemido. Los clientes no formaban exactamente una cola, pero ese día el ir y venir de personas en la tienda había sido constante. Sentaro fue a buscar más *an* solo para darse cuenta de que ya no quedaba, No podía seguir vendiendo: era la primera vez en la historia de Doraharu que Sentaro se quedaba sin pasta de *azukl*.

Sentaro se disculpó con los clientes que estaban esperando y fue a buscar el cartel que decía DORAYAKIS AGOTADOS para colgarlo en la ventana, Lo había comprado el propietario de la tienda muchos años atrás, como una ocurrencia, y ahora estaba perdido en medio de cosas de lo más diversas. Nunca antes habían necesitado colgarlo.

Sentaro se preguntó si habían preparado menos pasta que otros días pero al chequear el papel en el que anotaban las cantidades se dio cuenta de que eran las mismas que siempre. Por si necesitaba más pruebas, había muchas cáscaras de huevo en el tacho de basura. Entonces chequeó las ventas: ese día habían vendido más o menos trescientos *dorayakis*. Era un récord.

No le quedó otra que cerrar el local. Bajó las persianas y salió a la calle comercial, que empezaba a teñirse con los colores del atardecer. Empezó a caminar hacia el local de fideos *soba*. A pesar del cansancio, Sentaro sintió una punzada de satisfacción. Hacer *dorayakis* no era el trabajo de sus sueños pero necesitaba juntar dinero para pagar sus deudas y liberarse lo más pronto posible. Eso era lo único que deseaba. Pero aun así, sintió que ese día había logrado algo importante, como si hubiera traspasado alguna especie

de umbral. Eso lo desconcertaba: la sensación de querer festejar, pero al mismo tiempo, sentir que las cosas se habían vuelto más complicadas. Ya no sabía dónde estaba parado.

¿Qué iba a hacer a partir de ahora? Necesitaba una respuesta pronto.

Sentaro se inclinó sobre la botellita de *sake* y se puso a pensar.

¿Tendría que resignarse y colgar el cartel DORAYAKIS AGOTADOS cada vez que se acabara la pasta? ¿O debería ver todo esto como una oportunidad y extender el horario de la tienda? Sentaro sentía que ninguna de las dos opciones lo terminaba de convencer.

Si las ventas seguían creciendo, el porcentaje que le correspondía a él también sería más alto y finalmente podría terminar de pagar lo que le debía a la dueña. Pero una parte de él se resistía: no podía esforzarse más de lo que lo estaba haciendo. Se le iba el día preparando *dorayakis*: el tiempo pasaba mientras él hacía lo mismo una y otra vez.

Sin embargo, Sentaro no podía dejar de pensar que sí trabajaba desde la mañana hasta la noche delante de la plancha de hierro se acercaría más rápido el día de la liberación. Entonces, ¿no sería lo mejor trabajar lo máximo que pudiera y ahorrar dinero?

Por algo los dioses le habían enviado a la anciana. Ella, a cambio de un pago que era una miseria, preparaba un *an* de la más alta calidad. ¿Si esta no era su oportunidad de cambiar su vida, cuál sería?

"¿Habrá llegado el momento?", se preguntaba Sentaro.

Luego, con la cabeza dando vueltas por la borrachera, pensó cómo alcanzar objetivos concretos a partir de entonces. La tienda estaba en una calle comercial modesta, pero en algunos momentos había muchas personas que circulaban. El atardecer era la hora pico,

cuando la gente regresaba a su casa desde el trabajo y aprovechaba para hacer las compras. Algunas tiendas de *dorayakis* del centro de la ciudad preparaban todo durante el día y abrían desde el atardecer hasta la madrugada. ¿No debería hacer lo mismo? Era sorprendente la cantidad de personas a las que se les antojaba algo dulce después de salir de la oficina o después de tomar un trago con sus compañeros de trabajo. Estaba claro que no era una buena idea cerrar la tienda antes del atardecer y si de verdad quería tener más clientes tenía que abrir por lo menos hasta las ocho o nueve de la noche. ¿Quién iba a hacer la pasta extra que haría falta?

Este era justamente el límite de Sentaro. No creía que fuera posible que una persona de setenta y seis años que enseguida necesitaba sentarse pudiera trabajar más duro de lo que ya lo estaba haciendo.

9

¿Podrían aumentar la cantidad de *an* que producían? Después de varios días de colocar el cartel DORAYAKIS AGOTADOS, Sentaro trató de ver qué opinaba Tokue de toda la situación. Ella no pareció sorprendida y, como única respuesta, se quedó un rato mirándolo en silencio:

—¡Qué suerte! —dijo finalmente y sonrió con la mirada.

—Hay más clientes, todo es gracias a usted —dijo él.

—¿Va a preparar más cantidad de *an*?

—En breve.

—Si es así, será mejor que lo ayude.

Así, sin el menor reparo, Tokue se comprometió a colaborar. Decidieron entre los dos que iban a preparar diez kilos de *an* cada día.

—Estaremos todavía más atareados —advirtió Sentaro.

—¿Y? Eso es algo bueno.

—¿Cómo está su salud? ¿Podrá sobrellevar tanto trabajo?

—El trabajo pesado, encargado, lo hará usted, ¿no?

—Sí, bueno...

—Si es así, ¿por qué no empezamos hoy mismo? —Tokue comenzó a balancear su cuerpo, como hacen las madres que cargan a un bebé.

Por primera vez en su vida, Sentaro entendió el significado de los dos ideogramas que componían la palabra *hanboo*: trabajo bajo presión. Los días en los que vendía mucho, no tenía tiempo ni para estirar la espalda y estaba todo el tiempo de pie delante de la plancha de hierro en la que cocinaba los panqueques. Además, atendía a los clientes, cobraba y rellenaba los *dorayakis*.

Como había hecho siempre, Sentaro no se tomaba días de descanso y tampoco aumentaron los días en los que Tokue iba a la tienda. Trabajaba desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, tenso en frente de la plancha, y así iban pasando los días. Si bien a veces había pequeñas variaciones en la ventas, en general mantenían un buen nivel.

Poco después llegó la temporada cálida de lluvias y el *sakura* que estaba delante de la tienda comenzó a estar humedecido todo el tiempo. Él árbol resplandecía, quizá gracias a las gotas de agua diminutas que se alojaban en cada hoja de un verde profundo.

La humedad era muy bienvenida por los *sakuras*, pero no pasaba lo mismo con las tiendas de dulces: el inicio de esta estación hacía que el trabajo fuera más engorroso. Para Sentaro, que hacía *dorayakis* sin conservantes, comenzaban unos meses de prueba. A diferencia de la pasta preparada de las masitas *monaka*, que se conservaba sin

problemas por la mayor concentración de azúcar, la que se usaba para rellenar *dorayakis* era más delicada. Si las condiciones climáticas eran malas, podría arruinarse en menos de doce horas.

Además, Sentaro tenía que ser muy cuidadoso con los panqueques. Si preparaba en exceso, al poco tiempo se humedecían, se volvían pegajosos y no se podían vender. Para evitar este problema, Sentaro empezó a cocinar pequeñas cantidades de panqueques, tratando de anticipar cuántos clientes tendría. Lo hacía varias veces al día, en la temporada de lluvias todo era más trabajoso.

Sin embargo, quizá gracias a la delicada energía *yin* del *an* de Tokue, Doraharu seguía con buenas ventas. Los clientes hacían cola delante de la puerta de vidrio, con un paraguas en la mano. Años anteriores, durante la misma estación, había tan pocos clientes en la tienda que lo más sensato hubiera sido no abrir.

Fue entonces que Sentaro, de pie frente a la plancha de hierro, empezó a sentir mareos, quizá debido a la carga de trabajo y al calor opresivo de ese verano en particular.

El aire húmedo y caliente característico de esa época del año se colaba a través de la ventana, siempre abierta para atender a los clientes. El aire acondicionado estaba encendido pero, como Sentaro estaba todo el día frente a la plancha ardiente, el sudor impregnaba la ropa y el delantal. Empezó a tomar grandes cantidades de agua mientras cocinaba. Perdió el apetito, ya ni siquiera podía comer el sándwich que acostumbraba a comprar en el *konbini*. Aún así, seguía trabajando sin descanso, como si estuviera poseído.

La estación de lluvias, tan incómoda, no desalentó a los clientes. Finalmente, llegó el día en el que Sentaro tuvo que volver a colgar el cartel DORAYAKIS AGOTADOS a pesar de haber aumentado la cantidad de pasta que producían. A él le pareció que nunca antes había estado tan agotado. Cuando regresó a su departamento,

colapsó en el piso de la cocina y se quedó ahí un buen rato. Solo se metió en la cama después de tomar varios vasos de *whisky*.

La mañana siguiente, Sentaro estaba en la cocina de Doraharu, apoyado en una silla con la espalda vencida. En el *sawari*, el *an* que él mismo había preparado ya estaba casi listo, solo había que esperar a que absorbiera el jarabe. Lo único que quedaba por hacer era tomar la cuchara de madera y separar un poco de pasta para mezclarla con lo que quedaba de la que había preparado Tokue. Pero Sentaro no se podía mover. Aunque sabía exactamente

cuáles eran los pasos a seguir, el cuerpo no le respondía. Se quedó sentado, como si estuviera congelado, mientras recibía una corriente fría del aire acondicionado que le daba de llen. Incluso le resultaba demasiado esfuerzo mover los dedos.

Ese día Sentaro no abrió la tienda.

En algún momento se quedó dormido y, cuando abrió los ojos, las agujas del reloj marcaban casi las doce del mediodía. Se las arregló para ponerse de pie pero no tenía ánimo para levantar las persianas. Envolvió el *an* con papel *film*, casi sin aliento, con la respiración entrecortada. Antes de meterlo en la heladera, se desplomó otra vez sobre la silla.

Al final, juntó fuerzas, se cambió de ropa y salió de la tienda. Había estado nublado a la mañana temprano, pero ahora el pavimento le devolvía el hostil resplandor del sol. Se refugió de esa luz excesiva a la sombra de un *sakura*.

Escuchó el ruido de una cigarra y después vio cómo se iba volando. Sentaro se mantenía en pie a duras penas, con ambas manos apoyadas sobre la corteza áspera. Un sudor incómodo manaba desde cada poro de su cuerpo. Trasladó todo su peso al tronco del árbol y trató de fijar la mirada en la copa verde profundo, las hojas temblaban con el viento.

Entonces, desde la sombra de las hojas, como flotando, se deslizó ante sus ojos el rostro de su madre. Lo había visitado cuando él estaba preso, pero permanecía callada durante todo el tiempo que estaban cara a cara. Ella, al otro lado de la lámina de acrílico que los separaba, parecía más vieja en cada visita.

De repente Sentaro sintió ganas de llorar. Como estaba al borde de las lágrimas, evitó caminar por la calle en la que estaba Doraharu por temor a que lo reconocieran y se dirigió a una calle paralela a las vías del tren. Veía pasar los trenes, con la sensación de que no iban ni para adelante ni para atrás. Después de un rato los pensamientos que le genera ese lugar lo asustaron y empezó a caminar hacia una zona más residencial.

El cielo estaba despejado y transmitía un resplandor enceguecedor. En la mente de Sentaro, la claridad del día solo subrayaba su propia confusión. Parecía como si todos los momentos en los que había despilfarrado dinero lo alcanzaran de repente, haciéndolo tropezar. Mientras deambulaba por un callejón tras otro se sintió realmente mal consigo mismo.

"Que te mueras", le susurró alguien que pasaba.

Cuando por fin regresó a su departamento había vagado durante tanto tiempo que ya no podía recordar dónde había estado. Todavía con la ropa puesta, se tumbó sobre el futón, que había quedado extendido. Sintió un calor opaco en su pecho, como si la sangre estuviera acumulada ahí.

"Que te mueras". ¿No sería mejor morir?

Sentaro sintió que se hundía dentro de esa voz, como si lo estuviera chupando. Se ahogaba y apenas podía respirar. Entró en una especie de sueño febril. Empapado en sudor, con la respiración entrecortada, forcejeaba en un lugar cuyos contornos desconocía.

El portero eléctrico sonaba.

Sentaro levantó la cabeza y vio luz detrás de las cortinas. Miró el reloj, marcaba las ocho. No entendía por qué el sonido del portero insistía y, sobre todo, por qué la habitación estaba llena de luz. Se las arregló para llegar a la cocina de su departamento y responder:

—Encargado, ¿qué pasó? —era la voz de Tokue.

Sentaro murmuró una respuesta confusa así que ella repitió la pregunta:

—¿Qué pasó?

—Es que…

—¿Está bien, encargado?

Le vino la imagen de una vía de tren y recordó la sensación en las palmas de las manos al apoyarlas en el tronco del *sakura*.

—Bueno, yo…

Su cabeza todavía confusa, empezó a dar vueltas. Le había dado a Tokue una copia de las llaves de la tienda por si había alguna emergencias. Tal vez había abierto el negocio ella sola y empezado a trabajar.

—¿Se quedó dormido? ¿O le duele algo?

—Disculpe.

Sentaro quería decir que pronto iba a estar en la tienda pero las palabras se le atragantaron.

—¿Dónde le duele?

—Creo que estoy agotado

—¿Va a estar bien?

—Creo que hoy debería descansar.

Se quedaron los dos en silencio.

—No me sorprende. Estuvo trabajando sin parar —dijo ella—. Descansar me parece una buena idea.

—Le pido disculpas.

—Ya empecé a preparar el *an* así que termino con eso y me voy.

—Gracias. ¿Puede hacerlo usted sola?

—No hay problema. Ahora preocúpese por usted. Es más, ¿qué tal si se toma dos o tres días de descanso?

—Mañana vuelvo —respondió secamente. Sentía que si se tomaba unos días no iba a volver más—. Y cuando hoy termine con las pasta, por favor, retírese.

—Bueno, está bien, pero… —Tokue detuvo su respiración, como si durara.

—Lo siento, solo hágame ese favor —dijo él y colgó el teléfono del portero eléctrico antes de que ella pudiera responder.

A la mañana siguiente, Sentaro fue a Doraharu más temprano que lo habitual. Pero al llegar a la tienda, la cortina metálica estaba levantada hasta la mitad y había un aroma dulce en el aire.

—¿Señora Yoshii?

—Hola, encargado.

—¿Qué hace aquí tan temprano?

—Pensé que podía preparar el *an* así no lo tenía que hacer usted.

—¿Cómo…?

Tokue no debía ir a la tienda ese día, según lo que habían acordado al principio. Sin embargo, estaba empezando a cocinar.

—Gracias, cuántas molestias —dijo Sentaro sin entender del todo la situación. Bajó la mirada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella. Levantó la mirada de los porotos que estaban en el *sawari* y sonrió a Sentaro.

—Creo que ya estoy bien.

—Debería tomarse un descanso.

—Bueno, está bien. Lo pensaré.

Mientras hablaban, Sentaro se ponía la chaqueta que usaba para cocinar. Cuando se estaba abotonando la parte de arriba sus dedos se detuvieron de repente. El día anterior Tokue le había dicho que había empezado a preparar el *an,* lo que significaba que ya tendrían lo suficiente para los *dorayakis* que iban a vender ese día. Entonces, ¿por qué estaba haciendo más pasta?

—Señora Yoshii, ayer usted preparó *an,* ¿no? ¿Dónde está?

—Sí, claro, ayer… —dijo ella y apartó la mirada del *sawari,* pero no miró a Sentaro de inmediato. Después se encogió de hombros y giró hacia él. —La verdad es que no sabía qué hacer. Cuando terminé de preparar el *an* me senté unos segundos a descansar y enseguida llegó un cliente.

—¿Eh?

—Sí, vino un cliente… No me quedó más remedio que abrir la tienda.

—¿Qué? —Sentaro estiró el cuello hacia adelante, estaba muy sorprendido—. ¿Se ocupó de la tienda? Pero… ¿Cómo se arregló con la cortina metálica?

—Como ya sabe, no me gusta que la persiana esté completamente cerrada así que la abrí hasta la mitad, como está ahora. Enseguida llegó un cliente que se anunció en voz alta.

—Pero ¿acaso no me había prometido que preparaba el *an* y se retiraba? —Sentaro empezó a transpirar—. ¿Y cómo hizo con los panqueques?

—Ah… los cociné yo misma.

—¿Qué? ¿Los hizo usted misma? ¿Le quedaron bien?

—Sí, digamos que sí. Discúlpeme, encargado.

—Es demasiado tarde para pedir disculpas.

Tokue soltó la cuchara de madera y señaló el mostrador.

—Y otra cosa. Como no sabía cómo asentar las ventas en el libro de cuentas, solo anoté lo que se fue vendiendo.

—¿Quién le pidió…?

Era una lista muy simple. Las ventas y ganancias del día anterior estaban registradas con esa singular caligrafía que parecía pegar saltos y que Sentaro ya conocía. Los números eran impresionantes.

—¿Hizo todo esto usted sola?

—Sí, estuve muy atareada. Los clientes no paraban de llegar.

—¿De verdad, todo sola?

—Sí, sola. Bueno, en realidad el primer cliente subió la persiana metálica y el último me ayudó a cerrarla.

Sentaro estaba tan sorprendido que sintió ganas de sentarse. ¿De qué manera logró manejar todo? ¿Qué mezcla de panqueques preparó? ¿Cómo había agarrado el dinero con esos dedos torcidos? ¿Qué habrán pensado los clientes?

—Disculpe —repetía Tokue.

—Estoy sorprendido, eso es todo... Me podría haber dicho algo, ¿no le parece?

—Es que... usted me lo habría prohibido, encargado.

Era obvio que había infringido las reglas pero Sentaro sabía que no podía quejarse.

Tokue estaba rígida, como una alumna en penitencia, mientras movía nerviosa el mango de la cuchara de madera entre sus dedos.

—Pero, me cuesta imaginarlo. Debe haber quedado exhausta después de vender todo eso.

—Sí, me cansé.

—Además esta mañana está aquí desde temprano.

—Sí. Vine muy temprano.

Sentaro estaba confundido, no sabía qué actitud debía tomar y, sin saber por qué se dio una palmada en su propia mejilla. Tokue se sobresaltó pero él, sin prestarle atención, tomó el vaso medidor.

—Encargado...

—Basta ya. ¿Cuántos kilos de porotos *azuki* estamos preparando?

—Déjeme ver, dos kilos de porotos sin remojar.

Sentaro calculó mentalmente y echó en el vaso medidor el azúcar para la preparación del jarabe.

—Encargado...

—Sí.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué se golpeó la cara? ¿Intentaba despabilarse?

—No se trata de eso.

Sentaro tampoco entendía bien por qué se había dado una palmada en la mejilla.

Tokue estuvo de buen ánimo durante todo ese día. Conversaba mientras revolvía los *azukis* con la cuchara de madera.

—Encargado, ¿cuál es su pueblo natal?

—Takasaki.

—¿Estuvo todo el tiempo en Tokio desde que se fue?

—Anduve por aquí y por allá.

—¿De verdad? Qué envidia —dijo ella mientras suspiraba.

—No fue tan bueno. Yo... solo me movía de un lado al otro.

—¿Dónde?

—Solamente por la región de Kantoo.

—Pero aun así qué bueno, ¿no? Yo... de niña viví en Aichi.

—¿Aichi?

—Sí. En el campo profundo. Sobre la línea de trenes de lida, a las afueras de Toyohashi—. Tokue levantó la vista de los porotos que estaba cocinando, algo muy poco habitual en ella, y miró a Sentaro —. Los *sakuras* son tan hermosos ahí —dijo ella exultante.

—¡Vaya! ¿Cuál es el nombre de esa localidad?

—Bueno, por cierto... —Tokue pareció dudar—, Hay un barranco desde el que se ve un río. La pendiente desde lo alto del barranco hasta el río está llena de *sakuras*. Nunca volví a ver árboles tan lindos como esos.

Por alguna razón Tokue no revelaba el nombre del lugar.

—¿Vuelve allí cada tanto? —preguntó él.

—No, hace décadas que no... —Ella movió el cuello de un lado a otro y volvió a mirar a los porotos *azuki* dentro de la olla.

—Encargado, ¿cuál es su comida preferida? ¿Cuál es la especialidad de Takasaki?

—Qué decir... *Daruma bento* es lo único que se me viene a la cabeza. Esa vianda que se vende en las estaciones de tren.

Sentaro sonrió mientras agregaba agua a la olla. Tokue parecía una niña y él agradecía pasar el rato respondiendo sus preguntas tan poco demandantes.

—Las viandas *Daruma* vienen en cajas rojas o blancas. Me pregunto si cambia el contenido de acuerdo al color —dijo él.

—Me gusta mucho disfrutar de una vianda al viajar.

—¿Y a usted, qué le gusta? Ese plato caliente con pasta de *miso* y fideos chatos *kishimen* son las especialidades de Aichi, ¿no?

—Cuando yo era chica no comíamos ninguno de esos manjares —dijo ella, mientras sacudía las manos como si quisiera acentuar esa falta—. Es que era realmente un lugar rústico. Poníamos pétalos de cerezo en vinagre y luego los disolvíamos en agua caliente.

Bebíamos eso. Así eran las cosas.

—Oh, parece una historia de un país exótico.

—El Japón de ese entonces y el Japón de ahora son dos países distintos.

Sentaro asintió y puso la olla sobre el fuego.

—Todas las cosas cambian, ¿no? —dijo él.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... yo.

—¿A qué se refiere? Tokue lo miró con detenimiento de arriba abajo.

—Bueno... lo cierto es que… yo.

—¿Qué?

—Tengo una deuda con la dueña de esta tienda. La esposa de mi último jefe.

—Vaya.

—Cómo explicarlo... Hubo un tiempo en que colapsé.

—¿Es mucho dinero? ¿No será que lo están engañando?

—No... El dueño anterior de la tienda pagó unas deudas que yo tenía. Por eso estoy aquí, todavía le estoy devolviendo ese dinero a la esposa —Sentaro miró a Tokue—. Por favor no descuide el *sawari*.

Ella enseguida volvió a mirar los porotos que se estaban cocinando.

—Pero, ¿cómo llegó a tener semejante deuda? —preguntó ella.

Sentaro le echó una mirada a la olla y vio burbujas diminutas bailando en el fondo.

—Es una historia que me avergüenza un poco, pero no siempre viví como se debe.

Rebotaba aquí y allá y no sabía qué hacer con mi vida. Fracasaba en todo. En un momento fantaseaba con ser escritor. Pero últimamente no he escrito ni una palabra. Tampoco me he convertido en un experto en *dorayakis*. Solo pierdo el tiempo.

—Pero ahora trabaja muy duro. Nunca se toma un descanso.

—Cierto.

Tokue apagó el fuego del *sawari* pero no hizo ningún movimiento para empezar a enjuagarlos. Miraba fijo a los porotos ya hervidos.

—Vamos a trabajar juntos —dijo ella mirándolo a los ojos—. Yo también cooperaré.

La olla que Sentaro tenía adelante empezó a hervir.

—No, usted ya colabora lo suficiente. Desde que apareció siento que tengo una aliada. Pero el destino puede ser duro —dijo Sentaro mientras tomaba el vaso medidor con azúcar.

—¿Destino? —dijo ella con la voz alterada—. ¿Qué quiere decir? No conviene nombrar al destino con ligereza.

—¿Cómo?

—La gente joven no debería hablar del destino.

Él miró al piso, con el estado de ánimo de quien ha sido reprendido.

—Hubo un momento en el que yo no podía salir de un lugar en particular —dijo Tokue y sacudió la cabeza, como si las palabras que acaba de decir le generaran rechazo.

Empezó a echar agua al *sawari*.

—Discúlpeme. La verdad es que usted se preocupa mucho por mí —dijo él.

—Discúlpeme usted también —y, sin mirarlo, agregó—. por favor, olvide todo esto.

11

El verano llegó con toda su fuerza. Se oía el canto de las cigarras desde la copa de los *sakuras* y una brisa agradable soplaba brevemente antes del atardecer, que llegaba un poco antes cada día.

En Doraharu Sentaro tenía todo listo para pasar el verano sin ningún traspié. Las ventas solían bajar en esta época porque los estudiantes de la escuela secundaria estaban de vacaciones pero ese año no sucedió. De hecho pasaba casi lo contrario y las jovencitas se encontraban todos los días en la tienda, sentadas en las banquetas de la barra. Iban sobre todo por los *dorayakis* y las bebidas frías pero, para sorpresa de Sentaro, la presencia de Tokue también parecía tener algo que ver.

De hecho, el grupo de chicas jóvenes que iba a la tienda después de tomar clases intensivas de verano parecía buscar la compañía de la anciana. Se sentaban con la cabeza entre las manos y se quejaban con la voz lo suficientemente alta como para que Tokue las oyera desde la parte de atrás de la tienda, donde ella estaba sentada.

—Estudiar es un martirio —decía alguna.

—¿Por qué no te tomas un par de días y te diviertes un poco? —respondía Tokue con una sonrisa desde su asiento.

Las jovencitas fruncían la nariz:

—Si lo hiciera, mis padres me echarían de casa —decía alguna.

—¿Y no sería bueno? Si lo que querías era divertirte.

—¿Lo dice en serio?

—En serio.

—Me está llevando por el mal camino.

Sentaro notaba que, si bien Tokue mantenía una cierta distancia, buscaba el momento oportuno para hacer sus comentarios. Cada vez que escuchaba sus voces desde la calle, la anciana se retiraba sumisa al fondo de la tienda pero con una leve sonrisa en la cara.

—Mi casa es *tan* aburrida. No tengo ganas de volver —gritó una de las chicas mientras las demás charlaban.

—¿Por qué no buscas algo para hacer, algo por ti misma? —respondió Tokue al instante, sin vacilación.

—¿Cómo qué? —preguntó la jovencita.

—¿Y si trabajaras aquí *part time*? —propuso Tokue.

—Basta ya —dijo Sentaro desde su puesto frente a la plancha de hierro. Temía que no fuera solo una broma.

Sentaro entendía que estas chicas eran solo estudiantes pero se quedaban dos horas o más en la tienda y compraban solo un *dorayaki*. Era un problema y muchas veces le hubiera gustado decirles "Ya deben estar cansadas de tanto charlar, ¿por qué no se

van a su casa?". No le causaba ninguna gracia la manera en la que Tokue se entrometía y seguía con la conversación.

Pero, desde el día en que Tokue había abierto la tienda ella sola, Sentaro había cambiado su actitud hacia ella. Dejaba que hiciera lo que tuviera ganas, la anciana trabajaba por un sueldo que daba pena y su presencia en la tienda era parte del trato. Sin

embargo, Sentaro aún pensaba que era conveniente mantener una distancia entre los clientes y ella.

Había algo más que lo preocupaba: la expresión en la cara de algunas personas cuando veían a Tokue sentada en el fondo de la tienda, entre ellas, las jovencitas de la escuela. A Sentaro no se le escapaba la forma en la que algunas de ellas miraban a la anciana y se callaban de repente, con un brillo extraño en los ojos.

Una de las chicas de la escuela, por lo general, iba sola. Le decían Wakana, ella nunca dijo de dónde venía ese apodo. Según decían las otras chicas, en un momento llevaba un corte carré igual al de Wakana-chan, el personaje principal de un animé muy famoso llamado *Sazae-san*. Quizá eso explicaba el sobrenombre. Pero, según decían, después del divorcio de sus padres, tanto el carácter como el peinado de Wakana habían cambiado.

Wakana hablaba poco. Comía su *dorayaki* mientras miraba hacia la cocina con los ojos húmedos. Esa mirada conmovía a Sentaro y —algo raro en él— a veces le preguntaba si estaba bien.

Pero Wakana siempre estaba callada, incluso cuando Sentaro le hablaba. Comenzó a contar cosas de forma espontánea solo cuando Tokue empezó a darle los *dorayakis* que salían con una forma rara y no se podían vender. Mencionó que vivía con su madre, quien trabajaba de noche, que estaban justas de dinero y que cuando regresaba a casa de la escuela encontraba la ropa interior del novio de la madre tirada por ahí.

A veces, cuando hablaban con ella, Tokue también les daba los *dorayakis* fallados a las otras jovencitas. Rescataba los panqueques que habían salido mal, los rellenaba con *an* o con crema y se los daba diciendo: "Cortesía de la casa".

Sentaro no estaba de acuerdo con lo que hacía Tokue. Trató de disuadirla pero ella no le prestó demasiada atención. "Es mejor que tirarlos, ¿no?", le dijo. Wakana decía que los *dorayakis* fallados eran más ricos que los comunes. El comentario incentivó a Tokue a rellenarlos con miel y con otras cosas. Un día, después de probar uno de los experimentos de Tokue, Wakana finalmente preguntó lo que nadie se había atrevido:

—Señora Tokue, ¿qué les pasó a sus dedos?

Sentaro se dio vuelta para mirar a la anciana, que puso una mano sobre la otra para tratar de esconder los dedos.

—Ah... esto. Cuando era joven me enfermé y me quedaron torcidos.

—¿Qué enfermedad tuvo?

Sentaro notó cómo el semblante de la anciana se endurecía:

—Fue una enfermedad muy cruel —dijo ella como única respuesta.

Wakana asintió y no dijo nada más. Dio un mordisco a lo que le quedaba del *dorayaki* y masticó sin hacer comentarios, como si quisiera ocultar la incomodidad del momento. Para Sentaro el sonido que hacía la joven al masticar sonaba como una conversación silenciosa entre Tokue y Wakana.

Desde ese día, Wakana ya no apareció por Doraharu.

Tokue solía hablar de las estudiantes mientras lavaba la vajilla. Que una había empezado a sonreír un poco, quizás las cosas en su casa

habían mejorado. Que tal otra parecía tener el corazón roto porque había visto cómo las amigas la consolaban.

—Los tiempos cambian pero lo que se dice en situaciones así es siempre lo mismo

—señaló.

Otra chica le había mostrado a Tokue su teléfono celular nuevo, aparentemente el último modelo disponible.

—Seguro que usted nunca vio uno de esos —le dijo a Sentaro—. ¿Cómo será todo en el futuro, ahora que los teléfonos son una parte inseparable de la vida de estas chicas?

Tokue también mencionó a Wakana:

—Esa niña últimamente ya no aparece, ¿no? —dijo un día.

—¿Se refiere a la joven maleducada? —respondió Sentaro, que estaba quitando los restos quemados de la plancha.

—¿Por qué dice eso?

—Es que fue muy atrevida al preguntar sobre sus dedos, ¿no?

—Usted hizo lo mismo.

—Lo mío fue por una cuestión profesional. Necesitaba preguntárselo al menos una vez.

—Sí, pero... en cuanto a eso.

—Diga —Sentaro parecía confundido.

—A veces pienso... bueno, qué importa.

Sentaro apartó los ojos de la plancha para mirar a Tokue, todavía sin entender.

—Los adultos me miran fingiendo que no lo hacen. ¿No es mejor preguntar directamente? —dijo ella.

—Es una pregunta difícil.

—Yo me daba cuenta de que Wakana quería saber sobre mis dedos desde hacía mucho. Preguntó como una manera de acercarse a mí, de conocerme mejor.

—¿Le parece?

—Sí. Así que deje de criticarla. No hable mal de ella.

—¿Al final termina enojándose conmigo?

Tokue soltó una carcajada y Sentaro se relajó un poco.

—Señora Yoshii, cómo se nota que le gusta estar con gente joven. A mí, en cambio, cuando vienen en grupo, un poco me...

—Hace mucho tiempo, yo quería ser maestra.

—¿De primaria?

—Eso hubiera estado bien pero lo que más quería era enseñar japonés en la escuela secundaria. Me hubiera gustado mucho estudiar.

—Me imagino que las cosas deben haber sido muy difíciles después de la guerra.

Japón pasó por tiempos de enorme miseria.

De manera intuitiva, Sentaro dejó lugar para que Tokue pudiera explayarse.

—No era solo mi familia, todos eran pobres.

—¿Así que profesora de japonés? ¿Por qué? —preguntó, tratando de mitigar los recuerdos tristes de Tokue.

—Me gustaba la poesía, como la de Heine o Hakushu Kitahara. Cuando era pequeña leía los libros que encontraba en la habitación de mi hermano mayor.

—Vaya, señora Yoshii. Es una persona llena de sorpresas.

—Leer e imaginar era prácticamente el único placer que teníamos en ese momento.

A mí me gustaba imaginar cosas. Por eso me sorprendí cuando usted dijo que había querido ser escritor.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Pero no conserva todavía los sueños del pasado? Yo nunca hubiera pensado que a esta altura de mi vida estaría conversando con chicas tan dulces. Estoy tan contenta.

—¿Llama dulces a esas jóvenes alborotadas?

—Sí. No pude ser maestra pero ahora siento que puedo disfrutar un poco de lo que podría haber sido. Gracias a usted, que me dio la oportunidad de conocer a esas chicas.

—Ya basta. Soy yo el que fue salvado por usted.

Mientras Sentaro fregaba con un cepillo los restos quemados de la plancha, rezaba para que Wakana apareciera pronto.

12

Las vacaciones de verano terminaron y las jovencitas que se juntaban en Doraharu volvieron a aparecer con su uniforme escolar.

Todavía hacía un calor sofocante durante el día pero, justo antes del atardecer, la temperatura bajaba bastante. El viento sacudía el *sakura* y las hojas, que habían cambiado levemente de color, se desprendían y acumulaban frente a la tienda.

Sentaro ya había terminado de limpiar el local y estaba quitando las hojas que había en el riel de las persianas cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—Oh —dijo sorprendido—. Señora.

—Perdón por venir tan tarde.

Acompañó a la dueña hasta una de las banquetas del mostrador. La visita inesperada lo había perturbado y no paraba de preguntarse por qué había venido. Se reunían una vez por semana para chequear el libro de cuentas —a veces en la tienda, otras en la casa de ella— pero siempre organizaban los encuentros de antemano. La dueña solía estar sorprendentemente ocupada con distintas citas médicas. Además Sentaro trabajaba todo el día así que tampoco tenía demasiado tiempo libre. Entonces, cuando tenían que hablar algo sobre el negocio, lo hacían una vez que la tienda cerraba y ya no había clientes y ella siempre llamaba por teléfono un día antes para avisar que iba a ir. A Sentaro le venía bien este acuerdo tácito porque le daba tiempo para ordenar las cuentas y limpiar antes de que ella llegara. Sin embargo, lo más importante era que le permitía asegurarse de que Tokue no iba a estar dando vueltas.

¿Por qué ahora tan de repente? Sentaro tenía un mal presentimiento. Tokue había estado en la tienda hasta hacía un rato, lavando la vajilla. Si la dueña hubiera llegado una hora antes se la habría encontrado.

La dueña apoyó su bastón sobre el mostrador.

—¿Me serviría un té? —le dijo a Sentaro y señaló una taza con el dedo. Él puso la pava sobre la hornalla.

—Perdón por haber venido cuando está tan ocupado.

—No, de ningún modo. ¿Qué se le ofrece?

La señora recorría el interior de la tienda con la mirada. De repente frunció los labios y miró fijamente a Sentaro.

—Hay un rumor de que hay alguien más trabajando aquí.

—Ah, la señora Yoshii.

—Yoshii. ¿Así se llama?

Finalmente había llegado el momento que más temía. Sentaro bajó la mirada y tocó la agarradera de la pava.

—Me contó una conocida mía. ¿Es verdad que tiene los dedos deformados?

Sentaro cerró los ojos antes de hablar:

—Ehh, un poco... ¿Es un problema? —dijo él.

—Y también me dijo que tiene la cara paralizada, ¿es así? —siguió la dueña ante la mirada perpleja de Sentaro—. Mi amiga dice... lo siento, esto no es bueno... dice que podría ser lepra.

—¿Lepra?

—Ahora le dicen enfermedad de Hansen.

—Enfermedad de Hansen… —repitió Sentaro y sintió cómo el color se le iba de la cara.

—Así es, y eso me preocupó. De hecho, vine hace una hora y miré desde la calle.

—¿Por qué hizo eso? Podría haber entrado y conocido a la señora Yoshii.

Ella asintió y miró a Sentaro severamente:

—Eso no hubiera sido lo mejor para usted, ¿no lo cree? Durante todo este tiempo usted se aseguró de que yo no la conociera.

—¿Qué? No. ¿Cómo me dice eso?

La pava empezó a temblar porque el agua estaba a punto de hervir. Sentaro sentía que en su interior también había turbulencias.

—No pude ver mucho pero las manos de esa mujer definitivamente no están bien.

—No están tan mal si usted no pudo notar qué les pasa.

—Pero los clientes sí lo notan. No es bueno para el negocio.

—Puede ser, pero...

—Si hay algo más que yo no sepa, por favor dígamelo.

—No sé... Solo quiero decir que fue gracias al *an* de la señora Yoshii que esta tienda renació. Hace cincuenta años que prepara pasta de *azuki* —Sentaro no esperó a que el agua hirviera y vertió un poco en la tetera—. Es muy popular entre las chicas jóvenes.

—¿De verdad? Se nota que trabaja mucho pero...

—Así es. Hace un buen trabajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene más de setenta, pero está muy bien para su edad —dijo Sentaro mientras servía el té en una taza. Después le sonrió a la dueña.

—Tiene más o menos la misma edad que yo —dijo la dueña y tomó la taza—. ¡Ay!

—agregó en voz baja y suspiró profundo.

—¿Qué sucede?

—¿Ella usó esta taza?

Sentaro asintió.

—Dicen que es muy contagioso… Esto es grave, Sentaro. Sentaro. ¿Qué pasará si la gente se entera de que una tienda de dulces contrata a una persona enferma de lepra?

—Pero... Ella estuvo enferma cuando era joven, sus dedos quedaron así como secuela. Ya hace mucho tiempo que está curada.

—Eso es lo que dice ella... ¿Sabe, Sentaro, que en los casos más graves se pueden llegar a caer los dedos?

—La señora Yoshii tiene todos los dedos.

—¿Dónde vive esa mujer?

Sentaro se dio vuelta y puso la mano sobre el pecho, como si quisiera detener la agitación que sentía en su interior. La libreta en la que Tokue había anotado su dirección estaba guardada en un estante de la cocina. Sentaro la encontró y la abrió para mostrársela a la dueña. Ella leyó, se quedó en silencio y cerró los ojos.

—¿Qué pasa?

—Ese es el lugar en el que tienen a los leprosos —dijo en voz baja a pesar de que no había nadie más en la tienda.

Sentaro apoyó las dos manos en el mostrador y miró en silencio lo que había escrito Tokue. Así que era eso: la dirección le había

sonado la primera vez que la había leído. En

ese momento no se dio cuenta de las razones, pero ahora que la dueña lo mencionaba se acordaba de los rumores que circulaban sobre esa zona, sobre el sanatorio.

—La letra está toda torcida —dijo la dueña.

—Sí, pero... está curada.

—No sé cómo será ahora, Sentaro, pero antes las personas que habían tenido esa enfermedad estaban aisladas de por vida. Cuando yo era una niña, las veía dando vueltas alrededor del templo budista. Las caras eran espeluznantes, parecían monstruos. La sanidad pública desinfectaba cualquier lugar por el que hubieran pasado.

—Pero, señora... —Sentaro tomó la taza de té que le alcanzó la dueña y la puso en la pileta de la cocina—. Disculpe que lo repita, pero esta tienda es próspera por primera vez gracias a ella. Viene muy temprano a preparar el *an*.

La dueña miró con desconfianza el *sawari* con los porotos en remojo.

—Lo entiendo. Pero si la persona que me informó sobre esto empieza a hablar sería el fin del negocio, ¿no? Además si alguien de la zona se enferma de lepra considerarán que se contagió en esta tienda.

—¿Quién fue y qué le dijo exactamente?

—No le puedo responder eso —la dueña se mordió un labio y miró fijo a Sentaro—.

Usted estuvo todo este tiempo cerca de ella. ¿Cómo se siente? ¿Se habrá contagiado?

Lo único que pudo hacer Sentaro fue parpadear y acercarse al *sawari* para mirar los porotos en remojo.

—Sea como sea, a la señora Yoshii, ¿era ese su nombre, no? Va a tener que... —la voz de la dueña se quebró por un instante pero después siguió hablando—. La puede indemnizar, darle una buena suma de dinero, pero no puede seguir viniendo. Si no lo hacemos, este lugar se fundirá.

—Pero, ¿cómo haremos con el *an*?

—Estaría bien que lo preparara usted. A esta altura ya debe haber aprendido cómo lo hace ella, ¿no?

¿Podría? Sentaro no se tenía confianza. Todavía lo asombraba la actitud de Tokue respecto de los porotos *azuki*. En un nivel muy profundo, ella hacía algo totalmente distinto a lo que hacía él.

—Bueno, Sentaro, ¿usted podrá preparar el *an*?

—Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—Es que junto a la señora Yoshii hicimos que a esta tienda le vaya muy bien, a veces los clientes hacen cola para comprar. También hay niños que vienen solo porque está ella. ¿Y usted me dice que la despida?

—A mí no me gusta tener que decirle esto, pero no hay más remedio. Estamos hablando de una enfermedad horrorosa, muy grave. Hay al menos una persona que lo ha notado.

Sentaro se dio cuenta de que la dueña no iba a cambiar de opinión. No se opuso abiertamente pero sí le pidió que le diera algo de tiempo.

—Habíamos acordado que usted me avisaría si entrevistaba a alguien para trabajar en la tienda —dijo la dueña un poco cabizbaja —. Páseme aquello —agregó señalando con el mentón el alcohol que usaban en la cocina.

Sentaro se lo pasó y ella se puso *spray* en las manos. Las partículas minúsculas de alcohol se dispersaron por la cocina y flotaron sobre los porotos que Tokue había dejado en remojo.

—Entiendo cómo se debe sentir, Sentaro. No me gusta decir estas cosas, pero a veces es necesario hacer sacrificios. Mi marido le confió su negocio. Usted está a cargo y me gustaría que hiciera lo que corresponde más allá de lo que pueda sentir. Además...

todavía me debe dinero, ¿no es así?

Sentaro bajó la mirada y no dijo nada más. Levantó la cara recién cuando ella se retiró de la tienda.

Esa noche Sentaro no pudo dormir.

Se acostó sin haber bebido *sake*, algo raro en él, y se quedó mirando el techo oscuro, mientras la cabeza le daba vueltas. Después de un rato se dio cuenta de que no sabía nada sobre la enfermedad de Hansen y como no podía conciliar el sueño, se levantó del futón. Encendió la luz y prendió una computadora vieja y llena de polvo que hacía mucho que no usaba. También enchufó un cable que conectaba la computadora a la línea telefónica para poder usar internet. Cuando estuvo todo listo tipeó "Enfermedad de Hansen"

en el buscador.

En la pantalla apareció una lista de artículos sobre el tema. Sentaro miraba el monitor, no sabía por dónde empezar y temía encontrarse con fotos demasiado impresionantes. Suspiró y decidió comenzar con el primer artículo de la lista. El contenido era muy variado:

acontecimientos históricos relacionados con la enfermedad, explicaciones médicas, una descripción de la lucha de antiguos pacientes para abolir la Ley de Prevención de la Lepra, notas de los periódicos más importantes y algunos links a la página web del Ministerio de Salud.

Hizo una selección de artículos y miró cada uno metódicamente. Todas las páginas tenían terminología médica difícil de comprender pero él lograba captar las partes más accesibles y con todo eso se hizo una idea.

Para empezar, descubrió que todas las personas que en ese momento vivían en los sanatorios de Japón estaban curadas de la enfermedad. No había pacientes nuevos.

Además, si aparecía un rebrote de la enfermedad de Hansen, algo de por sí muy improbable, los nuevos tratamientos podrían tratar y curar a los pacientes de manera inmediata y nadie se llegaría a contagiar. Aparte, la enfermedad tenía una tasa de contagio muy baja y, aparentemente, ningún médico o enfermera se había contagiado mientras curaba a un paciente. Sin embargo, en el pasado, cuando se tomaban menos medidas de higiene y todavía se estaban investigando los distintos tratamientos para la lepra, los pacientes eran considerados incurables y quedaban en cuarentena por ley. También sufrían mucha discriminación debido a los efectos colaterales que hacían que distintas partes del cuerpo se desprendieran. Esos síntomas solo eran visibles en pacientes que habían recibido tratamiento cuando la enfermedad ya estaba muy avanzada: si se hace un tratamiento adecuado y a tiempo, la enfermedad no deja ninguna secuela.

Sentaro apagó la computadora. Había visto fotos que lo habían obligado a desviar la mirada pero, por alguna razón, después de leer sobre la enfermedad sentía un cierto alivio cuando pensaba en la situación de Tokue. Los sanatorios todavía existían, era cierto, pero

técnicamente las personas que vivían ahí no eran pacientes, y lo más importante, ya no contagian.

Incluso si Tokue había estado enferma de lepra en algún momento, como sospechaba la dueña, no debería haber ningún problema. Además Tokue había dicho que la había tenido "cuando era una niña". Habían pasado largos años desde su recuperación.

No había razones para despedirla, Sentaro estaba convencido, pero todavía no estaba seguro sobre cómo manejar la situación.

Se preguntó si debería imprimir algunos de los artículos de internet y mostrárselos a la dueña. También podría explicarle que la enfermedad estaba erradicada en Japón así que era simplemente imposible que Tokue fuera una fuente de contagio décadas después de haberse curado. Sin embargo, Sentaro sentía que abordar tan directamente a la dueña no daría resultado. Decir que no había nada de qué preocuparse desde el punto de vista médico no iba a deshacer el daño que había provocado la enfermedad en los dedos de Tokue. Esos dedos eran los que los clientes veían. Sentaro tenía la sensación de que la dueña no cambiaría de opinión respecto a Tokue.

¿Qué debía hacer?

Sentaro pensó que decirle a la anciana que abandonara la tienda de manera temporaria podría ser una solución. Sería un poco forzado, sin dudas, pero le podría explicar que nunca había sido un trabajo permanente y que la llamaría de nuevo en otro momento, cuando todo se calmara, y así ella podría seguir enseñándole a preparar *an*. Eso suavizaría la situación con la dueña y permitiría que él practicara hacer la pasta por su cuenta.

Sin embargo, mientras más lo pensaba, menos le entusiasmaba la idea. Solo estaría aplazando el problema y además no se le ocurría una sola razón para darle a Tokue si tenía que despedirla. Aparte era

él quien quería dejar de trabajar en la tienda, no ella. ¿Era realmente necesario seguir adelante y lidiar con el problema?

Sentaro miraba el techo, concentrado, sin llegar a ninguna conclusión.

13

Al final Sentaro no tomó ninguna decisión.

Incapaz de pensar con claridad respecto a Tokue o al futuro de la tienda, siguió de pie delante de la plancha de hierro como siempre lo había hecho. No le dijo nada a Tokue sobre la visita de la dueña ni sobre lo que había leído en internet sobre la enfermedad de Hansen. Tampoco cambió su actitud hacia ella en ningún sentido. Pero, a pesar de esta normalidad aparente, Sentaro no podía librarse de una sensación de ansiedad en la boca del estómago. Era solo una cuestión de tiempo antes de que la dueña volviera a exigir una explicación y él tenía que resolver cómo iba a calmarla y convencerla cuando llegara el momento.

La situación había escalado demasiado y Sentaro se preguntaba si no debería renunciar. Pensó en dejar todo, pero enseguida le vino a la memoria la cara cuadrada de su anterior jefe. "Yo me voy a ocupar de sus problemas de dinero, usted venga a echarme una mano".

Cuando salió de la cárcel, Sentaro trabajó *part time* en un *pub* durante un tiempo.

Fue ahí donde su jefe le hizo esta propuesta.

Sentaro había sido arrestado por vender marihuana. En ese momento no tenía antecedentes pero, como estaba vinculado con un grupo criminal organizado, tuvo que pasar dos años completos mirando los muros de la cárcel. Su sentencia no tuvo atenuantes.

Fue sometido a interrogatorios muy severos pero nunca develó el nombre de algunas personas. Una de ellas era su jefe: un personaje un poco sombrío que cometía delitos menores. A pesar de todo, Sentaro sentía que este hombre conservaba una especie de calidez y empatía hacia el prójimo en un nivel más profundo.

"¡Cómo me protegiste!", le dijo el jefe la noche en la que Sentaro aceptó trabajar en Doraharu. Estaban en la calle y el jefe lloraba en silencio mientras hablaban. Después salieron a beber hasta que amaneció.

El jefe había tomado mucho alcohol durante años y padecía cirrosis. Su cara era del color de los *dorayakis* recién cocidos. Finalmente, un día se sintió mal y mientras se ponía los zapatos para ir a la guardia vomitó sangre. Murió ahí mismo, había estallado una de sus venas. Cuando sucedió, Sentaro llevaba tres años trabajando en Doraharu.

Después del funeral, la viuda le suplicó a Sentaro que continuara en la tienda. "Me dijo que cualquier cosa que pasara, podría confiar en usted", dijo ella mientras tomaba las dos manos de Sentaro con lágrimas en los ojos.

Era innegable que la pareja lo había ayudado durante un momento difícil de su vida cuando salió de la prisión. Si Sentaro pensaba estos términos, le parecía inconcebible irse del negocio antes de terminar de pagar todas sus deudas.

De pie frente a la plancha de hierro, Sentaro suspiró. No sabía qué hacer con semejante dilema.

Incapaz de encontrar una respuesta, simplemente siguió haciendo lo mismo de siempre: preparar los panqueques para los *dorayakis*, rellenarlos con pasta de *azuki* y sonreír a los clientes. Además, al igual que lo hacía su jefe, bebía todas las noches.

Pasó el tiempo, llegó el otoño, una llovizna constante mojaba las calles día tras día Los transeúntes vestían cardigans y camperas y

llevaban un paraguas en la mano. Las hojas del *sakura,* de un color más tenue, caían diligentemente.

El cambio se dio de manera brusca y, cuando Sentaro lo notó, ya era algo grave.

"¿Será por culpa de esta lluvia?", murmuró Sentaro preocupado, mientras miraba junto a Tokue el libro de cuentas.

Tenían que ajustar la cantidad de porotos que cocinaban. Incluso quedaba muchísima pasta en la heladera, no necesitaban preparar más. Por alguna razón, las ventas habían caído durante esa semana y los últimos tres días habían sido particularmente terribles.

Tokue miró el cielo plomizo a través de la puerta de vidrio y después bajó la mirada hasta la calle.

—Si al menos se despejara un poco —dijo ella.

—Con este tiempo nadie tiene ánimo para salir —respondió Sentaro en un intento de dispersar una ansiedad silenciosa y persistente.

Por las razones que fueran, la caída de los ingresos en la tienda era evidente. Las ventas habían ido bajando sin prisa pero sin pausa, como si estuvieran acompasadas con los días, que se hacían cada vez más cortos.

—Volveremos a estar ocupados cuando pare de llover —dijo Sentaro, como si tratara de convencerse a sí mismo.

—Sí, solo necesitamos un poco de cielo azul.

Pero, en lo más profundo de su ser, Sentaro sospechaba que podía haber otras razones. Al recordar lo ocupados que habían estado en junio, durante la estación de las lluvias, él se daba cuenta de que la explicación climática no tenía ningún sentido. Los clientes habían hecho cola con paraguas y sin preocuparse por el calor sofocante ni

por la humedad, y las ventas habían incluso aumentado. Entonces, ¿qué estaba pasando ahora?

Tradicionalmente estaban en el comienzo de la temporada de los *dorayakis*, cuando el aire frío empezaba a sentirse en la cara.

Otra opción que consideró Sentaro fue que la situación económica general tuviera algo que ver. Muchos negocios que estaban en la misma calle que Doraharu habían tenido

que cerrar. La semana anterior el dueño de una pescadería había bajado para siempre las persianas de su tienda, con la que había salido adelante durante muchos años. La zona estaba cada vez más desierta. Un clima así, en el que llovía día tras día y con el cielo continuamente cubierto, era suficiente como para deprimir a cualquiera. Nadie tendría ganas de salir a comprar nada.

—Pensándolo bien, tampoco yo compro nada últimamente... —dijo Sentaro, y Tokue, que miraba abstraída hacia afuera, se dio vuelta y lo miró fijo, como si quisiera decirle que no tenía idea de qué le estaba hablando—. ¿Y usted? ¿Compró algo últimamente?

—preguntó él.

Tokue pareció no entender del todo por qué él le preguntaba ese tipo de cosas.

—¿Se refiere a ir de compras? —respondió Tokue.

—Sí. Nosotros no estamos vendiendo mucho, pero después... estuve pensando y tampoco nosotros compramos cosas.

Tokue asintió, finalmente comprendía qué le quería decir Sentaro.

—La verdad es que yo nunca hago compras —murmuró ella. Le dio la espalda a Sentaro y se dirigió al fondo de la tienda.

Esa noche apareció la dueña cuando Tokue ya se había retirado. Se sentó y revisó por arriba el libro de cuentas, sin decir demasiado. Después enderezó la espalda y respiró profundo.

—Sentaro —dijo ella y él también enderezó la espalda—, ¿no habíamos quedado en que iba a despedir a esa persona lo antes posible?

Él se puso de pie de un salto y asintió.

—Me acerqué hasta aquí varias veces, mantuve distancia, a pesar de que esta es mi tienda. Usted también debería proteger su reputación, ¿sabe? Esta mujer está aquí todo el tiempo, ¿no? La señora Yoshii, o como sea que se llame, todavía trabaja con usted.

—Pero, la verdad es que... si se refiere a su enfermedad, la señora Yoshii ya está bien, está curada.

—Si está curada, ¿por qué vive en un sanatorio? ¿Por qué no hizo lo que habíamos acordado?

—Bueno, respecto a eso...

—¿Habló con ella? —Sentaro se quedó en silencio, no podía encontrar las palabras—. ¿Y entonces? ¿Le preguntó si tenía lepra?

—Bueno...

—¿Qué clase de persona es usted? —dijo la dueña con voz chillona.

—Señora, espere un momento, por favor.

—¿Con qué me va a salir ahora? Ya esperé lo suficiente.

—Pues, la señora Yoshii estuvo enferma hace mucho tiempo, quizá tuvo la enfermedad de Hansen, pero ahora está curada... Está tan sana como cualquiera de nosotros.

—No creo que esté sana. Tiene los dedos torcidos.

—Es una enfermedad que ha sido erradicada de Japón. Las personas que viven en los sanatorios ya no están enfermas.

—¿Qué dice? ¿Por qué tengo que creerle si usted no es médico?

—¿Me está pidiendo que despida a una persona que no está enferma solo porque en algún momento lo estuvo?

—¡Esta es una tienda de bebidas y comidas! Tenemos una imagen que cuidar.

¿Cree que podemos tener a una persona que espante a los clientes? —la dueña se llevó

las manos a las mejillas que se habían puesto rojas por el enojo y después las dejó caer a los costados del cuerpo—. Preferiría no tener que decir esto, pero usted sobrevivió durante años gracias a esta tienda. Cuando estaba entre la espada y la pared, ¿quién se hizo cargo de sus problemas? Me imagino que se da cuenta de que este negocio no es suyo, ¿no? Si no despide a esa mujer no me queda otra opción que pedirle a usted que se vaya. Queda claro, ¿no?

—Es que…

—Mi marido abrió esta tienda. Yo soy la dueña ahora.

—Señora…

—Lo sé. No es fácil para usted. Pero ¿qué significan estas ventas? ¿Cómo puede ser que todo haya ido tan bien y de repente los números caigan repentinamente? ¿Será que se esparció el rumor de que aquí trabaja una persona enferma? Si es así, es el fin.

—No. Si fuera así, yo hubiera escuchado algo. Señora, creo que es culpa de esta lluvia que no para. Todos los negocios van mal y si

esta lluvia continúa…

—Sea lo que sea, por favor despídala.

La dueña inhaló profundo y se mordió un labio con fuerza. Luego permaneció callada por un rato largo. Parecía esperar algún tipo de respuesta por parte de Sentaro pero él no dijo nada. Ella perdió la paciencia.

–-Es mi última advertencia —dijo antes de salir de la tienda.

14

Los grillos cantaban bajo el *sakura*. Los pasos de quienes iban y venían por la calle sonaban contundentes sobre el cemento. Las estrellas brillaban después de mucho tiempo, era una tranquila noche de otoño.

La plancha de hierro ya se estaba enfriando pero la frente de Sentaro brillaba por el sudor.

—¿No va a cambiar de idea?

—No —dijo Tokue mientras tomaba asiento. Negó varias veces con la cabeza—. Es algo que decidí después de pensarlo mucho. Estoy casi al límite.

—¿No podría venir al menos una o dos veces al mes?

—Es que ya...

—Todavía no aprendí todo lo que necesito saber sobre el *an*.

Algunas voces se filtraron desde afuera a través de la persiana cerrada hasta la mitad. Quizá eran las estudiantes que volvían a casa de sus actividades extraescolares. Un par de piernas aparecieron debajo de la persiana.

—Parece que está cerrado. Qué pena.

—Perdón, ya cerramos por hoy —gritó Sentaro.

Escuchó un pequeño gruñido seguido de pasos que se iban alejando.

—Eran las chicas que juegan al tenis —dijo Tokue con un brillo alegre en los ojos.

Enseguida volvió a mirar hacia abajo y apoyó las manos en el delantal que tenía sobre las rodillas.

—Esas chicas sentirán lo mismo que yo. Me gustaría que viniera a visitarnos cada tanto —pidió Sentaro.

Tokue negó con la cabeza...

—¿Por qué no, señora Yoshii?

—Creo que la razón por la que hemos dejado de vender. Probablemente se deba a mi cuestión de hace tanto tiempo.

—Oh, no. No creo.

—Estoy segura.

—No sabemos.

—Hace ya cuarenta años que estoy curada pero...

A Sentaro le hubiera gustado decirle que, en ese caso, no se fuera —de hecho sentía que era lo que debía decirle— pero recordó la cara de la dueña y al final no dijo nada.

Tokue lo miró preocupada.

—Encargado, no importa.

—No, es que no pude resolverlo. En parte, también es mi culpa.

Ella tomó el delantal que tenía sobre las rodillas y lo agarró por el borde.

—¿Por qué sería su culpa? —dijo ella.

—Señora Yoshii...

—Dígame.

—Creo que no debería preguntárselo tan directamente, pero su enfermedad... ¿era el mal de Hansen?

—Sí. Debería habérselo dicho pero...

—Ah... —murmuró Sentaro y no pudo seguir hablando.

—Cuando llegaba el diagnóstico, se terminaba tu vida. Antes era así con esa enfermedad —dijo ella mientras Sentaro observaba sus dedos sosteniendo el delantal—.

Decían que era un castigo divino. Algunos incluso decían que era un castigo por pecados de vidas anteriores. Si alguien se contagiaba la policía y algunos oficiales de Salud Pública desinfectaban totalmente el lugar. También era horrible para los familiares. Los hacían sentir terriblemente avergonzados.

—Pero usted está curada, ¿no es así?

Tokue asintió enfáticamente:

—Sí, en un momento llegó una medicación muy eficaz desde Estados Unidos. A varios nos quedaron secuelas, a mí en los dedos,

—Estuve leyendo algunas cosas. ¿El aislamiento era realmente... absoluto?

—Sí —dijo Tokue levantando una ceja—. Así que estuvo investigando.

—Bueno, sí, en internet...

—Igual, no sé si lo llamaría aislamiento absoluto. Significaba que no teníamos permitido salir del predio. No hace tanto tiempo que la ley fue abolida, ¿sabe?

—Perdón que insista con esto, pero ya no está enferma, ¿no?

—Hace cuarenta años que no soy portadora de la enfermedad. Pero igual al principio no me autorizaban a andar por las calles, como estoy haciendo ahora. Cuando me enfermé... —la voz de Tokue vaciló y se llevó el delantal al borde de los ojos.

—Lo siento mucho, señora Yoshii.

—Tenía la misma edad que estas niñas que vienen aquí...

Al pensar en todo lo que había pasado Tokue, Sentaro no podía ni siquiera mirarla a la cara. Bajó la mirada.

—Señora Yoshii...

—Desde ese entonces estuve encerrada.

—¿Siempre en el sanatorio?

—Sí, en Tama Zenshoen.

Así que era eso. Sentaro había escuchado el nombre. Ubicaba más o menos la zona pero nunca había estado por allí.

—No queda para nada cerca de aquí. ¿Cómo se las arregló para llegar tan temprano? A esa hora todavía no hay autobuses.

—No era un problema.

—¡No me dirá que venía en taxi!

—Ya le dije que no importa —Tokue esbozó una sonrisita.

—Venía en taxi... por esa paga. Disculpe.

—Está bien. Disfruté cada momento.

—Lo digo de verdad. En un momento no había ninguna esperanza de que algún día yo pudiera salir de esos muros. Míreme ahora. Conocí a tantas personas. Todo gracias a que usted me dio este trabajo.

—Es usted la que me ayudó a mí —dijo Sentaro mientras movía la cabeza aturdido.

—¿Qué cosas dice? Yo soy una anciana con las manos deformadas y la cara un poco paralizada. A pesar de todo esto, me dio un trabajo. Y me permitió conversar con esas chicas tan dulces. Siempre quise tener un trabajo como este, estoy muy contenta —Tokue se secó las lágrimas con el delantal—. De hecho, me he sentido muy cansada últimamente.

Es el momento justo para renunciar. Gracias —dijo y después hizo una inclinación con su cabeza canosa.

—Soy yo el que debería agradecerle por todo lo que ha hecho por mí.

—Bueno. Ahora me voy.

Todavía sentada, Tokue paseó su mirada por toda la tienda y se detuvo en el plato con los panqueques defectuosos. Luego dobló el delantal, lo dejó sobre la mesa de la cocina, metió su bufanda en la cartera y se puso de pie.

—Mándeles mis saludos a Wakana y a las otras niñas.

—Les diré cuando aparezcan.

Tokue abrió la puerta y salió. Sentaro la acompañó. Las hojas caían del *sakura*, enrarecido por la luz brumosa del farol.

—La primera vez que vine estaba florecido, pero ahora tiene una imagen desoladora.

—Y el viento se ha vuelto frío.

—¿Llegaré a ver los *sakuras* florecidos el año que viene?

—Por supuesto que sí. Señora Yoshii, vuelva para enseñarme a preparar *an*, ¿de acuerdo?

Tokue sonrió débilmente pero no respondió.

—Gracias —dijo ella una vez más.

—Soy yo el que de verdad está agradecido.

—Hasta aquí está bien —dijo Tokue y, con un movimiento de la mano, disuadió a Sentaro que parecía dispuesto a acompañarla.

La miró irse en silencio. Al ver la figura de Tokue de espaldas, él se dio cuenta por primera vez de lo bajita que era en realidad. Fue ella quien empezó a hablar de renunciar a la tienda. Sentaro aceptó con resignación, pero no podía evitar la sensación de haber despedido a su propia madre.

Cuando regresó a la cocina estaba pálido. Lo primero que vio fue el *spray* con alcohol desinfectante. Lo agarró y lo lanzó con fuerza contra la persiana baja.

15

El otoño siguió avanzando. A pesar de los esfuerzos de Sentaro, que barría la vereda a la mañana y a la noche, las hojas secas del *sakura*

se acumulaban al frente de la tienda. La gente pasaba debajo del árbol con las ramas desnudas sin detenerse en Doraharu.

Sentaro miraba lo que sucedía fuera de la tienda y la escena le parecía borrosa, quizá debido a que tenía resaca. Estaba tomando más últimamente. Cuando terminaba de trabajar, entraba al primer bar que veía abierto. Nunca se ponía violento pero se quedaba mucho tiempo con un vaso en la mano hasta que sentía las piernas flojas. En la cama, durante la noche, lo inundaban pensamientos opresivos y oscuros. Al despertar se sentía mal.

Pronto empezó a no llegar a tiempo para preparar el *an*. Se hacían las seis, las siete, las ocho o las nueve. Algunos días llegaba a la tienda cerca del mediodía.

Sentía que las personas que caminaban por la calle lo rechazaban, incluso el *sakura* parecía apartarse cuando él pasaba. No había señales que indicaran que los clientes fueran a regresar y los pocos habitués del lugar se quejaban en voz alta y sin reservas. "El otro día había mucho olor a quemado", había dicho a los gritos uno de ellos.

A veces pensaba que lo mejor que le podía pasar era lo mismo que a los *dorayakis* que le salían mal: terminar en basura, desechado como el inservible que era. Si se dejaba llevar podría terminar así. Pero el tema no era qué hacer o dejar de hacer: no encontraba la fuerza para romper la inercia y ponerse en movimiento. Desalentado, lo único que hacía era mirar, cada tanto y con disimulo, al mundo exterior.

La noche en que Wakana finalmente apareció, había mucho viento y las ramas del *sakura* se sacudían con fuerza. Sentaro acababa de apagar el fuego de la plancha y estaba a punto de cerrar.

Ella llevaba un abrigo corto y sostenía un objeto envuelto en una tela verde, tan grande que le cubría la mitad superior del cuerpo. Saludó a Sentaro con una leve inclinación de cabeza v puso el objeto, que parecía una caja, sobre una banqueta.

—¿Qué es eso?

—Bueno, es que...

—Ya cerré la tienda.

—Lo sé... —murmuró ella pero no se movió.

Sentaro tomó un *dorayaki* de la caja térmica y se lo ofreció:

—No te quedes ahí parada. Toma asiento.

—Gracias —respondió ella con voz débil—. Tokue no está, ¿no?

—No.

Wakana miró los *dorayakis* y luego a Sentaro.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Me cuesta decirlo pero no tengo dinero.

—¿Y? —él rio como respuesta—. No te preocupes, es una invitación, la tienda ya cerró.

—Gracias.

Wakana hizo una pequeña inclinación para agradecerle y tomó el *dorayaki* con ambas manos. Sentaro puso otro en el plato.

—¿Qué es ese paquete? —dijo él mientras señalaba el objeto sobre la banqueta.

La mano de Walcana que sostenía el *dorayaki* quedó a mitad de camino entre el plato y la boca. Bajó la mirada.

—Es...

—¿Qué? —dijo él.

—El problema es que me escapé de mi casa.

—¿Te escapaste? —dijo Sentaro y levantó una ceja.

Ella asintió y extendió la mano hacia el paquete

—Ahí debajo... —dijo ella y quitó la tela verde que cubría el objeto. Apareció la jaula de un pájaro, adentro se movía algo muy vivaz y muy amarillo—. Esta criatura no tiene adónde ir.

—¿Un canario?

—Se llama Maui. Creo que es un canario amarillo marfil. En fin, él es la razón por la que estoy aquí.

—Es por eso que escapaste, ¿no es así? Quieres que yo... —la voz de Sentaro se apagó. Comprendió de repente que, una vez más, se estaba complicando la vida.

—Se lo prometí a Tokue.

—¿Qué le prometiste exactamente?

—Bueno... —Wakana dudó y miró dentro de la jaula.

—Me imagino que no le prometiste un pájaro...

—Tal vez fue atacado por un gato. Lo encontré hace seis meses, agitaba las alas ensangrentadas. Supuse que no se salvaría pero no podía abandonarlo, así que me lo llevé a casa. Se curó. Le limpiaba las heridas todos los días, hice lo mejor que pude y sobrevivió.

—¡Qué bien!

—Pero... —Wakana estiró sus manos hacia la jaula—. Maui resultó ser macho, así que a veces canta. Ese es el problema.

—¿Por qué?

—Vivo en un edificio en el que están prohibidas las mascotas. Mi mamá insistía en que lo soltara antes de que el vecino nos denunciara. Pero Maui no puede volar muy bien, las alas le quedaron un poco duras. Cuando lo sacaba de la jaula, dentro de mi cuarto, volaba un poquito y se caía. Mi madre me pide todo el tiempo que lo suelte pero se está poniendo cada vez más frío y estoy segura de que no sobrevivirá afuera. Además, como no puede escapar, quizá un gato lo atraparía.

Sentaro abrió la canilla, llenó un vaso y lo bebió de a sorbitos como si se tratara de algo muy amargo.

—¿Y entonces...?

—Bueno, me imaginaba que algo así podría pasar y me anticipé y, hace bastante, le pedí un consejo a Tokue.

—¿Aquí?

—Sí. Cuando usted estaba descansando porque había tenido un episodio relacionado con su salud mental.

—¿Salud mental? ¿Eso dijo?

—Eso dijo Tokue.

Se refería a esos días durante la temporada de lluvia en los que él no había ido a la tienda. Sentaro se llevó una mano a la frente.

—¿Y qué consejo te dio?

—Me dijo que si ella no podía cuidarlo, usted podría ocuparse.

—¿Yo?

—Sí.

El canario agitó las alas dentro de la jaula. Después voló trazando un triángulo y emitió un ruido sordo. Sentaro nunca había escuchado cantar a un canario de esa manera.

Quizá en esa época del año cantaban así.

—La señora Yoshii... ¡Qué descarada! Mira, yo también vivo en un edificio en el que no aceptan mascotas.

—Tokue dijo que eso podría llegar a pasar y que, en ese caso, usted podría tener al canario en la tienda.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí.

—¿Cómo pudo haberte dicho…? —dijo Sentaro irritado y chasqueó la lengua—.

Imposible tener mascotas aquí… No soy el dueño y, además, no se pueden tener animales en un lugar donde se vende comida.

—¿En serio?

—Sí, es inviable.

Desilusionada, Wakana miró abatida hacia el interior de la jaula.

—Wakana, ¿sabes por qué la señora Yoshii dejó de trabajar aquí? —preguntó Sentaro y después dudó un momento. ¿Qué le estaba diciendo a la joven? Era el momento de callarse pero, por alguna razón siguió hablando—. ¿Recuerdas que le preguntaste qué le había pasado en los dedos?

Wakana apartó la mirada del canario y, con incomodidad, miró hacia un lado y hacia el otro. Después asintió.

—Te contó que cuando era joven se enfermó, ¿no?

—Sí.

—¿Fue la primera vez que notaste sus dedos o ya lo habías hecho antes?

—Antes —dijo ella mientras se daba vuelta hacia Sentaro.

—¿Por qué le preguntaste en ese momento?

El canario pio.

—Me pareció que era mejor de esa manera —dijo Wakana y sus ojos, que siempre estaban un poco húmedos, brillaron aún más.

—Ok. En ese caso… La señora Yoshii estaba preocupada porque pensaba que la tienda había dejado de vender por su culpa.

—Se llama enfermedad de Hansen, ¿no?

Él asintió.

—¿Cómo supiste? —preguntó después.

—Yo le conté a una persona acerca de los dedos de Tokue.

—¿A quién?

Wakana bajó la vista hacia el *dorayaki* que estaba en el plato. Luego alzó la cara lentamente.

—A mi madre.

Se levantó viento y entraron hojas secas a través de la puerta que, al golpear contra la ventana, hicieron un pequeño sonido, como si estuvieran hechas de papel seco.

—¿Así que a tu madre?

—Sí, y mi madre vino aquí sola un mediodía…

—¿Y?

—Hay un sanatorio más o menos cerca de aquí, ¿no? El colectivo llega hasta allá y una vez mi mamá lo vio. Se le ocurrió que quizás Tokue vivía en ese sanatorio y ya no me dejó venir más.

El canario revoloteaba en círculos dentro de la jaula, que era bastante pequeña.

Afuera, las hojas del *sakura* caían sin pausa.

Así que había sido eso. Sentaro se tomó unos instantes para asimilar la información y se esforzó para que la expresión de su cara se mantuviera imperturbable. Pero no logró contener las palabras.

—¿Crees que tu madre le contó a alguien sobre la enfermedad de la señora Yoshii?

—No sé. Pero, como trabaja de noche en un bar, quizás se emborrachó y lo contó.

Por ahí a algunos de esos tipos que andan por acá —dijo Wakana rígida, mientras miraba fijo a la cocina.

—Tu madre no fue la única —dijo Sentaro en voz baja—. Muchas personas se sorprendían cuando veían las manos de la señora Yoshii. Estoy seguro de que los clientes dejaron de venir por esa razón. Parece que el rumor se esparció.

—Tremendo —dijo ella, como si no tuviera nada que ver con lo que había pasado.

Sentaro pensó unos instantes antes de responder. Incluso trató de empezar a hablar un par de veces pero no pudo. Al final dijo:

—Eso es lo que pasa con los rumores. Por eso no puedo permitir que el canario se quede aquí. Hay mucho miedo a la gripe aviar últimamente. Quizás diez años atrás no hubiera sido un problema, pero ahora simplemente no es posible.

—No sé —dijo Wakana y acarició con sus dedos el alambre de la jaula mientras Maui daba saltos—. Creo que algunos clientes vendrían solo para ver al canario.

Sentaro negó con la cabeza:

—No es tan simple —dijo él y Wakana bajó la cabeza. —Pero…

—¿Qué?

—Bueno, dije algo sobre los rumores pero yo hice algo mucho peor —confesó Sentaro.

Wakana no respondió. Siguió acariciando el alambre mientras el pájaro daba pequeños saltos, cada vez más cerca del lugar donde ella había apoyado los dedos. En un momento, ella sacó los dedos de la jaula y miró inquisitiva a Sentaro.

—No me opuse ni la defendí cuando ella quiso dejar de trabajar —dijo él finalmente.

—¿Qué quiere decir?

—Ella me enseñó todo el proceso para preparar *an*.

Se hizo un breve silencio.

—No entiendo muy bien, pero, si fue así, ¿por qué no empieza de nuevo?

—murmuró ella.

—¿Empezar de nuevo?

—Sí.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—A usted le preocupa algo más, ¿no es así? —dijo ella. Sentaro hizo un sonido sin afirmar ni negar nada y agachó la cabeza—. ¿Por qué no trata de resolver la situación?

—No es tan fácil…

—¿Tiene el número de teléfono de la señora Tokue? —dijo ella mientras enderezaba la espalda.

—Creo que no tiene teléfono, pero sí tengo su dirección —respondió Sentaro como si estuviera obligado.

—Mire, cuando hablé con la señora Tokue sobre el canario y todo esto, ella me dijo que si usted no podía cuidar a Maui, ella, como último recurso, podría…

—¿Dijo eso? ¿En serio?

—Sí, le digo la verdad. Estábamos mirando la luna, justo ese día era luna llena y se veía a través del *sakura.* Ella dijo que era todo tan hermoso que había que salir a mirar. Fue

en ese momento cuando dijo algo sobre Maui, como si fuera un promesa entre las tres: ella, la luna y yo.

—¿Una promesa a la luna? Creo que la señora Yoshii vive en un sanatorio.

—Sí, eso me contó.

—Voy a escribirle una carta y le voy a preguntar.

La cara de Wakana se iluminó y miró a Sentaro con sus ojos húmedos bien abiertos.

Al final, Sentaro aceptó cuidar el canario hasta que llegara la respuesta de Tokue. Lo llevó a su departamento y rogó que ninguno de los vecinos avisara al propietario.

16

Un cerco de acebos se extendía mucho más allá de lo que se podía llegar a ver.

Sentaro y Wakana se detuvieron frente a unos carteles que decían "Museo Nacional de la Enfermedad de Hansen" y "Sanatorio Tama Zenshoen" en la esquina de una calle tranquila y suburbana que

terminaba en una ruta muy transitada. Caminaron en la dirección que indicaban los carteles. A un lado de la calle se desplegaba una zona residencial mientras que el otro estaba rodeado por una fila impenetrable de acebos que se extendía a la distancia como una línea verde sin fin. Sentaro recordó por un instante el lugar donde había estado encerrado. No se cruzaron con nadie. Solo se escuchaba el sonido de los pájaros y Maui piaba dentro de su jaula, como si les estuviera respondiendo.

—Este cerco nunca se termina.

—Son acebos chinos, mire, las hojas son duras y afiladas —dijo Wakana.

—¿Son los que se usan para decorar en Navidad?

—No sé, aquí los usan para impedir que los pacientes se escapen.

—Pero eso era antes.

—Sí, pero el cerco sigue aquí, ¿no? —respondió ella.

Wakana también había investigado un poco en internet, sobre todo respecto a las políticas de gobierno y al aislamiento obligatorio de las personas con la enfermedad de Hansen.

Mientras caminaba, Sentaro deslizaba la yema de los dedos por entre esas hojas duras y pinchudas. Le dolían y sintió que aquellas plantas armaban una barrera mucho más eficiente que la que había en las cárceles. Cada tanto el cerco se rompía, quizás había habido senderos de ingreso en algún momento, pero ahora una vegetación muy densa impedía ver dentro del predio. Caminaron una distancia muy larga bordeando el cerco hasta que, finalmente, apareció el Museo Nacional de la Enfermedad de Hansen.

El silencio se volvía cada vez más inquietante a medida que se acercaban al museo.

La luz del sol se filtraba entre los árboles y se reflejaba en el piso de la entrada del edificio.

En ese juego de luces y sombras, la quietud era patente.

Cerca de la entrada al museo había una estatua de una madre y una hija con el sombrero, el bastón y la ropa característica de los peregrinos. Sentaro se preguntó cuál de las dos habría estado enferma, si la madre o la hija. En otros tiempos, cuando una persona se contagiaba, toda la familia —padres e hijos— tenían que dejar su hogar y vagabundear por lugares desconocidos. Tal vez esta estatua se había hecho para dar algo de consuelo a esos espíritus viajeros. Sentaro se puso tenso, de repente tomó conciencia de todo el dolor y sufrimiento que el lugar representaba.

En el estacionamiento vieron un cartel con un mapa del predio del sanatorio Tama Zenshoen. Localizaron la zona de tiendas, donde habían quedado en encontrarse con

Tokue. Parecía que era más o menos en el centro, al lado del salón de reuniones y los baños. También quedaba cerca de distintas zonas de residencia con nombres como "Alba"

o "Lucero vespertino".

—Todavía es un poco temprano —dijo Wakana.

Sentaro miró su reloj Pulsera. Tenía razón, faltaba bastante para la hora en la que habían quedado con Tokue.

—¿Y si damos una vuelta? —dijo él.

—Me parece bien.

Sentaro notó una cierta reticencia en la voz de Wakana. La entendió perfectamente porque él sentía lo mismo. Hasta hacía muy poco tiempo, para ellos este era un mundo desconocido con el que no

tenían ningún tipo de conexión. Sin embargo, estaban ahora ahí dentro.

La Ley de Prevención se había abolido en 1996 y, a partir de ese momento, quienes alguna vez habían tenido la enfermedad eran libres de dejar el sanatorio, donde habían estado aislados durante mucho tiempo. Además, cualquier persona, que hasta ese día tenía prohibido pasar a través de la puerta, podía hacerlo. Sin embargo, muchas vidas habían sido absorbidas por este lugar y rechazadas de cualquier otro lado. Sentaro sentía como si el silencio tan particular emergiera desde el suelo que pisaba, empapado como estaba de lamentos, suspiros y arrepentimientos.

Tomaron un camino hacia el interior del predio que tenía una espléndida hilera de *sakuras* a cada lado, ahora sin hojas. Sentaro pensó que debía ser una escena magnífica durante la primavera.

Seguían sin cruzarse con nadie y el único sonido era el canto de los pájaros.

—Qué lugar más tranquilo —dijo Sentaro para romper el silencio.

—Espeluznante —respondió Wakana después de unos instantes, como si hubiera elegido esa palabra con mucho cuidado.

Vieron un banco cerca de la hilera de *sakuras* y tomaron asiento. Sentaro apoyó la jaula del pájaro en el piso y miró alrededor de todo el predio. No había nadie. Vio una fila de casitas todas iguales, que lo hizo pensar en un complejo residencial de otro país o en cuarteles del ejército: le pareció algo lejano y que no tenía nada que ver con su vida.

El silencio los ensimismó. Después, apareció una bicicleta a lo lejos que se acercaba desde el otro lado de los *sakuras*. Podía ser un antiguo paciente que todavía vivía allí o algún vecino.

La bicicleta llegó cerca de donde estaban. El ciclista era un hombre mayor que llevaba un sombrero con una gran visera. Sentaro se preguntó cómo sería su cara y dudó entre mirar o no su rostro. Wakana mantenía la cabeza gacha. Sentaro levantó la vista justo cuando la bicicleta pasaba frente a ellos. La cara del hombre era completamente normal: tenía toda la nariz y ninguna señal de parálisis. Él, por el contrario, miró a Sentaro y a Wakana corno si se hubiera encontrado con algo totalmente inusual.

Mientras la bicicleta se hacía cada vez más pequeña debido a la distancia, Sentaro se preguntó a sí mismo con qué intención había tratado de verle la cara a ese hombre.

Estaba a punto de entrar a una tienda en la que, seguramente, la mayoría serían antiguos pacientes. Quizá algunos habían quedado con secuelas tremendas, ¿estaba preparado para ver eso? Incluso que la palabra preparado le viniera a la mente podía significar que se equivocaba respecto a sí mismo: lo que le generaba inseguridad no era su capacidad de poder controlar sus reacciones sino sus sentimientos profundamente arraigados respecto a esta enfermedad. En lo íntimo de su alma, se desataba una agitación que no llegaba a entender.

—¿Qué se hace ante tanto silencio? —preguntó Sentaro como si estuviera hablando solo.

—¿Te llama la atención que esto sea real? ¿Que algunas personas vivan de verdad aquí? —dijo Wakana y señaló suavemente las casas alineadas.

—Puede ser. No es información de internet. Es de verdad, estamos aquí.

Los dos, como atontados por algún licor, asintieron con la cabeza.

—¿Vamos a la tienda? Todavía es un poco temprano pero Tokue es muy puntual

—propuso Sentaro.

Se pusieron de pie y caminaron siguiendo las indicaciones del cartel. Se dirigían al centro del predio, donde estaba la zona de las tiendas.

Había cuatro unidades, cada una con una serie de casitas iguales pegadas entre sí.

En algunas había ropa colgada al frente mientras otras tenían las cortinas totalmente cerradas. Todo seguía en completo silencio, no se escuchaba ni siquiera el zumbido de un televisor ni de una radio a lo lejos. De pronto oyeron una melodía muy suave, corno si fuera una cajita de música.

—Vaya, mira —dijo Wakana y señaló a un camión muy particular que se aproximaba lentamente. El sonido venía de ese vehículo. Se fue acercando gradualmente hasta que llegó al lugar donde estaban ellos. Después giró en la esquina y siguió su camino.

—¿Qué fue eso? —Wakana le puso voz a lo que estaba pensando Sentaro.

Tres personas iban de pie en la parte trasera del camión, sosteniéndose de una baranda. Estaban vestidos, desde la cabeza hasta la punta de los pies, con ropa de un blanco inmaculado. No entendieron para qué era el camión pero estaban impactados con los trabajadores vestidos de blanco.

—¿Por qué tienen que vestirse así? —preguntó Wakana.

—Supongo que porque estamos en un sanatorio... un hospital. La gente debe ser muy sensible a los gérmenes por acá —Sentaro dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Y qué pasará con Maui?

—Tienes razón, una mascota en un hospital...

—Pero Tokue dijo que no habría problema.

Sentaro miró una vez más en la dirección en la que se había ido el camión. Si la enfermedad de Hansen había sido erradicada en Japón, realmente no había necesidad de esa ropa tan aparatosa. Ninguna persona que trabajaba con pacientes con lepra se había contagiado, entonces, ¿no podrían vestirse con ropa normal? Empezó a inquietarse, quizás no debería haber traído a Wakana a un lugar como ese.

—¡Oh, al fin, veo gente! —dijo Wakana y miró directamente hacia donde estaban las personas.

Habían pasado los baños y un salón de ajedrez. Ahora ella miraba en dirección a lo que parecía un pequeño supermercado, Sentaro supuso que se trataba de la tienda a la que Tokue se había referido. Había gente de pie fuera del edificio, conversando entre ellos.

—Sonríen —dijo Wakana, mientras los observaba.

Sentaro se relajó al escuchar esas palabras. Toda su ansiedad respecto a conocer a las personas que vivían allí se disipó no bien las vio. Como había dicho Wakana, estaban riendo y parecían distendidas.

Wakana y Sentaro se acercaron a la tienda. Vieron algunas personas con bastón, otras que llevaban bolsas con remedios en ambas manos. También estaba el hombre de la bicicleta. Algunos parecían estar mejor de salud que otros pero todos eran ancianos. Uno de ellos miró fijamente a Maui. Había un grupo en el que todos llevaban anteojos de sol, quizás por algún problema en la vista.

—Todos tienen la misma edad que Tokue —le dijo Sentaro a Wakana, acercándose a ella para que pudiera oírlo.

Estaban en la entrada de la tienda y la puerta estaba abierta. El lugar no se diferenciaba de un supermercado común y corriente. A

la derecha había alimentos y productos de limpieza y a la izquierda había una máquina expendedora de bebidas y varias mesas redondas. En una de esas mesas estaba Tokue Yoshii.

17

Antes de que Sentaro pudiera decir algo, Tokue los vio y se puso de pie lentamente. Miró a Wakana y después a Sentaro. Uno de los ojos le parpadeaba mientras presionaba ambas manos sobre el pecho.

—Señora Yoshii —Sentaro fue el primero en hablar.

Tokue hizo una pequeña inclinación con la cabeza para saludarlos.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo la anciana—. A ti también querida.

—Siento mucho que haya pasado tanto tiempo —dijo Sentaro.

—Qué bueno que estén aquí —respondió Tokue con la cara iluminada por la alegría—. Muchas gracias por venir, a los dos.

—Al contrario, somos nosotros los que tenemos que agradecerle a usted —dijo Sentaro mientras levantaba la jaula—. Y perdón por molestarla con este tema.

—¡Qué hermoso color amarillo!

—Casi seguro que es un canario marfil. Se llama Maui —dijo Wakana, y después le contó que se había hecho imposible seguir teniendo a Maui en su casa.

—No imaginé que cantaría tanto --dijo la joven un poco excitada.

—Por eso lo estuve cuidando, corno le conté en la carta —agregó Sentaro.

Tokue espió dentro de la jaula:

—Maui —le dijo con suavidad.

—Me preguntaba... ¿se pueden tener mascotas aquí? —dijo Sentaro.

Tokue asintió:

—Sí, sí, no hay problemas. Yo tuve un canario en un momento.

—Ay, gracias al cielo —dijo Wakana. Ella y Sentaro suspiraron aliviados.

—Se habló en una asamblea y decidimos que perros no, porque ladran y porque una vez uno mordió a alguien, pero sí se permiten gatos y animales pequeños. No pasa nada, yo puedo hacerme cargo de Maui tranquilamente.

—Muchas gracias. Nos ha salvado —dijo Sentaro.

—¿Pero por qué estaban tan preocupados? —preguntó Tokue.

—Bueno, es que... —Sentaro titubeó, tomó aire y continuó hablando —. Cuando veníamos vimos un camión muy extraño. Había tres personas en la parte de atrás que llevaban ropa especial para protegerse. Sentaro miró a Wakana, como buscando que confirmara lo que acababa de contar.

—Sí, parecían astronautas —dijo la joven. —Pensamos que posiblemente tenían que vestirse así porque esto es un hospital. Si era todo tan cuidadoso, quizá no permitieran animales.

En secreto, a Sentaro le preocupaba que ese cuidado tan extremo se debiera a que todavía existía una posibilidad de contagio. No se le ocurrió mencionarle esta preocupación a Tokue.

—Ah, ese camión —dijo Tokue y negó con la cabeza—. No es lo que ustedes piensan, les deben haber llamado la atención esos trajes tan aparatosos. Sí, los entiendo, pero nadie usa esa ropa en el hospital:

ni las personas que limpian, ni los trabajadores de construcción, nadie. Ese camión reparte comida.

—¿Reparte comida? —repitió Wakana.

—Exacto. Desayuno, almuerzo y cena para las personas que los que lo necesitan.

Usan el mismo tipo de uniforme que los que manipulan comida en un restaurante. Ahora que lo mencionan, comprendo. Son los únicos que no han cambiado su manera de vestir desde los viejos tiempos.

—Ah, entonces era eso.

Sentaro y Wakana se miraron.

—Este lugar existe desde hace cien años y, sin embargo, hace poco que se permite el ingreso de jovencitas como Wakana. Hay muchas cosas que cambiar todavía.

Recién en ese momento Sentaro se dio cuenta de que quizá todos los que los rodeaban eran antiguos pacientes y seguramente habían oído la conversación. ¿Se habrían molestado?

—Bueno, en fin, lo importante es que voy a cuidar a Maui.

—Le agradecemos muchísimo —dijo Sentaro e hizo una pequeña reverencia.

—No es para tanto —dijo Tokue entre risas—. Mi marido murió hace diez años, estoy sola desde entonces y voy a agradecer la compañía de Maui.

—No sabía que había estado casada —dijo Sentaro.

—Sí, pero no tuvimos hijos.

—Pero si usted... —la voz de Sentaro se apagó cuando se dio cuenta hacia dónde iba su comentario.

Tokue percibió la incomodidad de él y siguió hablando:

—Me casé con una persona que conocí aquí. Yo ya estaba recuperada pero a mi marido le tomó mucho más tiempo. Después tuvo una recaída... Fue una vida muy dura.

—Lo siento mucho.

Sentaro y Wakana se quedaron en silencio.

—Incluso ahora, cuando les cuento...

Algunas personas que estaban alrededor de ellos miraban a Wakana y Sentaro con curiosidad, mientras tomaban café o té.

—Luchó y resistió mucho —siguió Tokue.

—¿Falleció por una recaída?

—No, no es una enfermedad terminal. Incluso quienes tienen secuelas graves llegan a ancianos. Mi marido tenía el corazón muy débil. Justo cuando creíamos que se había recuperado, murió de manera repentina.

—Qué tremendo.

—Ni siquiera al morir podemos regresar a nuestro pueblo natal, ¿saben? Mi marido está enterrado aquí cerca, en un cementerio pequeño. Voy allí todos los días.

En ese momento Maui se puso a piar.

—¡Cómo canta! —dijo Tokue.

—Sí, le gusta mucho cantar. Mi mamá decía que los canarios suelen sonar mejor que él.

—Cuando llegue la temporada de apareamiento seguramente mejore —dijo Sentaro.

Tokue rio.

—Sería una pena que no encontrase pareja llegado el momento —dijo la anciana y acercó la cara a la jaula mientras llamaba al canario.

—¿Qué tal si le conseguimos otro pájaro? —dijo Wakana, algo avergonzada.

—Sí, ¿por qué no? Un compañero —respondió Tokue—. ¿Cómo lo alimento?

¿Comida para pájaros o lechuga y hojas verdes?

—Sí. Necesita comer verduras.

—Come un montón este amiguito —dijo Sentaro.

—Disculpen —dijo Tokue y sacó unos pañuelos de papel del bolsillo para limpiarse la nariz—. Tengo un resfrío que no se me pasa.

—Es entendible, ¿no? Creo que estaba agotada cuando se fue de Doraharu.

—Es verdad. Fue a partir de ese momento...

—Tokue se sonó la nariz y volvió a disculparse—. Antes se creía que la enfermedad se contagiaba a través de un resfrío. No era cierto.

Tokue abrió un monedero y escondió disimuladamente el pañuelo de papel. Wakana miraba todo lo que hacía Tokue con detenimiento.

—¿Cuándo llegó aquí? —preguntó la joven de repente.

Sentaro trató de interrumpir la conversación pero Tokue respondió rápidamente:

—Más o menos a tu edad.

—¿A mi edad?

—Sí, pasé toda mi niñez en el campo. Japón había perdido la guerra y eran tiempos muy duros. Mi hermano mayor volvió de China tan delgado que parecía un fantasma y no había suficiente para comer. En el medio de todo eso murió mi papá. Neumonía.

—¿No había medicamentos? —preguntó Wakana en voz baja.

—En esa época no —respondió Tokue con un rictus de amargura.

Maui piaba. Por momentos las personas que conversaban en otras mesas levantaban mucho la voz. Sentaro y Wakana se acercaron a Tokue para poder oírla.

—Mis hermanos mayores consiguieron trabajo. Mi hermana menor y yo ayudábamos en una granja. Justo cuando empezábamos a salir adelante… de la nada... un día noté un bulto en el muslo —dijo y se señaló la pierna derecha—. Durante algún tiempo me pregunté qué sería eso. Mi mamá también se preocupó y me llevó a un médico de una aldea vecina pero él no sabía qué era. Me dio una medicación pero parecía que el bulto se hacía cada vez más grande. También estaba perdiendo sensibilidad en la planta de los pies. Me pellizcaba y no sentía dolor. Todo me parecía muy extraño y un día el doctor nos mandó a llamar. Fui con mi mamá y mi hermano mayor.

Maui, ya acostumbrado al lugar, lanzó un canto largo, gente que estaba en otras mesas se daba vuelta para mirarlo. Tokue dejó de hablar mientras las personas admiraban al canario.

—El médico me ordenó venir aquí, a Tama Zenshoen continuó Tokue —. A mí no me dijeron nada pero mi mamá y mi hermano se dieron cuenta de lo que estaba pasando. No se pueden imaginar lo que era hacer un viaje desde mi casa, en el medio del campo, hasta Tokio. Volvimos a casa y esa noche mi madre preparó una cena con todo lo que pudo encontrar: comimos huevos fritos, un verdadero lujo en ese momento. Mi hermanita estaba radiante, pero después mi mamá se puso a llorar y todos nos pusimos tristes. Mi hermano dijo que quizá yo tenía una enfermedad grave y difícil de curar y que, posiblemente, no volviera a casa por mucho tiempo. Teníamos que estar preparados. Yo hice lo mejor que pude, sonreía y trataba de comer pero casi no podía tragar nada después de escuchar todo eso.

—¿No le dijeron qué le estaba pasando? —preguntó Sentaro.

—Bueno... —Tokue hizo unos sonidos muy vagos— no directamente. No me esperaba nada de todo esto y tampoco quería creer que pudiera ser tan grave. Al día siguiente me tuve que ir con mi hermano mayor.

—¿Y su madre? —preguntó Wakana.

—Me acompañó a la estación. Lloraba y me pedía perdón. Había estado despierta hasta muy tarde para coser una blusa para mí, la tela era blanca y de punto. Todavía me pregunto cómo habrá conseguido esa tela. Creo que era la primera vez que me vestía con algo así. Yo estaba muy asustada. Abracé a mi madre para despedirme, las dos llorábamos.

Mi hermano menor y mi hermanita no estaban en la estación, me saludaron desde la puerta de casa. Mi hermanita no paraba de llorar, yo también pero le decía que iba a estar todo bien, que iba a volver. Después tomé el tren hacia Tokio. Viajamos durante toda la noche y, en la plataforma de la estación, mi hermano finalmente me dijo que podría tener lepra. Si era así, me iba a dejar en ese lugar.

Tokue tenía la cabeza gacha y miraba fijo a la superficie de la mesa. Después tomó un pañuelo de papel y se lo pasó suavemente por los ojos y la nariz.

—¿Cuántos años tenía en ese momento? —preguntó Sentaro.

—Catorce —respondió Tokue después de unos instantes de silencio. Se sonó con fuerza la nariz.

—Aquí me hicieron exámenes médicos y me empaparon con un líquido desinfectante. Tiraron todo lo que había traído conmigo. Le rogué a la enfermera que me dejara quedarme con la blusa que había hecho mi madre pero ella se negó, dijo que esas eran las reglas. Entonces le supliqué que se la diera a mi hermano mayor pero me dijo que él ya se había ido. Ya no contaba con mi familia. Ella también me dijo que debería usar un nombre distinto de ahí en adelante. Lloré con todas mis fuerzas, no entendía por qué me estaba pasando eso. Sabía lo que me esperaba: yo había visto a personas con lepra, su aspecto me repelía. Nunca había pensado que me podía pasar a mí.

—¿Y qué pasó con la blusa? —preguntó Sentaro con suavidad.

—Nunca más la vi. La blusa que mi mamá había cosido desapareció. Me dieron dos kimonos de algodón a rayas. Me dijeron que los cuidara, me darían unos nuevos recién a los dos años. Todavía era una niña.

—Toku, Toku —dijo una voz casi inaudible desde atrás de donde ellos estaban.

Tokue levantó la vista y saludó con la mano.

—Toku, querida, está bien. Dejo esto aquí y me voy.

Sentaro y Wakana se dieron vuelta para mirar a la persona que estaba hablando.

Era una mujer mayor con muchas secuelas en la cara, muchas más que Tokue. El labio inferior colgaba y dejaba ver las encías.

Sentaro no sabía bien qué hacer. Wakana saludó con la cabeza y él hizo lo mismo.

—Me llamo Moriyama. Tokue y yo hacemos dulces juntas desde hace mucho tiempo.

—Yo... eh... Tokue me ha ayudado mucho.

—Ah, usted debe ser el hombre de los *dorayakis*.

—Sí, así es.

—A mí también me hubiera gustado trabajar —dijo Moriyama y puso una bolsa de plástico sobre la mesa—. Bueno, me voy—.

La anciana sonrió y se retiró de la tienda. Wakana y Sentaro vieron que la bolsa contenía algo envuelto en papel de aluminio.

—Si no les molesta, ¿por qué no abren la bolsa y miran qué es? Moriyana debe haber horneado algo.

Sentaro no tenía ganas de comer nada. Estaba conmovido con la historia de Tokue y un poco impactado por haber visto por primera vez a una persona con secuelas tan graves de la enfermedad de Hansen. Tokue, como si percibiera lo que le estaba pasando a Sentaro, sacó el paquete envuelto en papel de aluminio de la bolsa. Lo abrió y tomó una galleta muy finita.

—Oh, *tuiles*.

—¿ *Tuiles*?

—Una galleta francesa, muy finita y crocante —dijo Tokue y les alcanzó una a cada uno—. Son de almendras y naranja, muy fáciles de hacer.

—Parece saber mucho sobre el tema. Yo me dedico a la pastelería pero... —dijo Sentaro.

Se llevó la galleta a la boca. Si bien había dudado durante unos instantes, en el momento en que la galleta tocó sus labios el aroma cítrico despejó todas sus dudas. Se hizo más intenso al morder un crocante de almendras.

—¡Qué interesante! —dijo él

—¡Sí! Tiene perfume a fruta recién asada —Wakana parecía haberse animado tras probar la galleta. Partía los *tulies* y se llevaba pedacitos a la boca.

—¿Cómo aprendieron a hacer este tipo de galletas? Usted y la señora que las trajo estuvieron aquí durante tanto tiempo…

Tokue hizo un sonido imposible de desentrañar y erró el paquete de *tulies.*

—¿Qué les parece si salimos a caminar un poco? —dijo Tokue, y los tres se pusieron de pie.

18

Los tres caminaban por el sendero que cruzaba el predio, Sentaro llevaba la jaula colgada de un brazo. Lejos de la tienda el silencio volvió con toda su fuerza.

—Al principio no existía el Promin ni medicamentos de ese estilo.

Promin: ese era el nombre de la droga para tratar la enfermedad de Hansen. Tanto Sentaro como Wakana sabían, gracias a internet, que esa droga había terminado con largos años de sufrimiento.

—Ese remedio ayudó a que usted se cure, ¿no? —preguntó Wakana, que caminaba muy cerca de la anciana.

—Habíamos escuchado todo sobre esa droga, sobre sus increíbles resultados. Pero no llegaba a Japón, por eso los pacientes nos organizamos y empezamos una campaña para acceder al Promin. Hubo protestas en todos los sanatorios. Si hubiéramos hecho lo mismo pero un poco antes, habríamos terminado en las celdas de detención.

—¿Celdas de detención? ¿Existían ese tipo de cosas? Yo... —dijo Sentaro, perturbado.

—En el sanatorio de Kusatsu, por ejemplo, había una celda de aislamiento. Todos los sanatorios tenían celdas de detención, pero si a alguien lo mandaban a la celda de aislamiento de Kusatsu había muy pocas posibilidades de que regresara con vida. Allí eran capaces de dejar a una persona encerrada durante meses, en una celda pequeña y oscura, sin ningún tipo de luz. En invierno morían de frío.

Wakana estaba muy impactada con lo que contaba Tokue.

—La gente se volvía loca con tanta oscuridad y muchos fallecían —continuó la anciana con suavidad—. Algunos pacientes de aquí terminaron en Kusatsu por haber hecho algún tipo de huelga o protesta. Todos los que fueron allí murieron.

Sentaro se preguntaba qué horrores había visto Tokue cuando era joven. Pensó en el tiempo que él había estado encerrado.

—Creo que si yo no hubiera tenido la enfermedad, habría sido indiferente a lo que le pasaba a la gente que sí la tenía. Cuando era pequeña veía cómo se llevaban a vagabundos en camiones, porque sospechaban que podían tener lepra. Los de sanidad pública, sin ninguna compasión, los rociaban con un polvo blanco mientras los obligaban a permanecer en cuclillas, aterrados. A mí me daban miedo las personas con lepra, por haber visto estas cosas. Después, cuando ya estaba aquí, me resultaba insoportable ver leprosos todos los días, a pesar de que yo era una de ellos.

Sentaro quería mostrarse empático pero no se le ocurrió qué decir.

—A veces llegaban personas con la enfermedad muy avanzada, con síntomas en todo el cuerpo —continuó Tokue en voz baja—. Algunos tenían nódulos enormes, costras, protuberancias, esas cosas terribles que produce esta enfermedad. A otros se les caían los dedos o la nariz. No era tan raro antes de que la droga estuviera disponible. Era horrible ver sufrir así a la gente y, además, saber que eso era lo que me esperaba a mí. Yo estaba aterrorizada.

Tokue se detuvo. Habían llegado a una colina pequeña y solitaria, no parecía natural sino que alguien la había construido. Entre los árboles de la colina había manchas de pasto, algo típico del final del otoño.

—Añorábamos nuestro hogar. Cuando extrañábamos veníamos aquí —dijo Tokue y señaló los escalones de tierra que llevaban a la colina —. Esta colina ya estaba aquí cuando llegué. La armaron los pacientes que estaban relativamente bien, cuando los obligaban a limpiar el terreno de árboles y vegetación. La gente subía a la colina para ver las montañas allá a lo lejos y pensar en el lugar del que venían.

—¿Usted solía venir? —preguntó Wakana.

—Sí, vine muchas veces, pero la verdad es que me ponía triste. De hecho me angustiaba mucho, así que dejé de venir. En cambio... — Tokue estornudó con fuerza—.

¡Qué fuerte están los resfríos este año! —dijo la anciana y sonrió—. Eso fue un llamado de atención de su parte, para que no hable mal de él.

Sentaro la miró sin entender a qué se refería.

—Mi marido —dijo ella—. La última vez que fui allá arriba, estaba llorando sola, cuando alguien me habló. Ese hombre iba a ser mi

marido.

—¿De verdad? ¿Cómo era él? —preguntó Wakana.

Tokue se rio:

—A ver... ¿Qué puedo decir? No sé, todavía lo ignoro —respondió la anciana.

Comenzaron a caminar de nuevo y tomaron un sendero que atravesaba el interior de un bosque denso. El suelo estaba cubierto por un colchón de hojas secas. Sentaro sentía como si estuviera caminando por un bosque muy antiguo y no por el interior de un sanatorio.

Wakana y Sentaro iban en silencio detrás de Tokue. De repente, la anciana comenzó a hablar, como si acabara de recordar algo:

—Él no pudo ir a la guerra, por supuesto, porque nació con el corazón débil. De todas formas trabajó. ¿Adivinan a qué se dedicaba?

Sentaro negó con la cabeza.

—Trabajaba en una pastelería en Yokohama.

—¿De verdad? Entonces...

—Sí, aprendí pastelería gracias a él.

—Con razón —dijo Sentaro, su tono era alegre por primera vez desde que había llegado a Tama Zenshoen.

—Ahora entiendo —dijo Wakana.

—Era alto, parecía una palmera. Cuando se dio cuenta de que estaba enfermo renunció a su trabajo y decidió morir en la calle. Viajó por todo Japón, como un mendigo.

Hubiera hecho mejor en venir directo al sanatorio.

—Me imagino que quería escapar de todo esto —dijo Wakana.

Tokue parecía perturbada:

—Puede ser. Cuando llegó aquí la enfermedad estaba muy avanzada. Se retorcía de dolor, era insoportable de ver. Tenía los nervios de las manos tan inflamados que se le hicieron agujeros. Pero, a pesar de todo esto, nunca lo escuché maldecir, parecía como si no guardara ningún rencor. Era alguien muy fuerte, resistió muchas cosas.

—¿Por qué... por qué le habrá pasado todo eso? —preguntó Wakana.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sentaro mientras miraba a Tokue.

—Solo me pregunto por qué alguien que solo se dedicaba a fabricar dulces tuvo que sufrir tanto.

—Tienes razón —dijo Tokue mientras caminaba lentamente—. Tienes razón

—repitió—. Cualquier persona que haya estado encerrada aquí pensará algo parecido. Me gustaría atrapar a los dioses, si es que existen, y darles una buena reprimenda por todo lo que hemos tenido que pasar.

—Han soportado muchas cosas —dijo Sentaro.

Tokue asintió con empatía:

—Es cierto, pero tratamos de seguir con nuestras vidas de la mejor manera que pudimos, ¿saben?

Tokue dejó de caminar y Wakana y Sentaro también se detuvieron.

—En esos tiempos, aunque hubiera un incendio, no venían los bomberos. Aunque hubiera un crimen, la policía no venía. Estábamos totalmente aislados. Teníamos que resolver todo nosotros mismos. Organizamos una especie de gobierno interno y empezamos a ganar dinero. Teníamos una moneda que solo podía usarse en el sanatorio.

Todo lo hacíamos en común.

—¿También el dinero? —preguntó Wakana sorprendida.

—Así es —dijo Tokue asintiendo—. No teníamos opción, si queríamos salir adelante había que unir fuerzas. Una mujer que había sido una geisha antes de enfermar empezó a hacer kimonos y nos enseñó a cantar baladas tradicionales que cantábamos acompañados por el *shamisen*. Otro, que había sido maestro, daba lecciones a los niños. Uno que había sido peluquero nos cortaba el pelo. Había grupos de costura, tanto occidental como japonesa, grupos de jardinería y una cuadrilla anti incendios.

Tokue retomó su paso lento. Las florcitas que rodeaban el sendero se agitaron con la brisa. Sentaro pensó que era un paisaje muy hermoso, si uno lograba olvidarse del contexto.

—Todos habían tenido experiencia en algún área. Como decía la *geisha*, cada uno tiene su propia habilidad. Por eso, mi marido y yo no dudamos en entrar a un grupo de trabajo.

Tokue miró hacia atrás, su cara quedó enmarcada por delicadas flores silvestres.

Sentaro y Wakana la seguían y se detuvieron cuando ella lo hizo.

—Nos unimos al grupo de pastelería.

—¿Existía algo así?

—Sí. Y, según cuentan, funcionaba ya desde hacía tiempo. Al principio eran personas que se juntaban para hacer la pasta de arroz de Año Nuevo y tortas de arroz saborizadas con artemisa. También hacíamos *an* en primavera. Me imagino que todo comenzó con algún pastelero profesional que vivió aquí.

—¡Y fue así como preparó *an* por cincuenta años! —Sentaro golpeó la manos, por fin se resolvía el misterio de cómo había aprendido Tokue a hacer pasta.

—No solo hacíamos *an*. También preparábamos dulces y postres occidentales.

—Por eso se le ocurrió rellenar los *dorayaki* con crema —dijo Wakana.

—Exacto —respondió Tokue y sonrió.

—Así que el grupo de pasteleros de Tama Zenshoen... —dijo Sentaro.

—Sí, funciona desde hace muchísimo tiempo. Teníamos que hacer algo que nos hiciera sentir mejor. Esta enfermedad afecta la visión, también se pierde la sensibilidad en los dedos de las manos y de los pies. Por alguna razón, la sensibilidad de la lengua es lo último que se ve afectado. ¿Se pueden imaginar lo que es sentir un sabor dulce en la boca para alguien que no puede ver o que no tiene sensibilidad?

Sentaro dio un suspiro largo. No sabía qué decir.

—Vaya —dijo Wakana. Tuvo el impulso de exclamar "qué tremendo" pero se quedó en silencio.

—Ha pasado por momentos muy difíciles —dijo Sentaro, recomponiéndose.

—No sé, no sé —dijo Tokue murmurando—. El que verdaderamente la pasó mal está allí —agregó con una sonrisa débil mientras señalaba en dirección a donde terminaba el sendero.

Vieron una torre de piedra que se elevaba sobre un terreno con el pasto corto y rodeado por pequeños arbustos.

—Mi marido descansa en ese lugar —dijo Tokue y caminó hacia la torre con pasos lentos pero deliberados—. Antes, si alguien tenía lepra sus familiares también tenían que abandonar la casa. El miedo al contagio era muy fuerte. Esa es la razón por la que sacaron los nombres de la mayoría de nosotros de los registros familiares y nunca los recuperamos.

Tokue Yoshii es el nombre que me dieron cuando llegué aquí.

—¿Cómo? —Sentaro miró a Tokue—. ¿No es su verdadero nombre?

Wakana tenía los ojos muy abiertos, no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Exacto. No es mi nombre real.

—¿De verdad?... Es increíble... —Sentaro no pudo terminar la frase y Wakana también se quedó callada.

Llegaron a la torre de piedra y se detuvieron frente a ella.

—Este es el osario de todas las personas que murieron en Tama Zenshoen.

—¿Qué es un osario? —preguntó Wakana.

—Un lugar donde se ponen huesos. No tenemos tumbas. Mi marido... Yoshiaki descansa aquí. Liberado del dolor, estoy segura de que sueña con los pasteles *manyu* que tanto le gustaban.

Tokue puso las palmas de las manos en postura de rezo.

—Yoshiaki, hoy vine acompañada por unos jóvenes amigos.

Sentaro miró la figura pequeña de Tokue desde atrás. Apoyó la jaula en el piso y Wakana y él pusieron las manos al igual que la anciana.

Un ruiseñor cantó un rato melódicamente y Maui respondió con su gorgojeo tan raro.

Después Tokue bajó sus manos.

—Cuando al fin nos dejaron salir de aquí pensé regresar a casa. Pero era difícil: mi madre y mis hermanos ya habían muerto. Contacté a mi hermana pero ella… me pidió disculpas y rogó que no volviera. No tenía a dónde ir. Yoshiaki tampoco tenía familia que pudiera acogerlo. Los huesos de más de cuatro mil personas están aquí. Cuando cambió la ley, hubo un momento breve de felicidad en el que todos pensamos que podríamos volver a casa. Pasaron más de diez años desde entonces pero nadie nos ha venido a buscar. El mundo sigue siendo tan cruel como lo ha sido siempre.

Tokue hablaba en un tono neutro, como si lo que estuviera contando no tuviera nada que ver con ella.

—Perdón por hablar de cosas tan tristes, querida —dijo Tokue mirando a Wakana con una sonrisa—. Pero es un gran alivio para mí hablar sobre esto. Gracias por escucharme.

Wakana negó con la cabeza varias veces.

—Cuéntenos más, si tiene ganas —dijo la joven.

—Y a usted también. Gracias —dijo Tokue mirando a Sentaro.

—Para nada. Al contrario, nosotros tenemos que agradecerle por cuidar al canario.

Además... a mí me gustaría consultarle una cosa. ¿Podré volver otro día?

Tokue se volvió hacia él y asintió:

—Me encantaría, pero... —dijo la anciana.

Un camino ancho los guió lejos del osario. A la distancia se podían ver las tiendas y un edificio que debía ser el de los baños. Podrían haber venido por ese camino, más corto, pero Tokue había elegido llevarlos por el sendero largo que atravesaba el bosque.

Mientras caminaban, Sentaro sintió como si algo lo tironeara desde atrás y se dio vuelta. Vio el osario y el monumento de piedra.

Cuatro mil almas. Cuatro mil personas que no habían podido volver a casa. Sintió que todos ellos lo observaban desde abajo.

19

Esa noche, Sentaro no bebió ni siquiera una gota antes de acostarse. Tenía escalofríos y se sentía afiebrado. Acurrucado bajo las mantas repasó el día en Tama Zenshoen, de atrás para adelante, como si las agujas del reloj giraran en sentido contrario.

Le volvieron a la mente las imágenes del osario resplandeciendo al atardecer, el sendero del bosque, las flores con las corolas expandidas, la colina construida por pacientes para recordar sus pueblos, la mujer que había aparecido con las galletas... y, de repente, recordó a Tokue mientras se sonaba la nariz.

Ella había dicho que la enfermedad de Hansen podría contagiarse a través de un resfrío...

El cuerpo caliente de Sentaro se estremeció. ¿Por qué?, se preguntó. Tokue se había curado hacía cuarenta años. Había estado sana durante tanto tiempo que llamarla

"una antigua paciente" resultaba muy extraño. ¿Por qué se sentía así si él sabía todo esto mejor que nadie? Sentaro no entendía de dónde venía esta ansiedad e inquietud.

¿Cómo estaría Wakana? Sentaro pensó en ella y deseó con todas sus fuerzas que no estuviera enferma. Se acordó que la joven había estado cabizbaja todo el camino

mientras regresaban de Tama Zenshoen. Los dos estaban movilizados por lo que habían vivido ese día.

Después de despedirse de Tokue, Wakana y Sentaro habían visitado el Museo Nacional de la Enfermedad de Hansen que quedaba al lado del sanatorio. Caminaron por los pasillos casi sin intercambiar palabras. Se encontraron con un mundo que no conocían, en el que un sufrimiento infinito había sido enterrado en la sombras. Sentaro estaba contento de haber ido pese a lo tremendo de la experiencia. No podía explicarlo muy bien, pero sentía que lo había enriquecido ver y escuchar los testimonios de personas que habían pasado por tanta adversidad. Al mismo tiempo, su cerebro repetía en *loop* las imágenes que había visto. Sentía que esas imágenes no iban a irse, más allá de que él tuviera los ojos cerrados o abiertos. Por ejemplo esa fotografía que se titulaba "Leer con la lengua" de un paciente mayor tan afectado por la enfermedad que había quedado ciego y no tenía sensibilidad en los dedos de las manos ni de los pies. Pero, por alguna razón, la sensibilidad en la lengua era la última en perderse así que en vez de usar los dedos usaba la punta de la lengua para leer, sintiendo letra por letra escrita en braille. La imagen de ese hombre, con la espalda derecha, lamiendo un libro estaba grabada a fuego en la mente de Sentaro.

Había muchas fotos como esa. En una, un grupo de hombres hacía música con armónicas atadas a sus manos sin dedos y, en otra, una mujer mayor estaba totalmente concentrada haciendo un objeto de cerámica con las manos torcidas y agarrotadas.

Sentaro no había conocido a estas personas pero parecía como si se hubieran metido dentro de él, susurrándole cosas al oído y mirándolo con expresión perturbada.

Sentaro no podía soportar todo eso y se acurrucó. Respiraba con jadeos afiebrados.

Recordó el sendero que habían recorrido. ¿Cuántas de esas personas habían caminado a través de ese bosque, escondidas entre los árboles? ¿Con qué ánimo habrán observado el cerco de acebos que los rodeaba por completo? Supuso que era una sensación muy diferente a la que él tenía cuando estaba preso. Él había cometido un delito, ellos no. La condena de Sentaro tenía un tiempo pactado, cuando esas personas entraron la ley determinaba que tenían que permanecer allí toda su vida.

Si hubiera sido él quien tuviera que permanecer aislado en el sanatorio, ¿qué habría sentido al caminar por ese bosque? ¿Una ira muy profunda? ¿O hubiera tratado de olvidarse del mundo de afuera?

Absorbido por estos pensamientos, Sentaro se quedó entredormido. En su ensueño febril le pareció estar de regreso en el sendero del bosque, dirigiéndose hacia donde la arboleda se volvía más densa. Siguió un poco más y llegó a un pequeño espacio abierto donde habían cortado el pasto. Allí había una chica muy joven que vestía un humilde kimono de algodón.

Sentaro se dio cuenta enseguida de quién se trataba; una chica de catorce años que había llegado a ese lugar sin entender por qué; una Tokue jovencita, que lloró y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Él se quedó de pie detrás de ella, intentó encontrar algunas palabras de consuelo pero en el fondo sabía que nada de lo que él pudiera decir la ayudaría.

¿Cómo se sentiría esa chica, tan joven, después de que le dijeron que nunca más iba a poder atravesar el cerco y salir al mundo y ante la amenaza de que su cara quedara desfigurada? ¿Dónde podría encontrar algo de esperanza?

Sentaro se quedó de pie, mirando la figura de espaldas de la joven.

Se preguntó qué tipo de fuerzas jugaban con la vida de esta muchacha. ¿Pero quién o qué querría atormentar a una niña de catorce años por el resto de su vida?

A Sentaro se le cortó la respiración.

Por supuesto... tenían que ser los dioses los que estaban detrás de todo esto. Los mismos dioses que le decían a ella en el oído que hubiera sido mejor no haber nacido. Los dioses que decidieron que debía sufrir por el resto de su vida. ¿Cómo iba a seguir viviendo?

Era solo una niña, llorando con todas sus fuerzas.

Sentaro no pudo mirar más. Dio la vuelta y volvió por el sendero del bosque.

20

Un viento helado y otoñal desprendía las pocas hojas que le quedaban al *sakura* de Doraharu. Las personas que pasaban frente a la tienda llevaban abrigos pesados y bufandas.

Tanto fuera como dentro hacía un frío penetrante. Ya hacía un mes que Tokue no iba a la tienda y se aproximaba el final de ese año. Las ventas no mejoraban. La dueña, que ahora aparecía con más frecuencia, miraba el libro de cuentas y comentaba que así no sobrevivirían hasta diciembre.

A pesar de todo, la pasta de *azuki* que preparaba Sentaro era cada día más rica, incluso varios clientes remarcaron cuánto había

mejorado. Él había dejado de beber y se levantaba temprano para preparar *an*. De pie frente al *sawari*, trataba de copiar a conciencia el método de Tokue para preparar la pasta: ponía mucha atención a los tiempos de cada paso de la receta así como a la cantidad de agua que había que agregar y a la temperatura de cocción. Algunos días sentía que lo que él preparaba se acercaba a la vara altísima del *an* de Tokue.

Pero el mundo no era tan compasivo: una mejora en la pasta de *azuki* no se traducía en una mejora en las ventas. En el mundo de los negocios se entiende que los clientes que se pierden, por las razones que sean, no regresan. Sentaro lo estaba aprendiendo de la manera más dura. La dueña decía cada tanto que quizá deberían dejar de vender *dorayakis* y comenzar a ofrecer *okonomiyaki*, un tipo de panqueque salado, o algo por el estilo. En otro momento Sentaro hubiera estado de acuerdo pero ahora simplemente rechazaba la sugerencia con amabilidad. Durante los últimos años lo que más había querido era dejar ese trabajo —no tener la obligación de estar de pie día tras día frente a una plancha de hierro ardiente— pero ahora no podía concebir la idea de cerrar Doraharu. No terminaba de entender las razones, solo sentía con mucha fuerza que la tienda debía permanecer abierta.

El día en que llegó la carta caía una lluvia helada desde la mañana. Sentaro levantó la vista cuando terminó de preparar la pasta y vio un sobre que se asomaba desde el buzón. Estaba escrito con una caligrafía que le resultaba conocida y estaba dirigida a Sentaro Tsuji, encargado de Doraharu.

Querido Sentaro:

¿Cómo se encuentra? Espero que muy bien. El tiempo se ha vuelto muy frío e invernal, ¿no le parece? Yo todavía estoy recuperándome de una gripe muy fea, paso muchos días en la cama.

Ahora bien, ¿cómo van las cosas en Doraharu? Después de vernos me quedé con la sensación de que usted estaba un poco desanimado y me preocupé. Usted y la tienda están siempre en mis pensamientos.

Una cosa que puedo hacer en Tama Zenshoen es sentir el aroma del viento y escuchar el murmullo de los árboles. Presto atención al lenguaje de las cosas que existen en el mundo pero que no pueden usar palabras. A eso lo llamo «Escuchar" y lo he estado haciendo durante los últimos sesenta años.

¿Recuerda que usted siempre me preguntaba qué hacía mientras preparaba la pasta de azuki *? Yo solía acercar mucho la cara a los porotos y usted me preguntaba si trataba de oír algo. Bueno, escuchaba, esa era la única respuesta que tenía para darle, pero pensaba que si lo decía en voz alta usted se confundiría. Al final no le explicaba nada.*

Cuando hago pasta de azuki *miro de cerca el color de la cara de cada poroto. Les doy mi consentimiento para que me hablen. Imagino un día de lluvia o uno despejado del que ellos han sido testigos. Escucho lo que tienen para contarme sobre el viento que los hizo llegar hasta mí.*

Creo que todas las cosas de este mundo tienen su lenguaje propio. Todo: las personas que transitan por el centro comercial, los seres vivos, las casas, incluso todo lo relacionado con la luz del sol y el viento. Creo que no hay nada que nuestros oídos no sean capaces de escuchar. Para usted tal vez yo haya sido solo una vieja quisquillosa y me arrepiento de no haberle transmitido estas cosas tan esenciales.

Mientras camino por el bosque de Tama Zenshoen recuerdo a Doraharu, a usted, a aquellas jóvenes tan dulces, a Wakana. No tengo contacto con mi hermana menor así que no conozco a casi

nadie del mundo exterior. Ahora no sé cuánto tiempo me queda y siento que usted y Wakana son mi familia.

Es quizá por todo esto que, cuando pienso en usted, tengo la sensación de que el viento que traspasa el cerco de acebos me murmura. Intuí que era una buena idea escribirle.

Me imagino que los rumores sobre mí se deben haber propagado y que, como resultado, usted está en una situación difícil. Si esto es así, me equivoqué al no renunciar antes. Trato de vivir una vida en la que nadie pueda reprocharme nada, pero a veces me encuentro con una falta de comprensión muy profunda por parte de algunas personas. A veces no hay otra opción que usar el sentido común. También debería haberle dicho esto.

Pero ahora usted y yo tenemos que superar esta situación. Es triste pero no se puede evitar. Por favor, siéntase orgulloso de ser un pastelero profesional y haga lo mejor que pueda para atravesar este momento.

De cualquier forma, estoy segura de que usted tiene la capacidad para crear su propio estilo de dorayaki *. Durante mucho tiempo me dediqué a preparar* an *, pero tal vez usted no debe hacerlo a mi manera. Debe tomar decisiones. Cuando pueda decir con seguridad que ha encontrado su propia forma de hacer* dorayakis *será un nuevo comienzo para usted. Lo creo con firmeza. Por favor, tenga el coraje de transitar su camino personal.*

Estoy segura de que será capaz de hacerlo.

Con cariño,

Tokue Yoshii

PD: Maui está bien. Le encantan las hojas verdes, come una de lechuga todos los días. Lo único que me preocupa es que manifiesta deseos de libertad. ¿Por qué será?

Vengan a visitarme de nuevo con Wakana y así podremos seguir conversando.

Sentaro releyó la carta. Distraído, olvidó encender el fuego para calentar la plancha de hierro. La voz de Tokue hacía eco en su caligrafía en forma de olas. Sentía corno si ella estuviera al mismo, hablando con él.

Como no había clientes a la vista, Sentaro fue al *konbini* a comprar papel de carta.

Querida señora Yoshii:

Gracias por tomarse la molestia de escribirme, a pesar de estar con una gripe. Leí su carta en la tienda, muchas veces. Hacía tiempo que no me sentía tan reconfortado.

Qué hermosa es la palabra "escuchar". Me encanta. Ahora sé por qué acercaba tanto la cara a los porotos azuki *. Usted los observaba uno por uno, con cincuenta años de experiencia, para que cada poroto expresara su potencial máximo. Sabía que los miraba con cuidado pero pensaba que solo estaba preocupada por cómo regular la llama o por enjuagarlos lo suficiente como para sacarles el sabor amargo, cosas así. Jamás hubiera imaginado que usted estaba escuchando los susurros sobre el lugar en el que habían nacido y crecido.*

Si cualquier otra persona me hubiera dicho lo que usted me está diciendo no le hubiera creído, sobre todo porque desconocía este significado de la palabra "escuchar".

Nunca hablamos sobre esto, pero ni siquiera fui capaz de escuchar a mi propia madre.

En una época yo tampoco podía salir al mundo, pero por razones muy distintas a las suyas. En general no hablo de esto, pero por alguna razón siento que es bueno contárselo a usted. Unos años

antes de empezar a trabajar en Doraharu infringí la ley sin demasiada justificación. Fui preso y pasé mucho tiempo mirando un pequeño fragmento de cielo.

Mi madre fue a visitarme varias veces, pero nunca intercambiamos más de dos o tres palabras. Ella murió antes de que yo saliera de allí. Cuando mi padre la encontró ya estaba muerta, fue un derrame cerebral.

En una visita le pedí disculpas a mi madre, por supuesto, pero eso fue todo. En ese momento no hablábamos mucho así que no pude contarle nada ni escuchar lo que ella tenía para decirme. Es doloroso pensar en todo eso, siento como si cargara un gran peso.

Me parece que decepcioné a mi madre y todavía vivo derrotado. Perdón por contarle tantas cosas sobre mí, pero esto es lo que soy.

Sin embargo, después de pasar tanto tiempo con usted preparando an *, siento que quizá cambié un poco. Hasta que usted llegó, lo único en lo que pensaba era en pagar todas mis deudas y así poder dejar Doraharu, pero ahora le he tomado cariño a la tienda.*

Es usted quien produjo ese cambio en mí. Por todo eso creo en su manera de sentir y percibir las cosas. Todavía no puedo escucharme a mí mismo pero me gusta la idea de que cada cosa tiene su lenguaje propio y que uno podría llegar a entenderlo.

Las cosas siguen difíciles en Doraharu. Algunos clientes han elogiado mi an *, pero todavía me falta mucho como para que lleguen personas a la tienda solo por la calidad de la pasta. Para ser honesto, mi situación es bastante precaria en este momento. Estoy angustiado y quizá mis preocupaciones hayan llegado con el viento hasta donde está usted.*

El día de nuestra visita, además del canario, quería pedirle otro favor, pero estaba tan abrumado con todo lo que vimos y lo que nos contó que no pude hacerlo. Entiendo que es egoísta de mi parte

mencionar esto cuando usted está delicada de salud pero necesito que me enseñe algo más. He logrado hacer una pasta relativamente buena copiando lo que usted hacía. Sin embargo, cuando se trata de crear un estilo propio de dorayakis *, estoy perdido y no tengo idea qué dirección tomar. Si encontrara un estilo nuevo de* dorayakis

quizá habría clientes haciendo cola en la tienda. Salvaría a Doraharu y sería un nuevo comienzo para mí también.

Además, me gustaría aprender sobre pastelería en general. Tengo la extraña sensación de que si lo hiciera, algunas cosas se aclararían en mi cabeza. ¿Podría, por favor, visitarla nuevamente en Tama Zenshoen?

También hablaré con Wakana respecto al canario. Ella está en tercer año del secundario y muy ocupada con los exámenes que se vienen. No sé cuándo podremos ir juntos, no puedo prometerle nada, pero tengo pensado visitarla yo solo. Espero que podamos hablar de muchas cosas.

Bueno, lo dejó acá. Disculpe esta carta en la que le cuento tantos problemas y fracasos. Ha empezado a hacer mucho frío así que espero que se cuide y que se mejore pronto.

Sentaro Tsuji

21

Llegó un nuevo año y vino acompañado de aguanieve. El sol no apareció ni una sola vez a lo largo de tres días.

A pesar de todo, Sentaro mantuvo la tienda abierta. No tenía sentido quedarse en su casa solo, bebiendo *sake* especiado, así que empezaba a trabajar muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y abría la persiana antes de lo usual. Las personas de la zona visitaban un santuario que quedaba al otro lado de la estación

durante la época de Año Nuevo. Sentaro pensó que quizá el movimiento de gente traería clientes.

Pero, tal como él había temido, se vendía muy poco. Uno de los primeros días del año, la dueña pasó por la tienda para chequear el libro de ventas. Suspiró y volvió a insistir con que Doraharu empezara a vender otro tipo de comida. La primera vez que mencionó que podrían vender *okonomiyakis* había parecido un impulso pasajero pero, de a poco, la dueña había empezado a tomarse la idea cada vez más en serio. Incluso le preguntó a Sentaro si él estaría dispuesto a continuar trabajando si cambiaban de producto. Él no dio señales de estar de acuerdo.

—Sigamos un poco más con los *dorayakis* —respondió Sentaro—. Después de todo, es el rubro que eligió su marido. Además, yo todavía tengo una deuda que pagar.

Ella asintió con ambigüedad y se mordió un labio:

—Si quiere seguir con la tienda, no importa qué producto vendamos, ¿no le parece?

Tenemos que ganarnos la vida.

Sentaro reconoció que la dueña tenía algo de razón pero no dijo nada. También era una cuestión de negocios comprometerse a preparar un *an* de determinada calidad, incluso si no se vendía demasiado. Sentía que no se podía llevar adelante una tienda pensando que daba lo mismo qué tipo de producto se estaba ofreciendo.

Además, había algo mucho más importante para Sentaro: la pasta de *azuki* de Tokue. Estaba decidido a seguir preparándola porque, de lo contrario, desaparecería del mundo. Además de los méritos propios de la pasta, él lo pensaba como un homenaje a la vida de una mujer notable: Tokue Yoshii.

Sentaro recibió una postal de Tokue a mediados de enero, el mismo día en que discutió con la dueña sobre el futuro de Doraharu. Ella parecía haberse olvidado incluso de la existencia

de los *dorayakis*. Él dijo lo mismo de siempre, que deberían tener un poco más de paciencia y esperar, pero no podía explicar las razones de su postura.

Él también estaba frustrado. Cuando pensaba en todos los clientes que habían dejado de ir a la tienda le daban ganas de maldecirlos. Sin embargo, ver la postal con la caligrafía de Tokue lo animó un poco. Ella le contaba que había estado enferma en la época de Año Nuevo y se disculpaba por no haberle enviado una tarjeta para saludarla. Terminaba diciendo que ya estaba mejor y preguntaba cuándo podría visitarla. "Cuando venga, podríamos revivir el grupo de pastelería con la señorita Moriyama", escribió.

"Voy a ir", dijo Sentaro en voz alta solo en la cocina. De todas maneras no había clientes.

Tatua Zenshoen estaba tan silencioso como siempre. Quizá debido a que los árboles no tenían hojas la calma parecía penetrar de manera incluso más profunda. Había un viento helado y el cielo estaba despejado y radiante.

Sentaro recorrió el camino hacia la tienda, donde había ido con Tokue. El sendero estaba desierto y el silencio retumbaba; no se cruzó con ninguna persona. Al llegar atravesó la puerta y se detuvo sorprendido: Tokue. Estaba impactado por cómo había cambiado.

La señorita Moriyama, quien les había dado las galletas *tulie* en la visita anterior, estaba al lado de ella.

—Hola —dijo Sentaro mientras se acercaba la mesa—. Tanto tiempo.

Sentaro trataba de ocultar el impacto que le había producido el aspecto de Tokue. A pesar de que solo había pasado un mes desde

su último encuentro, ella parecía haber envejecido varios años. Tokue sonrió al verlo pero sus ojos estaban hundidos y las mejillas pegadas a los huesos de la cara.

—Tokue, por lo visto ya ha pasado esa gripe tan dura.

—Qué lindo que me llame por mi nombre. Sí, ha sido difícil de atravesar. No podía comer... —Tokue se peinó con los dedos el cabello blanco, que quedó parado como las hojas de una palmera.

—En un momento estuvo tan débil que pensé en llamarlo —dijo Moriyama e hizo una mueca con su cara parecida al gesto del cuadro de Munch.

—Bueno, basta, ya estoy mejor —dijo Tokue.

—Perdón, pero en un momento pensé que te ibas con tu marido.

—Todavía no. Antes tengo que terminar de enseñarle a este hombre cómo hacer el *an* de la forma en que lo hacemos en el grupo de pastelería.

Aunque se la veía muy desmejorada, la voz de Tokue sonó, particularmente alegre y luminosa.

—¿De verdad ya está bien? —dijo Sentaro mirándola a la cara.

Ella hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto y esquivar la mirada de él, inquisitiva y preocupada.

—Estoy mejor. Fue duro en Año Nuevo, así que me quedé en la cama —dijo ella.

—Me da pena no haber sabido que usted no se encontraba bien.

—No se preocupe por eso. Estoy contenta de que ahora esté aquí.

La señorita Moriyarna se puso de pie y los dejó a solas. Cuando volvió llevaba una bandeja:

—Ahora si —dijo mientras la apoyaba en la mesa con tres cuencos humeantes encima—. Lo entibié en la cocinita de atrás.

Sentaro miró los cuencos:

—Qué bueno, esto es... —dijo.

—Es como si estuviéramos en Año Nuevo otra vez —dijo Tokue e hizo un gesto de agradecimiento con las manos.

—Es *zenzai*, sopa dulce de porotos, la especialidad de nuestro grupo de pastelería

—dijo la señorita Moriyama con voz alegre.

El *an* que Sentaro conocía tan bien parecía brillar dentro de los cuencos, cada *azuki* unido al resto en una sopa espesa. El aroma dulce y reconfortante se esparcía hacia las personas que estaban sentadas cerca de ellos.

—¿Qué es? Huele muy bien —dijo alguien desde otra mesa.

—Empiecen, por favor —la señorita Moriyama puso un cuenco frente a Sentaro.

—Cómalo mientras esté caliente. Yo creo que le va a gustar, a pesar de que no le gusten demasiado las cosas dulces —le dijo Tokue.

Sentaro nunca había podido comer un cuenco completo de este plato tradicional de Año Nuevo. Sin embargo, después de probarlo, se relajó.

—Qué delicia —dijo Sentaro espontáneamente. El sabor dulce disolvía la tensión en el cuello y las mejillas. En seguida sintió una especie de alivio.

—Toku, querida, no te olvides del resto —dijo la señorita Moriyama.

—Cierto, cierto. Sentaro, por favor, pruebe esto también —Tokue sacó de su bolso un recipiente de plástico pequeño y vertió el contenido en un plato.

—Es muy bueno. Se trata de la especialidad de Tokue: algas *kombu* saladas.

—¿ *Kombu* saladas?

—No es lo mismo el *zenzai* sin estas algas —dijo la señorita Moriyama y tomó un pedacito de *kombu*—. Es una gran combinación —agregó mientras asentía con la cabeza.

Sentaro se sirvió un pequeño pedazo. Las algas estaban cortadas con el ancho y el largo adecuado y emanaban un aroma a ciruela que se sentía en el fondo de la nariz.

Cuando se llevó un pedazo a la boca sintió una textura firme y húmeda muy particular.

—Ah... esto sabe un poco a *umeboshi* —dijo Sentaro.

—Exacto. Usé *umeboshi* y condimenté con *shiso*.

Sentaro volvió a probar la sopa, admirado:

—Es impresionante —dijo y le dirigió a las dos ancianas una mirada curiosa—.

¿Cómo hacen esta sopa? ¿Cómo preparan el *kombu*?

Él sabía perfectamente que la respuesta a esta pregunta no era simple ni corta pero formularla era una forma de expresar lo que sentía respecto a lo que estaba comiendo.

Tokue se rio.

—No es tan difícil. Es una tradición de nuestro grupo de pastelería. Hacemos lo mismo cada Año Nuevo.

—Así es. Este año, como Toku estaba en cama, yo me ocupe del *zenzai* y de otras cosas, pero tuve que comprar las algas. Hoy Tokue se puso en acción y logró preparar las algas *kombu* justo para su visita.

—Muchísimas gracias —dijo Sentaro. Miró su cuenco y se dio cuenta de que estaba casi vacío—. Nunca había probado una sopa como esta.

—¡Qué bueno, Toku! ¡Le ha gustado!

—Nunca imaginé que existiera un sabor tan dulce y tan suave como este... y lo salado del alga *kombu* no hace más que potenciar esa dulzura —dijo él.

—También pusimos un poquito de sal directamente en la sopa. Solo una pizca porque ya estaba el alga *kombu* que es bastante salada. Buscamos un sabor muy preciso

—dijo Tokue y recién en ese momento se llevó un bocado a la boca. Miró al vacío mientras valoraba lo que estaba comiendo. Finalmente, su cara se relajó y sonrió—. El equilibrio de los sabores es perfecto.

Sentaro y la señorita Moriyama asintieron.

—Sentaro —dijo Tokue.

—Dígame.

Tokue apoyó el cuenco sobre la mesa y Io miró a los ojos.

—Yo diría que mi *an* tiene un sabor apenas salado.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo —respondió él.

—Por el contrario, esa pasta que usaban en la tienda... No tenía nada…

—Esa pasta que venía de China... No, para nada —coincidió Sentaro.

—Por eso yo pensaba que era pegajosa y con una dulzura sin ningún tipo de vuelo.

Tokue tenía razón. Era una cuestión de gustos, pero Sentaro nunca había podido comer más de una o dos cucharadas de esa pasta que era, por supuesto, sin sal.

—Tengo la sensación de que los hombres como usted, a los que les gusta el *sake*, prefieren una pasta de *azuki* más bien salada.

—Entonces, ¿es porque tiene sal que me gusta tanto?

—A usted no le gustan demasiado las cosas dulces pero disfruta de mi *an*.

Probablemente la sal ayude.

—No. Tiene que ver con la manera en que usted prepara los *azukis*. Es algo extraordinario.

—Pero si no tuviera sal es posible que no le gustara tanto.

—Quizá…

—Acá pasa lo mismo —dijo la señorita Moriyama mientras miraba alrededor—. A los hombres les gusta la pasta con una pizca de sal.

—Sentaro, ¿qué le parece más salado? ¿La pasta de *azuki que* preparo siempre o la sopa que probó hoy?

—Ehh —Sentaro estaba un poco desconcertado. No entendía por qué Tokue le preguntaba todas esas cosas. Después, sus ojos se posaron sobre el plato con algas *kombu*.

—Creo que la sopa, porque la comimos con algas.

—Exacto, eso hace la diferencia. Por eso pudo comerse el cuenco completo.

—¿Porque me gusta el *sake*?

—No le resulta difícil comer pasta de *azuki* si es un poco salada.

—Es cierto.

—Pero cuando usted, Sentaro, prepara *an*, no le agrega demasiada sal, ¿no?

—No, no quiero que se arruine.

—Entonces, ¿qué piensa de esta sopa? El alga *kombu* tiene un alto contenido de sal.

—Bueno, no sé... ¿qué quiere decir?

A Tokue se le iluminaron los ojos. La señorita Moriyama la miró y no dijo nada.

—No sabe cuánta sal lleva el *an* que preparo yo. Con la sopa es más fácil por el alga *kombu*. Entonces, ¿por qué no trata de usar la sal de otra forma cuando prepara *dorayakis*?

Seria algo nuevo, para personas como usted a las que les gusta el *sake*.

—¡Sí! —dijo la señorita Moriyama y golpeó la mesa ruidosamente con las manos—.

Ya existen los *manjus* salados y las tortitas de arroz saladas. Se pueden reversionar los platos dulces.

—¿Están hablando de *dorayakis* salados?

—Sí. A veces lo mejor es hacer lo que a uno mismo más le gusta.

La señorita Moriyama suspiró y volvió a golpear la mesa con entusiasmo:

—¡Es la número uno! Siempre fue la que tuvo las mejores ideas en el grupo de pastelería.

—Bueno, solo puse esta cabeza vieja a trabajar un poco.

La señorita Moriyama se inclinó hacia adelante:

—Toku suele tener razón. Si ella lo sugiere, usted debería probar con los *dorayakis* salados.

—Entonces, ¿me están mandando a hacer *dorayakis* con sal?

—Se van a vender —dijo la señorita Moriyama y Tokue asintió.

Sentaro hizo una pequeña inclinación en agradecimiento:

—Gracias por la sopa y por las nuevas ideas. Como siempre, no sé cómo agradecerle lo suficiente.

—Bueno, bueno, no es para tanto. Solo le estaba dando algunas ideas. Vamos a lo importante... —Tokue miró a la señorita Moriyama y después volvió la vista de nuevo hacia Sentaro.

La señorita Moriyama puso los cuencos sobre la bandeja.

—Voy a lavarlos —dijo y se fue.

—No le pido que me cuente nada más—dijo Tokue en voz baja—, pero quería agradecerle que haya sido tan honesto conmigo —Sentaro enseguida supo a qué se refería Tokue y dejó caer la cabeza hacia adelante—. Es una pena lo de su madre.

—Sí —respondió él.

—¿Su padre todavía vive? ¿Está bien?

Sentaro asintió.

—¿No tendría que ir a verlo? —dijo Tokue.

—No tengo muchas razones para ir.

—¿De verdad?

—Fue todo muy complicado. Lo que hice fue muy difícil para todos, especialmente para mi madre. Hice algo que no tiene vuelta atrás.

—Pero estuvo preso. Ya cumplió.

—Tiene que empezar de nuevo.

Sentaro bajó la mirada y miró hacia el plato con algas *kombu*.

—Yo también lo pensé durante mucho tiempo... cómo empezar de nuevo. Mi antiguo jefe me ayudó y empecé a trabajar en la cocina... —Sentaro hizo una pausa— pero en lo único en lo que pensaba era en irme de allí.

—Y sí. Preparaba dulces, usted, a quien no le gustan las cosas dulces.

—Sí, pero... —Sentaro suspiró— ahora quiero que la tienda salga adelante. Hacerlo a mi modo.

—Entiendo. Lo puedo ver perfectamente haciendo su propio estilo de *dorayakis*. Por eso…

—¿Qué?

—Bueno, a decir verdad, no tengo nada más para enseñarle sobre la pasta de *azuki*.

Ahora todo depende de usted: simplemente haga lo que quiera. Confíe en usted. Le va a ir bien —dijo Tokue.

22

Dorayaki con sal. Era fácil hablar sobre ellos pero no tan fácil prepararlos. Sentaro contactó a sus proveedores para ver si podían conseguir sal marina natural de marcas reconocidas,

como Ako o Yanbaru de la isla de Ie. Pero todavía no había llegado la instancia en que la calidad de la sal haría alguna diferencia, antes tenía que dilucidar en qué momento exacto tenía que agregarla al *dorayaki* para hacer una versión nueva del pastel. Aún no lograba darse cuenta de eso.

Lo primero que intentó fue aumentar la cantidad de sal que le ponía al *an*. Él solía agregar una pizca a cuatro kilos de *an,* un gramo como mucho. Probó con dos gramos, luego con tres. Entonces, pasó algo extraño: el sabor salado competía con el sabor dulce, claro y fresco, producía una inesperada explosión de sabor. El gusto era efímero y no empalagaba. A Sentaro le parecía refrescante. Sin embargo, esto sucedía cuando agregaba pequeñas cantidades de sal. Cuando empezó a aumentar la cantidad, específicamente cuando agregaba tres gramos o más a cuatro kilos de pasta, el sabor se transformaba abruptamente, se volvía áspero y perdía toda sutileza. Parecía una sopa demasiado salada que se volvía incomible después de un par de bocados: no era lo que estaba buscando para sus *dorayakis*.

A pesar de que no paraba de pensar en la forma en que debería agregar sal a la mezcla de porotos, se le ocurría una única idea: agregar con cuidado pequeñísimas cantidades de sal mientras mezclaba los *azukis*. Sentía que esto era lo mejor —y lo único—

que podía hacer.

Por momentos no sabía cómo seguir. Lo más obvio era intentar agregar sal a la mezcla de los panqueques, así que primero decidió probar en esa línea. Corno siempre, mezcló cantidades iguales de harina, azúcar y huevo. Después agregó miel, vinagre de arroz dulce y un poco de polvo de hornear para que quedaran esponjosos. También puso una pizca de té verde para saborizar. Después, dividió la mezcla en varios cuencos y a cada uno le agregó una cantidad diferente de sal. Por último, cocinó los panqueques.

El día en que Sentaro probaba estas recetas, la dueña pasó por la tienda camino al médico, justo cuando él terminaba de cocinar. Ella miró por arriba los libros contables de los últimos días.

—Es tremendo —dijo.

—Justo estoy probando algo nuevo —respondió él.

La dueña no solía probar los *dorayakis* para evitar un pico de glucemia, pero lo que dijo Sentaro le dio curiosidad.

—Vamos a ver —dijo y tomó un pastel.

Su reacción fue inmediata:

—Uy, ¡qué salado!

—Exacto, es un *dorayaki* salado.

—¿Qué? Da mucha sed.

—Tengo uno que es menos salado.

—Hay algo pobre en estos *dorayakis*.

¿Pobre? Sentaro estaba desconcertado con la palabra que ella había elegido. Tomó un pedazo de *dorayaki* y se lo llevó a la boca. Lo masticó lentamente, estudiando el sabor con mucho cuidado.

—¿Le parece? Está bastante bueno, en realidad.

Sentaro lo pensaba de verdad. Era un sabor nuevo. Le gustaba la experiencia de saborear algo salado cuando en realidad esperaba algo dulce: era refrescante. Pero después de comer un segundo y un tercer bocado se dio cuenta de lo que la dueña de la tienda trataba de decirle. A diferencia de la sensación que dejaba tras el primer bocado, los siguientes le habían dejado un sabor desagradable y salado en la boca. Al mismo tiempo, el gusto de los panqueques se desdibujaba. El truco quedaba expuesto.

—Entiendo lo que me dice —dijo él cuando terminó el *dorayaki*—. No dan ganas de comerse otro.

Sentaro miró a la dueña.

—Quizá llamen la atención. Podría tratar de venderlos —dijo ella con apatía.

Doraharu estaba en la cuerda floja. Si no se les ocurría algo nuevo, no había futuro.

—Como ya le dije muchas veces, no podemos seguir así. Es un buen momento para dejar de hacer *dorayakis*.

La dueña sonó más firme que las últimas veces que habían hablado sobre el tema.

—Espero que todo esté un poco mejor cuando florezca este *sakura* —dijo ella señalando a través de la puerta de vidrio—. ¿Qué opina, Sentaro? ¿No le parece que sería mejor empezar de nuevo y vender *okonomiyaki*? ¿O quizá *yakitori*? ¿Le gustaría que vendiéramos bebidas alcohólicas?

—No. Como ya le dije, creo que tenemos que darles una oportunidad más a los *dorayakis*.

—Pero la realidad es que ya no atraen a los clientes.

Sentaro estuvo a punto de decir que lo que había hecho caer las ventas no eran los *dorayakis* sino la actitud de las personas frente a Tokue.

—¿Puedo pedirle que tenga un poquito más de paciencia? Por favor.

—¿Más paciencia?

—Si usted tiene la libertad como para abrir un negocio nuevo o renovar este, también puede permitirse darle una última chance a los *dorayakis*, ¿no?

—La verdad es que no lo entiendo, Sentaro. Ni siquiera le gustan los *dorayakis*,

¿no? Sé que sigue en la tienda solo por las deudas que tiene. ¿Por qué tanto empeño justo en este momento? Si vendemos *okonomiyakis* podríamos ofrecer bebidas alcohólicas también. ¿Por qué se puso tan terco con el tema de los *dorayakis*?

—Bueno....

—Y una última cosa. Si vamos a probar algo nuevo tiene que ser ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque mis ahorros se están acabando. Si perdemos esta oportunidad quizá tenga que cerrar la tienda. ¿Me entiende? Eso hubiera sido una gran decepción para mi marido. Si no hacemos algo mientras todavía tengo dinero, en un tiempo vamos a tener que resignarnos y cerrar. ¿Qué piensa hacer usted Sentaro? —la dueña hizo una pausa—. ¿Su idea es hacer *dorayakis* salados?

—Eh…

Ella dio otro bocado al *dorayaki*:

—Se siente incluso más salado ahora que está frío. Pruébelo Ante la insistencia de ella, Sentaro dio un bocado al pastel. La dueña tenía razón, el sabor había cambiado. Estaba mucho más salado que lo deseable.

—Aprecio mucho que esté probando cosas nuevas. Pero la realidad se impone.

Estamos a finales de enero. Tengo una propuesta para usted.

—Dígame.

—Voy a tomar una decisión teniendo en cuenta las ventas a finales de febrero. Si aumentan puede continuar con los *dorayakis*. Si no es así, nos rendimos. Pienso que podemos probar con una tienda de comidas de Osaka, con *okonomiyaki* y bolitas de pulpo *takoyaki*. Podríamos hacer las dos cosas, ¿no? Los clientes podrían sentarse a beber en la barra y así, cada persona gastaría un poco más de dinero que ahora. Además usted ya ha pagado gran parte de su deuda, no hace falta que la pague por completo. Lo que pueda darme a finales de febrero va a estar bien.

—¿Cómo dice?

—Bueno, usted ya pagó casi toda su deuda. Le perdono el resto. Tratemos de tomar todo esto con liviandad. A veces hay que cerrar una etapa.

Sentaro se quedó callado unos instantes:

—Está bien —dijo al final.

—Pase lo que pase el mes que viene, estamos cerca de un nuevo comienzo.

—Entiendo.

La dueña puso lo que quedaba del *dorayaki* en un plato y lo deslizó hacia Sentaro.

23

Querida señora Yoshii:

¿Cómo se encuentra? Los días han estado helados e invernales, espero que usted no haya tomado frío.

Por aquí las cosas siguen difíciles, pero tuve en cuenta lo que usted me dijo la última vez que nos vimos y empecé a hacer experimentos de inmediato. Estoy seguro de que sabe a lo que me refiero: dorayakis *salados.*

Lo primero que probé fue agregar más sal a la pasta de azuki *pero no funcionó. De todas formas, me sirvió para darme cuenta de que la cantidad que usted usa es perfecta.*

Así que por ahora no he cambiado nada del an *.*

Después empecé a pensar qué más le podría agregar como para que merezcan ser llamados dorayakis *salados. Quizá es demasiado elemental, pero lo que intenté fue agregarle sal a la mezcla de los panqueques. El resultado fue muy interesante. Si se come el* dorayaki *cuando todavía está caliente, el sabor es único, distinto a todo lo que uno haya probado antes. Pensé que había encontrado la fórmula. Pero, después de un rato, la sal toma toda la escena, el sabor que debería ser sutil de repente se vuelve demasiado presente. Probé reduciendo la cantidad de sal, pero en ese caso se vuelve tan suave que no sorprende al dar el primer bocado.*

En resumen, descubrí que agregar sal a los panqueques también es muy complicado y llegué a la conclusión de que la respuesta no es simplemente agregar sal a la pasta de azuki *o a la mezcla de*

panqueques. Creo que el alga kombu *funciona bien en la sopa que comimos porque realza el sabor salado que de alguna manera muy delicada ya está presente. Si estuviéramos hablando de una sopa salada, con bastante sal, sería raro agregar un sabor aún más salado.*

Así que no sé bien qué hacer. Necesito encontrar algo que mantenga su propia textura y sabor, como el alga kombu *en la sopa dulce, pero que al mismo tiempo resalte el sabor de los* dorayakis *. Las cosas están difíciles en Doraharu y no me queda demasiado tiempo para pensar en todo esto pero estoy tratando de practicar lo que aprendí de usted.*

Escuchar: tal vez eso ayude. Todavía tengo esperanzas, sin embargo las ventas no repuntan. En este momento un lote de pasta de azuki *me dura cuatro días. Cuando pienso en lo ocupados que estábamos hace solo seis meses no puedo creerlo.*

Todos los días intento abrirme y escuchar. Pero la realidad es que todavía no he oído nada de nada.

Me gustaría visitarla cuando el tiempo mejore un poco. Esta vez llevaré a Wakana así decidimos entre todos si debemos liberar al canario.

Perdón que le cuente todos mis problemas, es que sé que con usted no tiene sentido pretender que todo va bien, así que me tomo la libertad de escribir todo lo que se me ocurre.

Voy a seguir intentándolo y espero que en algún momento el dios de la pastelería me diga algún secreto al oído.

Sinceramente,

Sentaro Tsujii

Querido Sentaro:

Por favor, disculpe que me salteé las formalidades. Y lamento que mis comentarios un poco disparatados lo hayan sumido en semejante búsqueda llena de tensiones.

Tiene razón cuando dice que la sal es un ingrediente un poco tramposo. No importa tanto en las comidas saladas, pero cuando se usa en algo dulce no debe notarse demasiado. Es una regla de oro en la pastelería: no se puede usar más de una pizca.

Quiere decir, como usted mismo señala, que la sal es un resaltador del sabor. Esto explica muy bien la relación entre la sopa dulce y el alga kombu *.*

Pero usted también descubrió algo muy importante, creo, y tiene que ver con la belleza del concepto. Es decir, la sopa dulce y el alga kombu *no tienen nada en común pero alguien pensó en combinarlas para que tanto las personas que disfrutan de las cosas dulces corno las que no pudieran comerlas.*

Pasa lo mismo con los dorayakis *: son perfectos como son. Pero si piensa con la misma lógica con la que se pensó la sopa dulce y el alga* kombu *se le puede ocurrir algo que vaya bien con ellos. Yo también voy a seguir pensando.*

Sé que quizá no escucha nada por ahora, incluso si presta atención, pero por favor no se rinda. Estoy segura de que algún día usted va a encontrar lo que está buscando, sea lo que sea, y que la pista para encontrarlo va a venir de este tipo de escucha. Hay momentos en que la vida cambia completamente de color. Estoy casi al final de mis días y por eso hay algunas cosas que sé. Todo el tiempo lidié con las consecuencias de la enfermedad de Hansen. Si miro hacia atrás y pienso en cómo era mi vida apenas llegué a este sanatorio, en cómo era diez años más tarde, veinte, treinta y en cómo es ahora, que está terminando, puedo ver claramente los diferentes colores de cada etapa.

Mi vida ha sido muy dura, creo que es justo describirla de esta forma. Pero mientras los años pasaban y yo seguía encerrada aquí, empecé a entender algo. Me di cuenta de que no importa cuánto hayamos perdido o cuánta crueldad hayamos soportado, el único hecho concreto es que somos personas a pesar de todo eso. Solo podemos seguir adelante, incluso si hemos perdido un brazo o una pierna, porque esta no es una enfermedad mortal. En medio de las tinieblas y la lucha, cuando no había esperanzas para nosotros, me aferré a una sola cosa: el hecho innegable de nuestra humanidad. Me sentía orgullosa de ser una persona.

Quizá es por eso que traté de escuchar, porque creía que los seres humanos tenemos esa capacidad. Cuando escuchaba, a veces llegaba a oír algo. Escuché a los pájaros que visitaban Tama Zenshoen, a los insectos, a los árboles, al pasto y a las flores.

Al viento, a la lluvia y a la luz. Y a la luna. Creo que todos tienen voces y puedo pasar un día entero escuchándolos. Cuando estoy en el bosque de Tama Zenshoen, todo el mundo está contenido allí mismo. Cuando escucho a las estrellas susurrando me siento parte del fluir de la eternidad.

Sentaro, las cosas están difíciles para usted en este momento porque los clientes no regresan, ¿no es así? Usted es demasiado amable como para decírmelo directamente pero esta mala racha que empezó por mi culpa no ha terminado. La ley de prevención de la lepra ya no existe, pero parece que la opinión de las personas no ha cambiado demasiado. No deje que todo esto le impida escuchar las voces que hay alrededor suyo. Escuche, siga escuchando esas voces que la mayoría de la gente no puede escuchar. Y también siga preparando dorayakis *. Tengo la certeza de que si usted persevera, su futuro y el de Doraharu será mejor.*

Perdóneme. Disculpe que le diga lo mismo una y otra vez pero es lo que creo: sé que va a superar este momento tan difícil.

Cuando pase un poco el frío, por favor venga a visitarme. Lo espero a usted y a Wakana también.

Cuídese,

Tokue Yoshii

24

Hacia el final de febrero llegaron los vientos que anunciaban que la primavera estaba cerca.

Las ráfagas que venían desde el sur sacudían los primeros brotes diminutos de las flores del *sakura* que estaba frente a la tienda. La temperatura aumentaba día a día y había cada vez más personas que caminaban con el abrigo bajo el brazo. Sentaro mantenía la ventana cerrada casi por completo para evitar que entrara polvo y, desde una pequeña rendija, decía cada tanto: "¡ *Dorayakis* recién hechos!".

Las ventas crecían poco a poco. Sentaro seguía pensando en los *dorayakis* salados y cómo hacerlos lo mejor posible, pero el cambio de estación parecía haber traído una modificación en la actitud de los clientes, quienes empezaron a aparecer de nuevo. Se quedaban unos segundos de pie fuera de la tienda, como si estuvieran un poco avergonzados, y decían cosas como: "Tanto tiempo" o "De repente me dio ganas de comer un *dorayaki*". Sentaro respondía solo con una sonrisa.

La expresión de la dueña también se suavizaba al revisar los libros contables. "Si seguimos así tal vez no tengamos que cerrar", decía a veces. Sentaro era cautamente optimista: si bien la crisis no se había pasado por fin podía respirar con cierto alivio.

Entonces, un atardecer calmo en que el viento ya se había apaciguado, la dueña cruzó la puerta de vidrio. La seguía un joven que mascaba chicle.

—Este es el encargado de la tienda, el señor Tsujii —le dijo ella al joven mientras señalaba a Sentaro con el mentón.

—Mi nombre es Tanaka —dijo el joven de manera mecánica y sin dejar de mascar.

—Lo estuve pensando mucho y... —la dueña hizo una pausa—. Sé que es algo muy repentino, pero, Sentaro, quiero que trabaje con él a partir de ahora —la dueña lo miró—.

Ven —le dijo al joven, apurándolo.

Tanaka dio un paso al frente. Tendría veintidós, veintitrés años y llevaba unos jeans caídos muy a la moda.

—¿Trabajar con él? —preguntó Sentaro sin terminar de entender.

—Es mi sobrino. Se graduó en la escuela de cocina y consiguió un trabajo en un restaurante pero tuvo algunos problemas con la gente de allí. Usted sabe cómo son las

cosas en las cocinas y con los cocineros. Puede ser un ambiente muy hostil —la dueña levantó la voz, como si instara a Sentaro a que estuviera de acuerdo con ella—. Al final, terminó en una situación en la que no le quedó otra que renunciar. Todo el invierno estuvo dando vueltas, ¿no es así?

Tanaka sonrió algo incómodo e inclinó la cabeza hacia abajo.

—Bueno, Sentaro. Escúcheme, tomé una decisión como dueña de la tienda. El mes que viene nos vamos a renovar: venderemos *dorayakis* y *okonomiyakis*. Ofreceremos comida salada además de dulces.

—¿Renovar? Pero...

—Sí, sé que es complicado y que no hay demasiado espacio. Pero por suerte los clientes están regresando y muchos son estudiantes. Mi sobrino podrá conversar con ellos.

—A ver, espere un momento... —Sentaro intentó decir algo para frenarla pero no pudo encontrar las palabras.

—De verdad lo entiendo, Sentaro —dijo ella y sacudió la mano, como queriendo espantar las objeciones—. Es muy repentino, lo sé. Me siento mal por presentarle las cosas de esta manera, pero a mi edad tengo que pensar seriamente y tomar decisiones.

Entonces, de casualidad, mi sobrino... Bueno, siempre fue mi favorito, desde que era muy pequeño, y como estudió para ser cocinero... Ya sabe, lo vengo pensando desde hace mucho. Quiero que usted me haga un favor: que lo ponga en forma. Todavía tiene cosas que pulir pero en el fondo es un buen chico.

—Pero usted había dicho que si las ventas crecían podíamos seguir como hasta ahora... —Sentaro a duras penas podía contener el enojo y la amargura.

—Usted es la persona indicada para hacer esto. Me impresiona cómo se las arregló para que repuntaran las ventas después de haber caído tanto. Finalmente entendí lo que mi marido vio en usted. Vamos a mantener el nombre: Doraharu. Usted podrá seguir haciendo sus *dorayakis*. Al mismo tiempo, le pido que entrene y forme al próximo encargado de esta tienda. Se lo pido encarecidamente, Sentaro.

La dueña le dio al joven una palmada en la espalda.

—Gracias —murmuró Tanaka y se inclinó levemente.

—La plancha para hacer los panqueques *okonomiyaki* puede ir aquí —dijo ella señalando el espacio al lado de la ventana— y podemos mover la plancha de hierro de los *dorayakis* hacia el fondo.

La dueña, ignorando a Sentaro, comenzó a conversar con su sobrino sobre las reformas que iban a hacer en la tienda. Quedó claro que el espacio reservado para hacer *dorayakis* ya no estaría en el frente.

Sentaro se quedó de pie, mirándolos. No había nada que él pudiera aportar a la conversación.

25

La luz de la calle se filtraba a través del espacio entre la cortina y el riel. Sentaro estaba tirado en su futón y contemplaba las figuras geométricas que se proyectaban sobre el techo.

Afuera maulló un gato.

Ya había pasado casi un mes desde que Sentaro había dejado de trabajar en Doraharu. Había estado encerrado en su departamento desde ese momento, inmune al clima primaveral, solo salía para comprar algo de comida en el *konbini*. Se pasaba el día sentado, indiferente al paso del tiempo.

No podía seguir así, Sentaro lo sabía muy bien. Por eso, ese día había comprado una revista con ofertas de trabajo, además de una sopa *ramen* instantánea. Planeaba llamar para informarse si encontraba alguna oferta a la que pudiera aplicar. No le importaba qué tipo de trabajo fuera, no era exigente en ese sentido. También tenía un anotador por si necesitaba escribir algo durante las llamadas. Sin embargo, no encontró nada. Su edad lo dejaba fuera de cada puesto que miraba y las poquísimas empresas que no ponían requisitos de edad pedían habilidades muy específicas. Sentaro, a parte de su licencia para conducir, no tenía ningún diploma ni documento que acreditara algún saber u oficio. Las puertas para iniciar una nueva carrera en ese momento de su vida parecían estar cerradas.

Refunfuñando, Sentaro volvió a su posición habitual: se acostó en el piso cerca de una pila de ropa sucia. Seguía ahí, quieto, cuando se

hizo de noche. Un gato volvió a maullar afuera y él se preguntó cómo se vería. Sonaba como si lo estuviera llamando.

¿Maullaba porque se sentía solo? ¿Buscaría un compañero? ¿Por qué maullaba? ¿Sería una hembra o un macho?

Sentaro exhaló con fuerza. Pensó en la carta de Tokue. *Escucha*, había escrito ella.

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué se suponía que tenía que escuchar?

No tenía la menor idea de qué querían decirle las voces que escuchaba concretamente, como por ejemplo la del gato. ¿Cómo se suponía que tenía que escuchar algo como los susurros de los porotos *azukis*?

Recorrió el cuarto con la mirada. Al final era un perdedor. Tenía que aceptarlo. ¿No sería mejor terminar con todo y colgar una soga?

Volvió a mirar toda la habitación buscando un lugar donde atar una soga. El riel de la cortina era el único lugar posible pero se vio a sí mismo colgando al lado de la cortina y la escena le pareció tan ridícula que soltó una carcajada.

"¿Soy un desagradecido?", se preguntó. Así lo había llamado la dueña cuando él presentó la renuncia a Doraharu. Sentaro estuvo de acuerdo, así que no se defendió.

"¿Se da cuenta de lo que tuvo que soportar mi marido por defender a alguien que había estado preso, como usted? ¿No le da vergüenza abandonar así a mi sobrino? ¿Qué dirían sus padres?", le gritó ella.

El día en que Sentaro le entregó personalmente el dinero que quedaba por devolver y la carta de renuncia, ella continuó con sus ultrajes y le dijo, entre otras cosas, que era un criminal que no sabía nada sobre la gratitud.

Sentaro no pronunció una sola palabra en defensa propia. Aceptó lo que le decía porque sabía que tenía razón. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Siempre había decepcionado a las personas, incluso a sus padres.

No sabía exactamente cuándo o por qué había comenzado su caída pero sentía que el germen siempre había estado en él, incluso cuando era muy pequeño. No era una sorpresa o algo repentino. No había nada malo en tratar de vivir una vida honesta, pero ese intento lo había dejado destruido. En resumen, el sufrimiento era parte de la esencia de Sentaro.

Esa noche volvía a luchar consigo mismo. Gemía como un animal herido. Pensó de nuevo en colgarse pero no tenía soga. Quizá podía usar un cinturón o una cinta para empaquetar.

Sobre la mesa había una caja de cartón con utensilios de cocina que la dueña le había dado porque no se iban a necesitar más en Doraharu: esa fue su única indemnización después de tantos años de trabajo. La caja contenía su *sawari* favorito con algunos cuencos adentro, una espátula, la cuchara que usaba para hacer los panqueques, un cuchillo, un batidor y la ropa que vestía para cocinar.

Sentaro miró por arriba y en silencio las formas cóncavas y convexas que sobresalían de la caja. Recordó los días que había pasado en la tienda: las caras de los clientes mientras hacían cola y esperaban al otro lado de la ventana, las estudiantes sentadas en la barra conversando alegremente sobre cualquier cosa, el *sakura* y cómo cambiaba en cada estación, Tokue de pie debajo del cerezo.

— *Dorayakis* —dijo Sentaro para sí mismo, en un susurro.

Revivió la sensación de un cuenco y una espátula en sus manos, el brillo de los porotos *azuki* que subían a la superficie durante la cocción, el aroma dulce que desprendían.

— *Dorayakis* recién hechos —dijo Sentaro y se mordió el labio— *Dorayakis*.

Al pronunciar esta palabra Sentaro sintió cómo se aflojaban sus mejillas. Apretó los puños de la mano y suspiró.

Sé que va a superar este momento tan difícil… Eso, le había escrito Tokue en la carta. Sintió que también a ella la había decepcionado: no había logrado cumplir con sus promesas.

—Dorayakis frescos y sabrosos —dijo con voz temblorosa.

Abrazó una almohada y hundió la cabeza en ella. Le vino a la mente la imagen del *sakura* que estaba al frente de la tienda. Seguro que ese año también había florecido y que las personas que pasaban por ahí se detendrían a mirar las gloriosas nubes de flores. Los pétalos entrarían a través de la ventana. Las chicas que se quejaban de los pétalos en los *dorayakis*, ¿estarían allí en ese preciso momento? ¿Seguirían yendo ahora que la tienda tenía un nuevo encargado?

26

Sentaro tuvo un sueño esa noche.

Está subiendo una colina en un lugar desconocido para él, la zona está llena de ondulaciones. Abajo ve algo de un azul resplandeciente: un río ancho que corre con calma.

Se detiene y mira esa superficie azul, a una docena de metros debajo de donde está él. Ve con claridad las distintas corrientes que hay en el río. Varias líneas blancas se acercan y separan formando tramas que cambian todo el tiempo.

¿Qué es esto? Sentaro no puede desentrañar lo que está mirando. Finalmente comprende: son pétalos de flores. Su mirada sigue la corriente que va hacia arriba y termina en una nube color tiza que

cubre la pendiente de la colina por completo. La nube está formada por *sakuras* en plena floración.

Se dirige paso a paso hacia esa escena deslumbrante. Los pájaros cantan y la brisa viene cargada con el perfume de las flores. La nube de cerezos se aproxima poco a poco.

Algunos pétalos caen alrededor de Sentaro.

Llega a donde están los *sakuras* y comienza a caminar entre ellos. Mira con detenimiento a cada árbol. Las flores lo rodean en todas las direcciones, como si él mismo fuera el centro de un lago profundo y brillante. Puede sentir la fuerza que estuvo latente en los árboles durante todo el año, esperando con paciencia el momento de explosión y júbilo.

Sentaro da vueltas y llega hasta el borde de la colina desde donde se ve el río. Una brisa fresca lo alcanza desde el agua.

Una fragancia parece envolverlo, quizá son los pétalos que cada tanto suben debido a una ráfaga ascendente. La luz se filtra por todos lados, desde la superficie del agua, desde los *sakuras* orgullosamente florecidos, desde el cielo.

Dos pájaros pasan en vuelo rasante sobre la superficie del río. Sentaro se pregunta dónde está.

"Sentaro". Escucha la voz de una jovencita que lo llama y se da vuelta para mirar.

En un rincón, cerca de una hilera de *sakuras*, ve una casa de té con un cartel que anuncia que se venden tortitas *goheimochi*. Hay un aroma a tostado y Sentaro nota que tiene hambre.

"Sentaro". Es la jovencita otra vez. La voz parece venir desde las mesas de madera que están afuera de la casa de té. Hay algunos clientes que miran los cerezos florecidos mientras comen y beben

algo. Él se acerca y ve a una chica joven sentada un poco apartada del resto de las personas.

—¿Qué pasa? —dice Sentaro.

La chica se pone de pie y se inclina en dirección a Sentaro. Él se da cuenta de inmediato de quién se trata.

—Mire —dice ella mientras señala el cuello de su blusa blanca—. La cosió mi mamá.

La blusa parece brillar con el sol primaveral. Unos pétalos que flotan se posan sobre la prenda.

—¡Qué lindo! —dice Sentaro respetuoso, como si estuviera hablando con una persona adulta y no con una jovencita.

—Así es —responde ella.

—Es este lugar, ¿no?

—Sí, el pueblo en el que nací. Un lugar así de lindo.

Sentaro se sienta a la mesa en frente de ella. Hay un plato con *dumplings* de arroz cubiertos con *an* y también una tetera y tazas.

—Por favor —dice ella señalando todo lo que hay sobre la mesa.

Sentaro mira lo que hay dentro de la tetera: parece agua caliente con pétalos flotando.

—¿Se cayeron pétalos en el té? Ella niega con cabeza:

—No. Es un té de cerezo, se llama *sakurayu*. Es un poquito salado con un aroma delicioso a flores.

—¿De verdad? ¿Té de cerezo? —nunca había oído hablar sobre eso —. Té de cerezo —murmura nuevamente y siente algo en el pecho.

Un pétalo que danza en el aire parece entrar dentro de él y, sin explicación, luego de un chispazo, desaparece.

Un poquito salado con un aroma delicioso a flores... Las palabras dan vueltas y hacen eco dentro de él. Los árboles de cerezos que están alrededor parecen florecer de repente y expandirse. Sentaro parpadea.

—¿De qué está hecho? —dice él y levanta la taza para estudiarla de cerca.

—Lo maceramos en casa. Mire dentro —dice mientras señala la tetera.

Sentaro levanta la tapa de la tetera y ve que el líquido está lleno de flores color durazno. Le llega un aroma muy intenso y dulce.

—Ahhh.

—Es una variedad de *sakura* con ocho capas de pétalos, no es la variedad *someiyoshino* más usual. Las conservamos en sal —dice la joven.

—Es algo muy especial —dice Sentaro, algo molesto por no encontrar mejores palabras.

—Si le pone agua caliente y lo deja reposar se convierte en *sakurayu*, té de *sakura*.

Él mira dentro de la taza nuevamente. Dos flores perfectas giran mientras ascienden suavemente hacía la superficie. Han sido recogidas con mucho cuidado para que conserven la forma.

Sentaro observa las flores como sí estuviera en trance. Huele el aroma profundo y denso y después se acerca la taza a los labios y toma un poco. El sabor se abre en su boca como si fuera una flor. Un rastro salado y sutil le queda impregnado en las mejillas.

Un poquito salado con un aroma delicioso a flores... Exactamente como la chica le dijo que sería. La sal y el aroma interactúan en perfecta armonía.

Es esto.

Sentaro apoya suavemente la taza sobre la mesa y mira fascinado el *sakura* de ocho pétalos bañado en sal que está en el interior de la tetera. Es esto lo que ha estado buscando.

La sal está en la cantidad exacta como para que aún se puede apreciar el sabor de las flores. Podría poner una o dos flores en la mezcla de los *dorayakis*.

Sentaro intenta ponerse de pie. La jovencita ha desaparecido. Su sonrisa, la blusa blanca con pétalos pegados ya no están. Él se levanta y, aturdido, mira a su alrededor. Todo ha desaparecido. No hay nada en las mesas, tampoco hay clientes mirando las flores ni el cartel de la cafetería. La mesa que segundos antes podía tocar, con los *dumplings*, el té y la tetera, también se ha esfumado.

Todavía arropado por el resplandor de las flores, dice varias veces el nombre de la jovencita pero, salvo por la lluvia de pétalos, la escena sigue intacta. Finalmente Sentaro se da cuenta de que ese lugar no pertenece al mundo real. Sabe que en muy poco tiempo abandonará este plano onírico y entiende que tiene que encontrar a la jovencita cuanto antes. ¿Dónde está? Hay algo que necesita preguntarle: ¿dónde nació? Recuerda que una vez le contó que había un río, y espléndidos cerezos en flor y algo sobre recolectar las flores de los *sakuras*.

Específicamente quiere saber lo siguiente: ¿alguna vez las probó acompañadas de dulces?

Al otro lado del cerco infinito de acebos, los *sakuras* estaban en plena floración. Los pétalos caían en espiral debido a la brisa.

Sentaro y Wakana casi no hablaban mientras caminaban por el sendero pero, cada tanto, él le hacía alguna pregunta.

—¿Qué especialidad vas a seguir en la secundaria?

—Mmm, todavía no lo sé bien.

Sentaro había tomado la iniciativa de llamar a Wakana. Dudó mucho: era extraño que un adulto llamara a una joven de quince años para pedirle que lo acompañara a un lugar, pero tenían que resolver el asunto de Maui así que no quedaba otra opción que ir a Tama Zenshoen.

Desde que había tenido ese sueño tan extraño, no había podido dejar de pensar en los *sakuras* conservados en sal. Cuando buscó en Internet y descubrió que de verdad existían, se sintió tan abrumado que tuvo que cerrar los ojos. Enseguida pensó que podría encargar algunos para probar pero al final decidió no hacerlo: no sabía si era conveniente seguir experimentando con *dorayakis*. Además, quería los *sakuras* de la tierra natal de la jovencita del sueño, no cualquier *sakura*, y todavía no sabía dónde era.

Unos días antes, Sentaro le había enviado a Tokue una tarjeta para avisarle que irían, pero quizá aún no le habla llegado. De todas formas, seguramente Tokue estaría en

Tama Zenshoen. Confiaba en que si iban, incluso sin avisar, estaría todo bien: Sabían dónde vivía y si no la encontraban en la zona de tiendas podrían ir a su casa.

Por encima del bosque el cielo era de un azul reluciente. Las nubes de los árboles de cerezos y las hojas de los castaños se balanceaban suavemente con la brisa.

—Muy pronto empiezan las clases y ya estarás en el secundario... parece como si estuviéramos en primavera dijo Sentaro.

—Sí, la primavera llegó.

—Me imagino que es el mejor momento para los *sakuras*.

—Puede ser.

Wakana no estaba siendo demasiado comunicativa así que Sentaro decidió plantear el tema.

—Quiero que hablemos de algo. El canario…

—¿Maui?

—Sí, Maui. Tokue quiere liberarlo. Dice que se da cuenta de que quiere ser libre.

—Mmm.

—Ya sabes que Tokue no pudo salir de aquí durante mucho tiempo, me imagino que sabe cómo se siente estar en una jaula. Si puede volar creo que lo mejor es dejarlo ir. En este bosque podrá sobrevivir, tiene mucha comida.

—Sí, quizá sea lo mejor —respondió Wakana despreocupada.

A Sentaro le sorprendió lo rápido que ella había aceptado la idea.

—Por otra parte, no sé si te enteraste de que no estoy más en Doraharu.

—Sí, lo sabía —Wakana se acercó un poco a Sentaro después de algunos instantes de silencio, preguntó— ¿Por qué renunció?

—La dueña ya no quiere que hagamos *dorayakis*.

—Ahora no tengo dónde ir cuando salgo de la escuela.

—Entiendo —dijo Sentaro.

—De hecho... —Wakana se acercó un poco a Sentaro.

—¿Qué pasa?

—Estoy yendo al bachillerato nocturno.

—¿De verdad?

—Sí, para poder trabajar durante el día —la mirada de la joven se endureció de repente.

—¿Así están las cosas? —Sentaro no sabía qué decir y simplemente continuó hablando—. Bueno, pase lo que pase, depende de ti hacer lo mejor que puedas.

—Todos me dicen lo mismo, incluso mi tutor. Pero la escuela nocturna no es para cualquiera.

—Me imagino —dijo Sentaro.

—¿Y usted? ¿A qué tipo de escuela fue? ¿Estudió mucho?

—Fui a una escuela común pero...

Wakana no respondió y Sentaro miró en dirección a ella. La joven, con expresión ausente, acariciaba una de las hojas pinchudas del cerco de acebos.

—Soy la única de mi curso que terminó en la escuela nocturna.

—Pero... Estoy seguro de que vas a poder...

—En casa no hay dinero, por eso tengo que trabajar. Fui a Doraharu a pedir trabajo pero ya no existe.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Tokue me había dicho que sería bueno que yo trabajara en Doraharu.

Por eso me decepcioné cuando vi que ya no existía. También me enojé un poco. ¿No va a hacer *dorayakis* en algún otro lugar?

—Me gustaría.

—Sí, me imaginé.

—Sería lindo abrir una tienda y que pudieras trabajar allí.

Sentaro se sorprendió a sí mismo al escucharse decir eso, por más que no estaba hablando en serio. En cuanto lo dijo, sintió que se liberaba de esa parte de él que había decidido recluirse en su casa después de renunciar a Doraharu.

Wakana se acercó a Sentaro y asintió para expresar que estaba de acuerdo.

Después dio unos pequeños golpecitos al bolso que colgaba de su hombro.

—Le traje un regalo a Tokue —dijo ella.

—¿Qué es?

—Adivine.

A Sentaro no se le ocurría nada. Después de unos segundos se arriesgó con una idea aleatoria:

—Un abrigo de invierno, un *chanchanko*.

—No —dijo Wakana y rio—. ¿Cómo se le ocurre? Ya casi estamos en primavera.

—No sé. Por lo menos dame una pista.

—No es comida.

—Me rindo.

Sentaro no pudo adivinar. Notaron que ya estaban en el museo de la enfermedad de Hansen. Los *sakuras* estaban en todo su esplendor también allí y el lugar se sentía tan silencioso y calmo como siempre.

—Otra vez por aquí —dijo Wakana y Sentaro no entendió si el tono era de nostalgia o inquietud. Pasaron delante de la estatua de la madre y la hija peregrinas y tomaron el camino que bordeaba el predio de Tama Zenshoen.

—¡Qué *sakuras* más espléndidos!

—Me siento como si estuviera en un sueño.

Las hileras de árboles de cerezo armaban una escena grandiosa. Sentaro sentía como si los *sakuras* hubieran absorbido toda la luz de alrededor para proyectarla hacia ellos. Había algunas personas, quizá gente que antes había vivido allí o del barrio, disfrutando del espectáculo.

—¿Sabe dónde vive Tokue? preguntó Wakana.

—Nunca he estado ahí pero sé la dirección. Si no la encontramos en la tienda podemos mirar el mapa e ir a su casa.

—No sé —dijo Wakana con intranquilidad.

Había bastante gente, corno era usual, reunida alrededor de la tienda, parecían estar pasando el tiempo. Todas eran personas mayores, muchos llevaban anteojos de sol.

Sentaro miró a través de la puerta abierta. A pesar de que era la hora en que le había dicho a Tokue que estarían por ahí, no se la

veía por ningún lado.

—Parece que vamos a tener que ir a su casa —dijo Sentaro.

Entonces Wakana tomó suavemente el brazo de Sentaro para detenerlo:

—Mire. Esa anciana nos está mirando. La conocimos la última vez que estuvimos aquí, ¿no es así?

La mujer se puso de pie, estaba en la mesa más alejada de la puerta.

—Sí, es la señorita Moriyama.

Sentaro y Wakana la saludaron con la cabeza y esperaron a que ella llegara a donde estaban ellos.

—Hola. ¡Qué lindo vernos de nuevo! —dijo Sentaro con la intención de sonar alegre.

—Bueno, es que... —murmuró la anciana y se quedó callada.

—Vinimos a visitar a Tokue. Le mandé una tarjeta hace poco y tal vez todavía no llegó.

—Es que... —la señorita Moriyama se cubrió los labios con los dedos. Intentaba decirles algo pero las palabras se le atascaban. Cerró los ojos por un instante.

—Señor Tsujii, yo recibí la tarjeta. ¿Serían tan amables de tomar asiento?

No había manera de rechazar el pedido. Sentaro y Wakana se miraron mientras la señorita Moriyama les indicaba dónde sentarse.

—Señor Tsujii y... Wakana, ¿no?

—Sí, así es como suelen llamarme —respondió la joven.

—Tengo que decirles algo…

—¿De qué se trata?

Hubo unos instantes de silencio.

—Mi querida Toku murió.

Sentaro abrió la boca, sorprendido, y se puso de pie. Wakana se sacudió en la silla.

Sentaro sintió como si le dieran una puñalada en el pecho, impulsada por todas las fuerzas invisibles del mundo: el viento, el tiempo y el espacio. No supo qué decirle a la anciana.

Las señorita Moriyama no dejaba de mirarlo:

—Toku me había dado su dirección en un momento, pero no sé dónde quedó el papel. La semana pasada fui a la tienda pero ahora venden *okonomiyaki*. Un joven, a quien le pregunté si tenían el número de teléfono del encargado anterior, me dijo que no sabía nada. No supe qué más hacer.

Sentaro no podía hablar, tenía la cabeza entre las manos. Después hizo una pequeña inclinación para agradecerle a la señorita Moriyama.

—Lo siento mucho —logró decir al final.

—Sucedió hace diez días. Estaba exhausta. Pero insistía en que era una gripe y no quería ir al hospital. Así que me quedé con ella. En ese momento me dio una carta, por si acaso. Le dije que si estaba tan mal debía pedirle a usted que viniera a verla, pero no le gustó la idea. Me dijo que con la carta era suficiente, pasara lo que pasara.

Sentaro negó con la cabeza. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Usted era como un hijo para Toku. Fue una neumonía —dijo la señorita Moriyama sin rodeos.

Él sentía que debía decir algo pero no pudo. Wakana estaba a su lado, rígida.

—Hicimos una despedida muy íntima, con los compañeros. Hubiera sido lindo que vinieran, pero usted ya no estaba en su lugar de trabajo. De todas maneras fue algo muy repentino.

Sentaro negó con la cabeza nuevamente:

—¿Y... Tokue? Preguntó Sentaro con voz temblorosa.—¿Y los restos de Tokue?

—repitió.

La señorita Moriyama se secó con los dedos el rabillo del ojo. Después respondió:

—Ahora descansa con su marido, en el osario.

—Así que... —dijo Sentaro y, sin poder contener las lágrimas, apoyó el codo sobre la mesa y se tapó la cara. A su lado Wakana también bajó la cabeza con la garganta atorada.

—De todas formas, es muy bueno que hayan venido. Parece como si la misma Toku los hubiera traído hasta aquí. Sí, es muy bueno... ¿Me acompañarían hasta su casa? ¿Les parece bien?

Sentaro asintió en silencio y Wakana dijo que sí con voz ronca.

La señorita Moriyama los guiaba: recorrieron un sendero que los llevó de nuevo a las filas de casas, doblaron en una esquina y se detuvieron en una entrada con un patio con césped.

No era demasiado lejos de la zona de tiendas. Una placa colocada a un costado del edificio decía "Viento verde". Wakana y Sentaro siguieron a la anciana, que iba por un pequeño camino de piedras que atravesaba el jardín. Pasaron por el frente de tres unidades hasta llegar a la última.

La señorita Moriyama abrió una puerta corrediza que estaba sin trabar.

—Espero que no les importe entrar por la puerta de atrás, siempre lo hacíamos así.

El marco de madera de la puerta por la que habían entrado estaba descascarado por el uso. A través del vidrio se veía una habitación con una alfombra azul. Una jaula de pájaro que les resultó conocida estaba apoyada en el piso pero no había rastros de Maui.

Sentaro miró disimuladamente a Wakana cuando se dio cuenta de lo que había pasado. Ella miraba hacia la jaula con lágrimas en los ojos.

—Pasen, por favor.

La habitación medía seis *tatamis*, alrededor de diez metros cuadrados. Al fondo se veía una heladera y una bacha en lo que debía ser la cocina. El cielorraso parecía estar hecho con tablas de madera viejas. Las paredes de yeso estaban amarillentas y tenían algunas manchas oscuras. Los únicos muebles eran un escritorio, una cajonera, una caja de cartón con libros apilados y un televisor pequeño. Las sábanas y otras pertenencias no se veían, debían estar guardadas en el armario.

—¿Aquí es donde murió Tokue?

—No. Murió en la clínica. Parece mentira, fue todo tan inesperado.

La anciana los invitó a pasar, así que los dos se quitaron los zapatos y los dejaron en el jardín. Desde afuera, la cocina parecía oscura pero al ingresar notaron que entraba mucha luz por una ventana.

Había varias fotos sobre la caja de madera.

—Esta es Toku con su marido, Yoshiaki —dijo la señorita Moriyama y miró la fotografía mientras tomaba, con manos temblorosas, una barra de incienso.

—Era hermosa... Tokue —dijo Wakana con voz nasal.

Sentaro pensó que era cierto.

Las fotos eran en blanco y negro, debían haber sido tomadas cuando Tokue tenía veinte años. Los peinados que llevaban, propios de la época, hacían que parecieran personajes de una película antigua. Tokue se veía vivaz y luminosa, su imagen no revelaba para nada el padecimiento de una enfermedad. Con la nariz respingada y los ojos llenos de vida, se parecía mucho a la jovencita que Sentaro había visto en el sueño. Ella le sonreía al hombre que estaba a su lado, que claramente la adoraba.

Las fotos confirmaron lo que Tokue le había contado a Sentaro: su marido era mucho mayor que ella. También se veía que era un hombre con una constitución delicada y débil. Había una sola cosa que no coincidía con el relato de Tokue: le había dicho que su

marido era muy alto, como una palmera, así que Sentaro se había imaginado a alguien de gran estatura. Sin embargo, el hombre de la foto era apenas más alto que ella.

Este detalle solo lo distrajo un momento y los pensamientos de Sentaro se dirigieron enseguida hacia otro lado. Tokue lucía muy despreocupada y vivaz en la foto, a Sentaro se le hizo un nudo en la

garganta al pensar en lo que se le vendría a esta pareja en los siguientes años.

Sentaro y Wakana encendieron barritas de incienso y las colocaron al frente de las fotos. Después pusieron sus manos en posición de rezo.

—Si les parece bien, hay algunas cosas para que se lleven. Sé que Toku estaría feliz si se las quedan ustedes —dijo Moriyama y señaló una caja de madera que estaba cerca del horno en un rincón de la cocina. En su interior había utensilios de pastelería—.

Pensamos en repartirnos estas cosas entre nosotros para recordar a Toku pero ya somos todos grandes, no sabemos cuánto más nos queda —la anciana sonrió con resignación—.

Por eso es mejor que lo tenga alguien como usted. Todo lo que está en este cuarto va a desaparecer a fin de mes.

Sentaro se arrodilló cerca de la caja y estiró la mano para tocar los utensilios que Tokue había usado con el grupo, como el *sawari* y las cucharas de madera para preparar *an* y también unos coladores de seda muy viejos para suavizar la pasta de *azuki*. Había unos accesorios para hacer distintas estampas en *rikkyu manju*, los pasteles de *an* que se sirven con té verde, un molde para preparar *yokan*, una gelatina espesa de porotos, y un vaporizador para hacer *dango, dumplings* de harina de arroz. También había utensilios para hacer dulces occidentales: cuencos de varios tamaños, moldes para tortas y budines, una espátula y una batidora. En una bolsa de plástico había una colección de distintos picos para decorar postres con crema batida.

Sentaro recordó lo que le había dicho Tokue el día que la conoció.

"Llevo cincuenta años preparando *an*".

Pudo ver la imagen con claridad, sobre todo la expresión orgullosa con la que habló.

Rozó los utensilios con los dedos, suavemente.

"Llevo cincuenta años preparando *an*".

—Son objetos cargados con el paso del tiempo —dijo y le alcanzó una cuchara de madera a la anciana—. Creo que lo mejor sería que quedasen para el grupo de pastelería.

—La verdad es que el grupo no ha estado demasiado activo los últimos diez años. O

quizá más.

—Pero pensé…

—Desde que nos permiten salir de aquí podemos comprar lo que queramos. Si necesitamos una torta, la compramos en el supermercado. Ya no hace falta juntarnos y prepararla.

Sentaro asintió en silencio.

—Toku era la que lideraba el grupo, de alguna manera. Quizá comenzó a sentirse sola cuando esto empezó a suceder.

—Seguía con ganas de cocinar, ¿no? Me imagino que sobre todo dulces —dijo Sentaro.

—Sí. Ay, me olvidaba, también hay... —la señorita Moriyama no terminó la frase.

Sentaro puso todos los objetos de la caja en el piso. Eligió algunos y los envolvió con una tela que había en la cocina.

—Muchas gracias. Acepto estas cosas y prometo usarlas.

¿Cuándo estaría otra vez de pie delante de una plancha de hierro? Ni siquiera sabía si eso volvería a suceder. De todas maneras quería conservar esos objetos para recordar a Tokue.

Cuando Sentaro fue desde la cocina hasta la habitación vio que la señorita Moriyama había puesto una lata de galletas sobre la mesa.

—Es esto —dijo la anciana y sacó la tapa. Dentro de la lata había papeles escritos a mano—. Me dio esta carta justo antes de que la lleváramos a la clínica. Me dijo que quería disculparse con usted, no sé de qué se trata. Me pidió que si no volvía le entregara esto

—dijo y le dio a Sentaro un manojo de papeles. Wakana y él intercambiaron miradas. Me aclaró que no había llegado a terminarla.

Sentaro tomó la carta.

—Si no le molesta, me gustaría que la lea aquí, donde ella la escribió. Le tomó mucho tiempo, ya saben lo lenta que era escribiendo.

Él asintió y miró los papeles. Se encontró de nuevo con esa caligrafía tan familiar, cada letra ondulada dibujada con esmero.

Querido Sentaro:

Por favor discúlpeme pero voy a saltear todas las formalidades. Pensé en no escribirle porque al final siempre termino diciendo lo mismo, como un disco rayado, pero mi salud está empeorando y me preocupa no verlo a usted ni a Wakana una vez más. Así que decidí escribirle para pedirles disculpas y además hay algo que simplemente tengo que decirle.

Prometí cuidar a Maui pero la verdad es que lo dejé libre muy pronto. Mientras más escuchaba su canto, más sentía que en realidad me estaba pidiendo que lo dejara ir: Dudaba al pensar en

Wakana, pero yo sé cómo es estar encerrada sin poder salir y me pareció que no había razones para dejar a una criatura capaz de volar en una jaula.

Quizá Maui no haya sobrevivido sin el cuidado y la protección de una persona, pero cuando el pájaro observaba el cielo azul yo sentía que me suplicaba que lo liberara. Al final no pude soportarlo más y abrí las puertas. Por favor, transmítale mis disculpas a Wakana.

Cuando era pequeña no sabía con claridad qué quería hacer de mayor. De todos modos eran tiempos de la guerra, y más que pensar en aquello en lo que quería convertirme, me invadía la ansiedad de no saber hasta cuándo viviría. Pero después de enfermarme y darme cuenta de que nunca iba a poder salir al mundo sí comencé a soñar con lo que quería ser. Fue difícil.

Como ya le conté, me hubiera gustado ser maestra. Me gustan los niños y también aprender. Estudié en la escuela aquí, en Tama Zenshoen, y después di algunas clases a los chicos que estaban internados.

Pero, siendo totalmente honesta, lo que más deseaba era irme de este lugar. Quería salir al mundo, tener un trabajo como cualquier persona. Quería eso por las mismas razones que todos: sentirme útil y tratar de hacer lo mejor posible.

Nunca perdí las esperanzas. Hubiera sido distinto si yo siempre hubiera estado enferma, pero incluso después de recuperarme no me permitían dejar el sanatorio. Por más que yo quería trabajar y ocupar un lugar en el mundo estaba recluida y vivíamos gracias a los impuestos de la gente.

Muchas veces deseé morir, tal vez porque creía que las personas que no cumplían ningún papel en el mundo carecían de valor. Tenía la convicción de que la gente había

nacido para ser útil a los demás y a la sociedad. Pero en un momento esto cambió o, más bien, yo cambié.

Lo recuerdo con claridad. Caminaba sola por el bosque de Tama Zenshoen, era una noche de luna llena. En ese momento yo ya escuchaba el susurro de los árboles y las voces de los insectos y los pájaros. Esa noche la luna reflejaba su luz, pálida y brillante a la vez, en todas las cosas que me rodeaban. Una energía especial irradiaba de los árboles que se mecían con el viento. Estaba sola en el sendero del bosque y vi de frente a la luna. ¡Cuánta belleza! Estaba extasiada, incluso me olvidé de todo lo que había sufrido por mi enfermedad y por haber estado encerrada durante tanto tiempo. Después sentí que escuchaba una voz muy parecida a los susurros de la luna. Decía: "Quería que me vieras. Por eso brillo de esta forma".

Desde ese momento comencé a ver todo de manera distinta. Si yo no estuviera aquí, esta luna no existiría. Ni los árboles. Tampoco el viento. Si mi forma de ver el mundo desaparecía entonces todo lo que observaba desaparecería también. Es tan simple como eso.

Después me asaltó el siguiente pensamiento: ¿y si esto no solo tiene que ver conmigo sino con todas las personas del mundo? Y el resto de las formas de vida capaces de ser conscientes de la presencia de otros, ¿qué pasaría si todo eso desapareciera?

La respuesta es que el mundo entero desaparecería de alguna manera.

Usted podrá pensar que estoy delirando, pero esta idea realmente me cambió.

Comencé a entender que nacimos con el propósito de ver y escuchar. Eso es todo lo que el mundo nos pide: que estemos atentos. No importa si nunca fui una maestra o una trabajadora activa, mi vida igual tiene valor.

Yo me curé cuando la enfermedad todavía no había avanzado tanto así que las secuelas que quedaron en mi cuerpo no fueron tan graves y no tuve dificultad para volver a salir al mundo. Incluso tuve, gracias a usted, la oportunidad de trabajar en Doraharu. Me considero muy afortunada por haber vivido esa experiencia.

A veces hay cosas que no se pueden comprender, por ejemplo una niña o niño cuya vida termina antes de que cumpla dos años. En medio del dolor, aparece la pregunta sobre el sentido de que haya nacido para morir tan pronto.

Yo creo tener una posible respuesta. Estoy segura de que es para que esta persona pequeña perciba el viento, el cielo y las voces de esa manera tan única y particular que tienen los niños. El mundo que ese niño o niña percibe existe gracias a él o ella, y, entonces, la vida tan breve de ese niño o niña cobra sentido y propósito.

Algo parecido pasó con mi marido: él pasó gran parte de su vida luchando contra la enfermedad y el sufrimiento y desde afuera se podría pensar que todo era tristeza y amargura al momento de partir. Pero su vida también tuvo un sentido, porque a pesar de todo él pudo sentir el viento y ver el cielo.

Estoy convencida de que en algún momento de la vida todas las personas, no solo las que padecieron la enfermedad de Hansen, se preguntan cuál es el sentido de estar vivas.

En resumen, puedo decir con certeza que la vida tiene sentido.

Por supuesto, convencerse del sentido de la vida no significa que de repente todos los problemas se solucionen por arte de magia y a veces seguir adelante con el día a día puede resultar un desafío enorme.

Sin embargo, yo he sido muy feliz. Sentí mucha alegría cuando ganamos el juicio y la ley que nos mantenía confinados perdió vigencia. Finalmente éramos libres de dejar el

sanatorio y caminar libremente por donde quisiéramos. Luchamos durante décadas para conseguir eso.

Pero con la felicidad también viene el dolor. Éramos libres de ir más allá de los límites del sanatorio y caminar por las calles. Podíamos subirnos a autobuses y trenes, también viajar. Naturalmente, recuperar esos derechos fue un gran motivo de alegría y jamás olvidaremos cómo fue salir al mundo después de estar encerrados aquí durante cincuenta largos años. Todo parecía relucir. Sin embargo, de a poco, comencé a notar algo mientras caminaba por las calles: no conocía a nadie ni tenía familia. Me sentía sola y perdida, como si estuviera en un país extranjero.

Era demasiado tarde, ¿no le parece? Cuando pude volver a la sociedad resultó muy difícil empezar de nuevo: habían pasado décadas enteras. Si me hubieran liberado veinte años antes quizá podría haber armado una nueva vida afuera. Había muchos en la misma situación, de sesenta, setenta años. Para nosotros fue demasiado tarde.

Descubrimos que una vez que experimentamos la dicha de estar afuera del sanatorio, libres por fin, la alegría que sentíamos era directamente proporcional a la pena que sentíamos por el tiempo perdido que nunca iba a regresar. Quizá usted reconozca esa sensación. Cada vez que alguno de nosotros salía de aquí regresaba exhausto. No se trataba solo de cansancio físico sino también por tener que soportar un dolor que sabíamos que nunca se iría.

Por eso empecé con la pastelería. Hice cosas dulces para todos aquellos que estaban tristes, que habían perdido algo. Y así fue cómo fui capaz de vivir mi vida.

Sentaro, su vida está llena de sentido.

El tiempo que pasó en prisión, su encuentro con los dorayakis *: para mí todo eso tiene un propósito. Todas las experiencias aportan algo*

a una vida que solo usted puede vivir. Estoy segura de que llegará el día en que podrá decir: esta es mi vida, mi propia vida.

Quizá no se convierta en escritor o en un maestro de los dorayakis *pero sí creo firmemente que en algún momento sentirá que está viviendo a su manera única y específica.*

La primera vez que lo vi fue durante una de mis salidas semanales. Iba por esa calle fascinada por los cerezos en plena floración y sentí un aroma muy dulce en el viento. Así encontré Doraharu. Después lo vi, vi su cara.

Sus ojos tenían una expresión muy triste. Su mirada hizo que me dieran ganas de preguntarle qué era lo que lo había hecho sufrir tanto. Así eran mis ojos cuando me había resignado a que estaría encerrada durante el resto de mi vida. Eso es lo que me llevó a quedarme de pie al frente de su tienda.

Después me asaltó el siguiente pensamiento: si a mi marido no le hubieran hecho una vasectomía a la fuerza, yo podría haber tenido un hijo, y ese hijo sería más o menos de su misma edad.

Después...

Al final, la letra se iba agrandando y la forma de los caracteres estaba deformada. La carta quedaba así, interrumpida. Sentaro cerró los ojos mientras sostenía aún los papeles.

Los tres se quedaron en silencio durante un rato. Wakana, que había estado mirando a Sentaro mientras él leía la carta, rompió el silencio.

—Ojalá hubiera venido antes.

Sentaro abrió los ojos y la miró. La joven sacó del bolso un paquete envuelto en papel con un moño rojo. Lo colocó frente a la foto de Tokue.

—¿Por qué no lo abres así Tokue puede verlo? —sugirió la señorita Moriyama.

Wakana asintió y abrió el paquete con dedos temblorosos. Era una blusa blanca.

—Yo no sé coser, así que la compré. No es cara pero... —la joven comenzó a llorar y la señorita Moriyama se acercó.

—Estoy segura de que Tokue estaría feliz con ella —la anciana tomó la blusa y abrió las mangas—. Toku, mira es hermosa.

Wakana trajo una blusa igual que la que te dio tu madre —dijo mirando hacia la foto.

La anciana acarició los hombros de la jovencita:

—Wakana, querida, muchas gracias —dijo.

Los tres se quedaron un rato en silencio, mientras esperaban que la respiración retomara su ritmo normal.

Sentaro miró hacia el patio exterior. El tiempo había pasado rápido mientras ellos lidiaban con la pena. Los rayos de sol se habían vuelto casi rojos y se reflejaban juguetones sobre el césped. Sentaro se pasó la mano por los ojos y miró la jaula vacía.

La señorita Moriyama lo siguió con la mirada:

—Toku se preguntaba cómo disculparse.

—¿Se refiere al canario? —dijo Wakana.

—Sí. No sé si debería contarte esto... justo le trajiste la blusa, qué gesto más hermoso, pero... ¿Cómo se llamaba el pájaro?

—Maui —dijo Wakana y miró hacia la anciana.

—Decidió liberarlo. No les preguntó, simplemente lo hizo. Le preocupaba cómo iba a explicarles su decisión.

—Sí, lo menciona en la carta —dijo Sentaro y Wakana asintió.

—Está bien. Seguramente Maui tenía ganas de volar —dijo la joven.

—Al principio se lo veía en el jardín o en el techo. Volvía a comer.

—¿En serio? —la joven estiró el cuello para mirar hacia afuera. Todavía tenía las mejillas mojadas por las lágrimas—. Volar no era exactamente su punto fuerte.

La señora Moriyama inclinó la cabeza hacia un costado:

—Oh, no. Cada tanto lo veo en distintos techos.

—¿Vuela? ¿Maui?

—Todos le dan algo de comer.

—¿En serio? —la cara de Wakana se relajó por primera vez desde que habían entrado a la habitación.

—¡Qué buena noticia! —dijo Sentaro y Wakana asintió empática.

—Quizás fui demasiado sobreprotectora —dijo la joven.

La señora Moriyama rio:

—Quizá no debería decir esto de alguien que acaba de morir, alguien muy querido además, pero como amiga íntima de Tokue me siento en todo mi derecho a decir algo.

—¿Algo como qué? —preguntó Sentaro.

—Bueno, Tokue era por momentos muy dramática y exagerada.

Sentaro y Wakana se sorprendieron.

—Cuando me dio esta carta... —la señorita Moriyama miró los papeles que habían quedado al lado de la blusa—. No era mi intención leerla, pero como no tenía sobre ni nada de eso llegué a ver algunas líneas... Todas las formas de vida tienen la capacidad de ser conscientes y toda esa historia... ¿La carta es sobre eso, no?

—Sí —dijo Sentaro.

—Ah, bueno, estaba con eso de nuevo, me lo imaginé cuando vi esas palabras. Usó muchas veces el verbo escuchar, ¿no? —dijo la anciana y Sentaro asintió—. No lo tomen a

mal, por favor. Cuando Toku conocía a alguien que le caía bien hacía eso: le decía que escuchara la voz de los porotos *azuki*, etcétera, etcétera y le contaba sobre cómo la luna le había susurrado y demás.

—Pero, yo... —interrumpió Sentaro— yo estoy agradecido por la carta. Tan agradecido que incluso me gustaría que Wakana la leyera más tarde. Puede que sea algo dramática y exagerada pero a mí me ayudó. Me ayudó mucho.

Wakana volvió a secarse el rabillo del ojo. Todavía sonriendo, la señorita Moriyama los miró a ambos:

—¿Vamos a caminar un poco? —dijo y se puso de pie—. Podemos tener una pequeña charla con Toku.

—¿Con Tokue? —dijo Wakana con los ojos abiertos de par en par.

29

El crepúsculo iba apoderándose del cielo. La luz teñía todo con los colores del atardecer a medida que un rojo profundo se desplegaba

en el firmamento azul. Caminaban hacia el osario que, bañado por los últimos rayos de sol, brillaba y parecía un faro.

—Toku me invitó al grupo de pastelería después de que yo intentara suicidarme —la señorita Moriyama extendió el brazo izquierdo para mostrarles—. Me corté las muñecas pero sobreviví. Desde que había enfermado, tenía dolores agudos de manera constante.

Mis dedos se deformaron, aparecieron agujeros en mis manos y mi cabeza se hinchó y nunca volvió a su tamaño anterior. Me salieron nódulos llenos de pus en la cara. Para una joven es algo muy... En un momento me harté y me corté las muñecas.

Miró a Sentaro y a Wakana mientras se dirigían al osario.

—Se trata de un tipo de padecimiento que te enferma el alma. Es una enfermedad así: el dolor nunca para y algunas personas eligen morir. Yo pensé que había llegado a mi límite pero, por alguna razón, sobreviví. Y entonces Toku me dijo que hiciéramos pastelería.

Me convenció de que íbamos a poder seguir si nos manteníamos juntas. En ese momento yo me estaba volviendo loca, sentía que ni siquiera podía morir dentro de este lugar y mucho menos seguir viviendo. Tal vez yo le caí bien y entonces empezó con todo ese asunto: Escucha, abre tus oídos. Casi que era su muletilla. Todo ese discurso sobre el viento y el cielo, sobre lo que vieron los porotos *azuki* en sus viajes…

—Me pasó lo mismo... Pero la pasta de *azuki* que ella hacía era tan maravillosa que creí que lo que me decía era verdad.

—Bueno, quizá, pero... —la señorita Moriyama se detuvo durante algunos instantes— hice lo que ella decía y traté de escuchar. Puse mis oídos muy cerca de los *azuki* y tuve toda la intención de hacer lo mejor posible. Pero jamás escuché nada, ¿saben?

No hubo charla con los porotos. ¿Y usted, señor Tsujii? ¿Logró escuchar la voz de los *azukis*?

Sentaro siguió caminando en silencio durante algunos instantes.

—No —dijo y negó con la cabeza—. Pero creo que lo que ella quería decir es que deberíamos acercarnos a los porotos como si de verdad pudiéramos escuchar sus voces.

—Tal cual. Es exactamente así pero ella insistía tanto con el tema que me cansó un poco. Algunos empezaron a decir que era muy fantasiosa. En un momento estaba totalmente sola en el grupo de pastelería.

—No sabía nada de todo esto —dijo Sentaro.

—Lo hablé con ella en su momento, una noche en la que nos quedamos despiertas hasta tarde. Le pregunté por qué decía esas cosas y le conté que todos estaban un poco hartos.

—¿Qué dijo ella?

—No lo quiero decepcionar, pero ella misma reconoció que tampoco podía escuchar las voces de los porotos. Pero me dijo que si una cree que *pueden* ser escuchadas quizá un día finalmente las oiga. Dijo que esa era la única manera de la que nosotros podíamos vivir, que teníamos que ser como los poetas. Dijo que ver solamente la realidad concreta, su realidad concreta, le provocaba deseos de morir. "La única forma que tengo de traspasar el cerco es vivir en el espíritu de aquellos que ya han superado obstáculos”:

—Tokue era exactamente ese tipo de persona. Siento que ella ya había cruzado la barrera.

—¿Qué barrera? —preguntó Wakana.

Sentaro recordó la imagen de la jovencita que le había mostrado los pétalos conservados en sal debajo de aquellos *sakuras*. Trató de encontrar las palabras pero al final no dijo nada. No era el momento apropiado para hablar sobre eso. Se quedó con sus propios pensamientos.

Finalmente llegaron al osario. La señorita Moriyama puso sus manos en posición de rezo frente a la lápida, que brillaba con la luz del atardecer. Wakana y Sentaro hicieron lo mismo y ofrecieron una oración por los muertos. Pero, no bien terminó la anciana siguió camino hacia el bosque.

Sentaro miró hacia arriba, intrigado. Wakana también estaba desconcertada:

—Señorita Moriyama, ¿vamos hacia allá?

—Sí, vengan por aquí.

—Pero... los restos de Tokue, ¿no estaban en el osario?

La anciana solo respondió haciendo señas en dirección al bosque así que los dos la siguieron. El sendero estaba rodeado por dos hileras de árboles que bloqueaban la luz así que estaba mucho más oscuro que donde estaban antes. En el cielo todavía había una luz rojiza pero en ese lugar ya parecía de noche.

La señorita Moriyama comenzó a hablar de nuevo:

—Me encantaba cómo hablaba Toku. A veces decía que estaba muy bien pensar qué queríamos. Escucharla decir eso me hacía sentir como si pudiera hacer cualquier cosa, cuando en realidad no podía ni siquiera cruzar el cerco de acebos. Toku nunca fue una mentirosa.

—Claro que no.

La anciana se detuvo y se dio vuelta para mirarlos. Era una parte del sendero particularmente oscura, rodeada de robles, arbustos frondosos y pinos. Las pequeñas porciones de cielo que se llegaban a ver estaban rojas.

—Más o menos una semana antes de que ella muriera, Tokue y yo estábamos tomando un chocolate caliente. Era de noche y Toku comenzó a hablar. Me dijo que había tenido una experiencia muy extraña.

Wakana se acercó a Sentaro.

—No es para que te asustes, querida. Me dijo que en este mismo sendero, más o menos a esta hora, había escuchado voces por primera vez.

—¿Qué tipo de voces?

—Voces de los árboles —dijo la anciana.

—Claro —respondió Sentaro porque no sabía qué más decir.

Wakana se quedó al lado de él.

—Se había pasado toda su vida diciéndole a la gente que escuchara las voces de los porotos pero esta fue la primera vez que ella de verdad escuchó voces. Voces que no eran humanas, quiero decir.

—¿Qué decían? —preguntó Wakana con la voz ronca.

—Bueno, Toku se reía mientras me contaba esto, pero lo que escuchó fue: "Buen trabajo, lo has hecho muy bien".

—¿Los árboles le decían eso?

—Sí. Toku me dijo que últimamente, cada vez que venía aquí, todos los árboles le decían "Buen trabajo" o «Lo has logrado". Nunca había escuchado algo así. No puedo olvidar la cara que tenía al contarme

esto. La conocí cuando éramos muy jóvenes, incluso estuve en su casamiento, pero nunca la había visto tan feliz como esa noche. Sentí que tenía que contarles esto, ustedes la conocían bien. Lo que quiero decir es: no hay necesidad de sentir pena por ella o algo por el estilo. No estaba triste al final de su vida. Yo de verdad creo que los árboles finalmente le susurraron algo. Lo has logrado, Tokue Yoshii.

Buen trabajo. Creo que de verdad lo dijeron. En realidad…

La señorita Moriyama señaló los alrededores:

—Aquí plantarnos un árbol cuando uno de nosotros muere. Cada vez hay más.

Sentaro miró todos los árboles que los rodeaban. Cada uno era un homenaje a una persona que había pasado toda su vida allí.

—Ya está muy oscuro, pero el árbol de Toku está por aquí —dijo la anciana y señaló un montón de tierra fresca con un árbol muy pequeño en el centro—. Lo hablamos entre todos y decidimos plantar un *somei yoshino* porque a Toku le encantaban los cerezos. Ella nació en una lugar llamado Shinshiro en la provincia de Aichi. Parece que los cerezos de allá son todo un espectáculo. Siempre decía que le hubiera gustado verlos una vez más. El haya de atrás es el árbol que plantamos cuando murió el marido de Toku.

Sentaro y Wakana miraban con detenimiento los árboles alrededor de ellos. El bosque parecía murmurar con cada pizca de viento que atravesaba sus hojas y ramas. Era como si Tokue estuviera por allí, insistiendo para que escucharan con atención.

Sentaro se acercó al árbol recién plantado. Acarició con suavidad esta nueva vida.

Pronunció el nombre de Tokue y le dio unos golpecitos a las ramas con la yema del dedo.

—¡Oh! —exclamó Moriyama y Sentaro se dio vuelta.

Vio la luna llena que ascendía detrás de la silueta del cerco, como si estuviera creándose en ese preciso momento y lugar.

Wakana hizo una exclamación, maravillada.

La luna siguió ascendiendo, oculta en algunos momentos por los árboles más altos que se movían con el viento.

Sentaro miró hacia el árbol de cerezo recién plantado y dijo:

—La luna por fin ha salido.

Nota del autor

Hace veinte años yo era vocalista en una banda de rock y tenía un programa de radio nocturno. Los jóvenes de todo Japón me llamaban para contarme sus dolores, penas, deseos y sueños y, a mi vez, yo les preguntaba: ¿en qué consiste la vida?

No buscaba una respuesta, solo quería que pensaran sobre esto. Lo que me decían, sin embargo, siempre era similar, algo como: "Nací para ser un miembro útil de la sociedad.

Si no lo logro, la vida no tiene sentido".

Este sentimiento es algo muy común, incluso admirado, en Japón. Yo nunca pude aceptarlo. Conocía a un niño, el hijo del productor de la banda, que murió a los dos años.

También sabía sobre los antiguos pacientes de Hansen que, por ley, habían sido encerrados en sanatorios y aislados de la sociedad por décadas, a pesar de estar curados desde hacía mucho tiempo. Cuando esta injusta legislación se abolió en 1996 su historia resultó ampliamente conocida. Algunas vidas son demasiado breves, mientras otras son un tormento continuo.

Algunas vidas son muy cortas y otras están llenas de dolor. No puedo evitar pensar que es brutal decir que las vidas de las personas deben aportar utilidad a la sociedad como criterio para medir su valor.

Hay una razón por la que cada persona nació, sin importar sus circunstancias individuales. Pensaba en esto una noche, mientras observaba la delicada dispersión de las estrellas en el cielo de Tokio, cuando tomé la decisión de escribir sobre el sentido de la vida con una perspectiva fresca, en el contexto de la enfermedad de Hansen. Pero yo no era ni paciente ni médico, y pasaría tiempo hasta que

pudiera empezar a escribir. Me encontré con antiguos pacientes y empecé a pasar tiempo con ellos en el sanatorio Tama Zenshoen donde todavía viven. Solo entonces pude finalmente reunir los pensamientos sobre los que basaría mi historia.

Comencé por el concepto de una gran fuerza que ha creado a los seres humanos; la idea de que hemos sido creados por el universo para probar su existencia. Si no hubiera una mente consciente singular, la existencia del universo en sí mismo sería inverificable. No existiría. En todo el tiempo transcurrido, eones de tiempo, el universo ha nutrido las formas de vida cuya conciencia ha hecho que el universo continúe existiendo. Por lo tanto, todos nosotros tenemos en común que no hemos materializado en la Tierra por deseo del universo. Los que están enfermos, los que permanecen postrados en una cama y los niños cuyas vidas terminan casi antes de haber comenzado son iguales en relación con el universo. Cada uno es capaz de hacer una contribución positiva al mundo a través de la simple observación, sin importar sus circunstancias.

Esta es la idea que Tokue expresa cuando escribe en su carta, "Nacimos para ver y escuchar el mundo". Es un concepto poderoso, con el potencial de reformular sutilmente nuestra visión de todo.

Durian Sukegawa, marzo de 2017